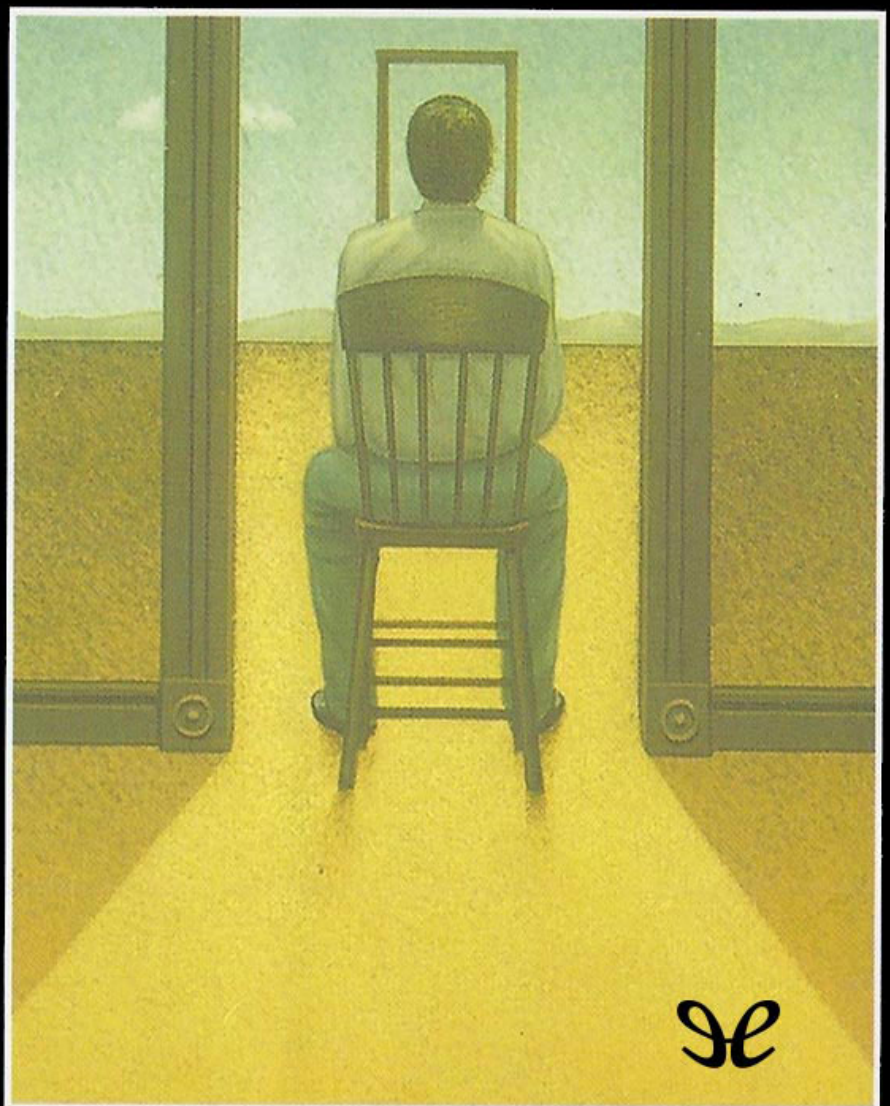
Fabio Morábito

LA VIDA ORDENADA



¿Qué misterios, a un tiempo fantásticos y cotidianos, pueden desencadenarse cuando uno se olvida las llaves del piso, hace novillos o asiste a una fiesta en la que no conoce a ningún invitado? Los relatos que componen «La vida ordenada» exploran el aspecto engañoso que oculta la realidad de las grandes urbes. Sus protagonistas, víctimas de la insidia que los envuelve y sumidos en un particular periodo de crisis, se aferran, desconcertados, a un objeto o un pasado que los redima. Así, Enrique anhela huir de esa existencia anodina que le reitera que no es dueño siquiera de la casa donde reside; Antonio visita a la madre de Alfonso, su amigo de la infancia, para saldar una extraña deuda, y ese encuentro le cambiará la perspectiva de las cosas; Ricardo sospecha que alguien con oscuras intenciones va soltando ratas en el apartamento que su madre le legó y donde ha prometido no entrar hasta que un compañero de celda salga de la prisión…

Fabio Morábito

La vida ordenada

ePub r1.0
Titivillus 20.01.2017

Título original: *La vida ordenada*
Fabio Morábito, 2000
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Para Ethel

El arreglo

Llegué a casa de mis tíos cuando empezaba a oscurecer y, mientras subía con la maleta los cuatro pisos (el elevador no funcionaba), noté lo avejentado que estaba el edificio. En mis tiempos, con su amplio jardín arbolado que lo separaba de las demás construcciones, era el inmueble más elegante de la calle Sofonisba, y ahora, tal vez por ese mismo jardín tan fuera de época, parecía una isla en descomposición.

Faltando un piso para llegar me detuve a recobrar el aliento. Habían pasado seis años desde mi última visita y no quería dar una impresión de declive físico. Temía que mi primo Ruso, el miembro más joven de la familia, que a sus treinta años vivía todavía con mis tíos, hiciera alguno de sus comentarios sarcásticos. Subí y, cuando mi respiración se normalizó, toqué el timbre. Me abrió mi tía, que tardó un segundo en reconocerme. «¡Te esperábamos mañana!», dijo al abrazarme y vi con alivio que no había envejecido y conservaba su mirada alerta y mandona. Abracé enseguida a mi tío, que asomó desde la sala.

—¿Qué es esa cortina? —les pregunté señalando la cortina color crema que interrumpía el pasillo.

—El arreglo —dijo mi tío.

—¡Qué arreglo ni qué nada! —exclamó mi tía con su voz estridente—. Déjalo que descanse.

Me tomó del brazo y me llevó a la cocina para ofrecerme un café. En esa casa siempre lo recibían a uno con café, no importando la hora que fuera.

—¿Y Ruso? —pregunté.

—Se acaba de ir al trabajo —dijo mi tía.

—¿A esta hora?

—Tiene el turno de noche. No es tan pesado y le pagan mejor.

Me dijo que trabajaba como recepcionista en un hospital y regresaba del trabajo a las siete y media de la mañana. Después habló de otra cosa, pero yo seguía pendiente de la cortina del pasillo y, apenas pude, volví sobre el tema. Le pregunté de qué arreglo se trataba.

—Creía que ya lo sabías —dijo ensombreciéndose—. Le escribí a tu madre hace un año. ¿No te dijo?

—Me dijo que el nuevo dueño no les quería renovar el contrato.

—Hubo un arreglo.

Intervino mi tío, que estaba parado en el quicio de la puerta:

—Nos quitaron una parte del departamento. Ellos viven del otro lado.

Hizo un movimiento de cabeza para señalar más allá del pasillo. Lo miré sin saber si me estaba tomando el pelo, salí al pasillo, caminé hasta la cortina y la entreabrí. Había una pared blanca y al tocarla vi que era un muro sólido de tabiques, no una división prefabricada. Oí que mis tíos discutían. Entré en la sala, que se había reducido a la mitad de su tamaño. Ahí también estaba la cortina color crema, tras de la cual toqué la nueva pared, tan sólida como la otra. Dos de las tres ventanas habían desaparecido y me acerqué a la única que quedaba para echar un vistazo afuera. Mis tíos seguían discutiendo y oí que hablaban de una mujer. Tuve la impresión de que reanudaban una discusión que yo había interrumpido con mi llegada y esperé a que menguara el altercado antes de regresar a la cocina. Cuando lo hice, el café ya estaba servido, los dos guardaban un silencio lóbrego y vi que la mía era la única taza.

—¿Ustedes no toman? —pregunté.

—No a esta hora —contestó mi tía—, luego no dormimos.

Me acerqué a la puerta de vidrio que daba al largo balcón que recorría por fuera la longitud del departamento y vi unos barrotes de aluminio que lo dividían en dos. La parte de mis tíos se había reducido a un trozo ridículo que medía lo que el ancho de la cocina. Les habían quitado la parte más extensa, la que daba a la calle Sofonisba, desde la cual de niño podía ver las ventanas de mi departamento situado en la acera contraria.

—¿Y cuándo pasó todo? —pregunté.

—En junio cumplimos un año —dijo mi tía.

Me explicaron que los nuevos dueños, inicialmente, querían todo el cuarto piso. Le habían rescindido el contrato a la vecina de la puerta de enfrente, que tuvo que irse, pero después, al ver que no necesitaban tanto espacio, habían decidido quitarles a ellos sólo una parte del departamento, dejándoles incluso el recibidor de la vecina, que era donde dormía Ruso.

—Entonces Ruso tiene que cruzar el rellano para ir a su cuarto —dije.

—Según ellos —dijo mi tío—, nos hicieron un favor porque nos dejaron dos puertas en el rellano, mientras ellos sólo tienen una.

—Si no aceptábamos, teníamos que irnos —sentenció mi tía—. Y ahora dónde encuentras una renta barata. ¿Crees que no seguimos buscando?

Empezó a hablar de la escasez de los departamentos en renta y de los precios por las nubes. Yo la oía a medias, la cara pegada al vidrio, y cuando mi tío salió de la cocina, ella cambió de tema y me preguntó por Amalia y el niño.

Le dije que estaban bien y estuve a punto de enseñarle una foto de los dos que traía en la cartera, pero no lo hice. Miraba deprimido la drástica reducción del balcón y me arrepentí de haber prolongado mi viaje para visitarlos. Si me hubiera podido ir en ese instante, no lo habría pensado dos veces. Por suerte para justificar ante mi socio aquella extensión del viaje había tenido la precaución de arreglar dos citas con dos editores locales. Eran compromisos intrascendentes, pero me permitirían ocuparme en algo.

—Te ves cansado —dijo mi tía.

—Todavía no me acostumbro al cambio de horario.

—Dormirás en el cuarto de Ruso, si no te molesta.

—¿Dónde va a dormir él?

—De noche está en el hospital.

—Pero cuando llega del trabajo, querrá dormirse. ¿A qué hora tengo que despertarme?

—Cuando llega del trabajo se queda un rato dando vueltas por la casa o simplemente se va y regresa más tarde, así que duerme todo lo que quieras.

—No quisiera molestar.

—¡Cómo te has vuelto ceremonioso! —Y añadió con otro tono—:

El único problema es el baño.

Supuse que se refería a la molestia de tener que cruzar el rellano para ir al baño.

—No es problema —dije—, cruzo el rellano. Traje mi bata.

—No tenemos baño —dijo mi tío, que reapareció en el quicio de la puerta y pronunció esa frase con la solemnidad de un mal actor que recita su único parlamento en una obra.

Recuerdo la mirada de los dos, como si me rogaran que les creyera para evitarse la humillación de tener que convencerme de que no se trataba de una broma. Se formó un silencio tan pulcro que llegó hasta nosotros la embestida de una ráfaga de viento contra los eucaliptos del jardín.

—Se supone que el cuarto de Ruso va a ser nuestro baño —dijo mi tía en voz baja, como si alguien nos oyera—, pero todavía falta que lo acondicionen. Por ahora nuestros vecinos del segundo piso, los Rubio, nos prestan el suyo en la mañana después de irse a trabajar. En la tarde bajamos con la conserje. También Ruso baja con ella, pero con los Rubio no, porque le caen mal.

—Nos aguantamos —dijo mi tío al ver mi expresión de incredulidad—. Uno se acostumbra.

—Por eso no te sirvo más café —añadió mi tía—. De todas formas, debajo de la cama de Ruso, por si acaso, hay una bacinica. No le he dicho nada a tu madre para no deprimirla.

Desvié la vista hacia el vidrio del balcón, y ella, al ver que yo no decía nada, añadió:

—Nos redujeron la renta a dos mil quinientos, que es el mínimo, y no nos podemos quejar. Hemos vivido aquí la mitad de nuestra vida. Hoy día, en una zona como ésta, no encuentras nada por menos de diez mil, lo que se dice nada.

Hasta ese momento recobré la certeza de que no habían perdido el juicio y asentí mecánicamente con la cabeza.

—No le diré nada a mamá —dije— para que no se deprima.

—Es mejor —dijo ella—. De todos modos, esto se va a resolver muy pronto, en dos semanas o a lo mucho en un mes.

No recuerdo de qué hablamos después, o quizá no hablamos, porque ya era la hora de su telenovela. Fuimos a la sala. Estaba tan cansado que frente al televisor se me cerraron los ojos.

—Vete a dormir —dijo mi tía, y no me lo hice repetir dos veces.

Me dieron la llave del cuarto de Ruso y mi tío se ofreció a acompañarme, pero le dije que no hacía falta. Crucé el rellano con la maleta y, cuando metí la llave, me pareció oír un ruido proveniente de la puerta de en medio, la de los nuevos dueños del edificio, y me quedé a la escucha unos instantes. Después abrí el cuarto de Ruso, entré y prendí la luz. Era un cuarto pequeño y sin ventanas. Siguiendo el consejo de mi tía accioné el ventilador de pared. Se produjo un tenue zumbido semejante al eco de una caldera lejana, que me hizo pensar en el camarote de un barco. Me desvestí, apagué la luz y, al abrir la colcha de la cama, olí con agrado el leve perfume que desprendían las sábanas.

Mi tía me había pedido que no dejara las llaves pegadas a la cerradura, porque tal vez Ruso, de regreso del hospital, necesitaría entrar para coger alguna ropa, así que cuando oí en la mañana el ruido de la llave y de la puerta que se abría, supuse que era él. Por suerte yo me encontraba con la cara vuelta hacia el muro, así que me hice el dormido. Lo oí abrir un cajón de la base de la cama y hurgar en su interior. No prendió la luz, ayudándose únicamente con la del rellano que penetraba por la puerta, y luego cerró con el mayor sigilo para no despertarme. Miré mi reloj y vi que eran las siete y media. Me dormí enseguida, pero poco después me despertaron unos golpes rápidos y suaves a la puerta. Alguien abrió y encendió la luz, miró un momento sin entrar, apagó y se fue.

Cuando volví a despertar eran las nueve. Me vestí y crucé el rellano. Mi tía me dijo que Ruso había tenido que salir y mi tío me acompañó al departamento de los Rubio para que me diera una ducha.

El departamento de los Rubio estaba en el segundo piso, en línea vertical con el de mis tíos. Con sólo entrar recordé la amplitud que había tenido el de mis tíos antes del arreglo y sentí una zozobra que me imaginé que ellos debían de sentir cada vez que usaban ese baño.

Mi tío se quedó en el pasillo esperando a que yo terminara y pensé que no tenía tanta confianza con los Rubio como para dejarme solo. Me apuré en hacer lo que tenía que hacer y cuando salí del baño tuve que tocarle el hombro porque se había adormecido en la única silla del vestíbulo.

—Ya acabé.

Volvió en sí con una expresión de susto que me causó lástima.

—Me quedé dormido. —Se levantó—. Voy a aprovechar para entrar yo también. Tú sube a desayunar.

Adiviné que quería entrar en el baño para cerciorarse de que todo estuviera en orden. Lo dejé y subí a desayunar.

—¿Adónde fue Ruso? —le pregunté a mi tía, que estaba barriendo el piso de la cocina.

—Por ahí —contestó con un gesto vago—. ¿No te despertó cuando regresó del hospital?

—Alguien abrió la puerta, pero no sé si lo soñé o fue verdad —dije para disculparme por no haber hecho el menor intento de saludar a mi primo.

—Entró a su cuarto por unos calcetines —dijo ella.

—¿Y no volvió a entrar después? —pregunté.

—No, ¿por qué?

—Me pareció que entró alguien después —dije—. Lo habré soñado.

Le cambió la expresión y sus movimientos con la escoba se hicieron más lentos. Se quedó pensativa, luego dijo:

—Me olvidaba, quiero enseñarte algo. —Salió de la cocina y regresó con un libro en la mano—. Mira lo que encontré ayer en mi cajonera.

Era mi libro de poesía que le había regalado diez años antes en una de mis visitas.

—¿Todavía lo conservas? —dije—. Deberías tirarlo.

—¡No digas tonterías!

Lo abrió al azar, alejó un poco la vista de las letras y movió los labios mientras leía unos versos. Por suerte su escrutinio duró poco. Cerró el libro y repitió: «¡No digas tonterías!», como si el par de líneas leídas la hubiera convencido del valor inestimable de mi única incursión en el mundo de las letras.

—Lo voy a dejar en el cuarto de Ruso, para que lo lea —dijo—. ¿No has escrito nada más?

—No. Lo dejé hace mucho.

Me miró con aire aprensivo:

—¿Y ya no tomas?

—Casi no. —Me levanté de la mesa, puse mi taza de café en el fregadero y salí al balcón.

La mañana prometía un día espléndido y me acodé en el barandal a disfrutar de la vista del jardín, preguntándome si alguien había entrado en el cuarto después de Ruso o en verdad lo había soñado.

Oí que abrían la puerta del departamento y abandoné mi postura creyendo que era mi primo. Pero no era él, sino mi tío, y volví a acodarme tranquilamente. Me di cuenta de que no tenía ganas de ver a Ruso y, aunque era todavía temprano, decidí salir. Le dije a mi tía que no me esperaran a comer.

—Tengo tres citas al hilo.

En realidad era sólo una.

—Ruso se va al hospital a las siete, a ver si llegas antes para saludarlo —dijo ella.

—Seguro que sí.

La cita que tenía en la tarde era tan poco prometedora que me sorprendió que el representante de la editorial acudiera puntualmente, lo que me confirmó que eran ciertos los rumores de que su compañía estaba a punto de quebrar. Propuse un trato vago para unas coediciones bilingües y él se mostró interesado en el mercado latinoamericano, pero no hizo ningún esfuerzo para concretar detalles. Parecía que nos habíamos citado únicamente para disfrutar de un café en ese día soleado que abría un boquete primaveral en el duro invierno de febrero. Sin embargo, al despedirnos, el hombre me proporcionó una información jugosa que me hizo concertar una cita para el día siguiente con un editor de más envergadura. Si lograba con éste algún tipo de acuerdo, enderezaría la suerte del viaje, que hasta ese momento había resultado muy malo.

Eran las cinco y tenía tiempo de sobra para volver a casa de mis tíos y ver a Ruso, pero la tarde, insólitamente luminosa y agradable, invitaba a caminar y me encontraba en el barrio de las mejores librerías. Le hablé por teléfono a mi tía para decirle que había surgido un compromiso de último momento y no me esperaran a cenar. Ella protestó débilmente.

—¿Ruso está despierto? —se me ocurrió que podría saludarlo por teléfono y así estar libre de marcharme en cualquier momento sin necesidad de verlo.

—No, duerme en su cuarto —dijo.

—Lo veré mañana. Voy a tener que darles lata un día más.

—Quédate todo el tiempo que quieras.

Llegué a casa de mis tíos pasada la medianoche. Antes de subir entré en el bar de la esquina para usar el baño y, de paso, tomé dos anices. Como había tomado un poco en la tarde, al salir del bar me hallaba en un razonable estado de embriaguez que podía disimular con bastante aplomo. Pero el elevador seguía sin funcionar y, en ese estado, subir los cuatro pisos me agotó. Una vez arriba pegué por curiosidad la oreja a la puerta de en medio. Escuché un vago ruido de conductos y tuberías que no supe si era el de mi sangre. Saqué la llave, entré en el cuarto de Ruso y vi mi libro sobre el buró con un lápiz insertado en el punto en que había quedado interrumpida la lectura. Esa intrusión en mis viejos versos, lejos de halagarme, me puso de mal humor. ¿Qué podría encontrar Ruso en ellos, él que nunca abría un libro? Me molestaba ese lápiz anclado entre las hojas y tuve ganas de coger el libro y hacerlo desaparecer. Pero me desvestí, me puse el pijama y apagué la lámpara. Enseguida volví a encenderla y abrí el libro. Llevaba ocho o nueve años de no asomarme a su interior. Lo que me temía: había unos versos subrayados a lápiz, no muchos, pero suficientes para saber que Ruso había encontrado en esas páginas alguna materia de reflexión. Volví a dejar el libro sobre el buró y apagué la luz. Mi corazón latía deprisa. Después de tantos años no me había curado. Comprobar que mi libro seguía vivo, que aún podía reverdecer en manos de otros, me alteraba el flujo sanguíneo.

Me acosté con la cara vuelta hacia el muro, por si Ruso, al regresar del hospital, entraba otra vez en el cuarto. Ahora menos que nunca quería verlo y de sólo imaginar sus balbuceos elogiosos sentí un frío en la espalda.

Al otro día, cuando llamé a casa de mis tíos, Ruso no estaba porque había tenido que salir y me pregunté si no me estaba eludiendo. Tal vez temía que le reprochara el haber consentido aquel arreglo humillante y que lo culpara de no haber encontrado todavía un departamento decente para él y sus padres.

Bajé con mi tío al departamento de los Rubio y, cuando subí a desayunar, le pregunté a mi tía si Ruso volvería pronto. Me dijo, mientras se agachaba con la escoba para alcanzar un rincón difícil, que no lo sabía. Estábamos solos, porque mi tío había ido a un

mandado. Ella se enderezó, paró de barrer, me miró y espetó en voz baja:

—Ve a una mujer.

A esas horas de la mañana eso significaba ver a una mujer madura.

—¿Casada? —pregunté.

Ella me miró con expresión ceñuda:

—Vieja —espetó.

—¿Qué tan vieja?

Se alzó de hombros, como si no valiera la pena entrar en detalles. Era vieja, punto.

—Ojalá pudieras hablar con él —dijo.

—¿Qué quieres que le diga?

—Cualquier cosa, que tenga cuidado, que no haga tonterías. ¿Y si el marido se entera? Para nosotros es tan difícil, en cambio a ti te haría caso.

Claro, porque yo era, por mi minúscula trayectoria literaria, el sabio de la familia. Sólo eso me faltaba: reprender a mi primo.

—Nunca coincidimos —me defendí.

—Es su horario infame.

Pensé que, lejos de ser infame, tener el turno de noche tenía sus ventajas. En la mañana, con los maridos en el trabajo y los hijos en la escuela, muchas mujeres se quedaban solas y, sabiéndolo explotar, era un inmenso coto de caza.

—Lo espero un rato, a ver si regresa —dije, y salí al balcón.

Era una mañana soleada como el día anterior. Poco después, mi tío, de regreso de la calle, vino a acodarse a mi lado y empezó a hablarme del jardín, de un problema que habían tenido con los pinos del fondo, que formaban un rincón un poco lúgubre. Era el mismo jardín que yo había conocido de niño y en el que nunca había jugado, porque estaba prohibido. Por eso, pensé, había permanecido idéntico, y tal vez por eso, mis tíos, acostumbrados a su diaria lección de inmutabilidad, no habían advertido el cambio de los tiempos. Mientras la mayoría de los otros vecinos había hecho lo necesario para asegurarse la compra de sus respectivos departamentos, ellos habían seguido con el régimen de alquiler, confiando en sus treinta años de antigüedad en el edificio, en sus buenas relaciones con el viejo dueño y en el orden invariable de

aquel jardín pulcro e inexpresivo.

Tal vez Ruso, me dije, se había hecho amante de la mujer casada para poder usar su baño, en el que podía hacer sus necesidades sin apuros, evitando la humillación de bajar a casa de los Rubio.

Un ruido a mi izquierda, proveniente del balcón de los vecinos, me hizo volver la cabeza. Se abrió la puerta del cuarto del fondo, que antes del arreglo había sido la recámara de mis tíos, y apareció una mujer alta y atractiva, de unos cuarenta años, que nos dio los buenos días con una voz aflautada que desentonaba con la agresividad de su porte. «La esposa del nuevo dueño», pensé cuando mi tío la saludó obsequiosamente. Tenía un paquete de cartón en la mano, se puso de cuclillas y dejó caer en el piso del balcón una parte del contenido del paquete, que resultó ser arroz. Formó un montoncito que arregló con su mano de uñas largas, pintadas de rojo, y dijo sin levantar la mirada:

—Veo que tiene visitas, señor Andrés.

—Es mi sobrino —contestó prontamente mi tío—. ¿Recuerda que le hablé de él?

—Claro. —Se puso de pie y caminó hacia nosotros para tenderme la mano—. Así que usted es el poeta. A mí me encanta la poesía.

—Mucho gusto. —Le di la mano por encima de la división de aluminio y, cuando volvió a acuclillarse para formar otro montoncito de arroz, miré sus pies que asomaban provocativamente de los zapatos abiertos, las uñas pintadas del mismo color que las de las manos, y sentí un tenue aflojamiento en el estómago. Ella me miró un segundo y debió de percatarse de que los estaba mirando.

—¿Cómo se vive del otro lado del Atlántico? —preguntó.

—Ni bien ni mal, como en todas partes —contesté.

—En ningún lado se vive igual que en otro —dijo con una gravedad afectada, como para insinuarme que había estado en muchos sitios.

—Depende del punto de vista —dije por decir algo, y ella no contestó nada, tal vez decepcionada por mi respuesta. Tal vez esperaba de mí, un poeta, una frase profunda.

Me preguntó cuándo me iba, y le dije que al día siguiente.

—Es un hombre muy ocupado —dijo mi tío.

Ella se incorporó y con el pie derecho empujó hacia el

montoncito de arroz unos granos que se habían corrido. Lo hizo adrede, consciente del impacto de sus piernas, y esa coquetería, aunque vulgar, me causó otro pequeño estrago interno.

—Se están acabando el arroz en minutos —dijo, dirigiéndose a mi tío que, por consideración hacia ella, había dejado de recargarse con los codos sobre el barandal.

—Tal vez sienten la primavera a la puerta y tienen más hambre —repuso él.

Mientras hablaban de los pájaros no perdí de vista sus pies, y cuando nuestros ojos se encontraban había en su mirada ese debilitamiento que revela el interés femenino.

Tampoco mi tío era insensible a sus encantos. Hablaba con un tono impostado, como para parecer más agudo y mundano de lo que era.

Oímos sonar el teléfono, ella me tendió rápidamente la mano y, al decirme «mucho gusto», otra crepitación en sus ojos negros me aceleró el pulso. Se dio la vuelta con el paquete de arroz en la mano y le gritó a mi tío desde el otro extremo del balcón: «¡Salúdeme a la señora!».

—Le habla su marido —murmuró mi tío cuando oímos que la puerta se cerraba—. Es mayor que ella y está siempre de viaje.

Me llevé los dedos a la nariz para oler el perfume que su apretón me había dejado en la mano. Temí que mi acaloramiento fuera visible y que mi tío se diera cuenta de que me había gustado. Pero él dijo:

—Nos han quitado también los pájaros.

—¿Qué pájaros?

—Tu tía siempre ponía arroz para los pájaros, acuérdate, pero ahora los pájaros van con ellos, porque nosotros no tenemos espacio. Tu tía se lo pidió de favor, para que los pájaros siguieran comiendo. ¡Es lo único que les hemos pedido! Cada semana compramos un kilo de arroz y se lo dejamos en el balcón. Pero esta semana sólo lo ha hecho tres veces, y tu tía quiere que yo le llame la atención.

Me acordé del altercado que habían tenido poco después de mi llegada y supuse que tenía que ver con eso. Volví a oler disimuladamente mi mano.

—Es la primera vez que pone dos montoncitos de arroz —

continuó él—. Siempre pone uno, como venga. Hoy se entretuvo una barbaridad —había en su expresión, pese a su sonrisa, un algo resentido, como si se hubiera percatado de la atención que me había dispensado la mujer y sintiera celos.

—Seguramente le di la impresión de ser un pedante —dije—, pero no me gusta que me llamen poeta.

—¿Por qué no, si lo eres? —y me preguntó a quemarropa—: ¿Se te hace guapa?

—Más que guapa, sensual.

El primer pájaro aterrizó en la cornisa del balcón, se acercó dando pequeños brincos a uno de los puñados de arroz y enseguida llegaron sus compañeros, provenientes de los eucaliptos, y empezaron a disputarse la comida. Me llevé otra vez la mano a la nariz y cerré los ojos durante unos segundos para entender dónde había olido ese aroma. Al abrirlos, mi tío, que se había dado cuenta de mi interés olfativo, giró la cabeza hacia el lado contrario. Fue ese gesto elusivo lo que me hizo conectar el perfume de mi mano con el de la cama de Ruso. Era el mismo aroma floral que había olido la noche de mi llegada al tenderme en la cama de mi primo. Me sonrojé, giré a mi vez la cara hacia el otro lado y tuve miedo de que mi tío se volviera hacia mí y empezara a contármelo todo. Pero él, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros, me señaló la pequeña parvada de palomas que volaba en nuestra dirección.

—Llegan siempre después —dijo—. Dejan que los gorriones se adelanten, para estar más seguras.

La parvada aterrizó directamente sobre el piso del balcón y se integró al reparto de la comida sin molestar a los gorriones, que se veían diminutos junto a las recién llegadas. Mi tío no volvió a abrir la boca y estuvimos mirando en silencio la apresurada comilona de los dos grupos. Ahora sabía quién, la mañana anterior, después de Ruso, luego de tocar suavemente, había abierto la puerta del cuarto y prendido la luz, y sentí envidia por mi primo.

Sonó el teléfono, mi tía fue a contestar y me dijo que era para mí. Una voz de mujer me informó que estaba hablando con la secretaria particular del editor con quien tenía cita en la mañana. El editor había tenido que salir urgentemente de la ciudad y no estaría de regreso antes de tres días. Hablaban para disculparse y cancelar

la cita. Después de colgar me quedé inmóvil, la mano sobre el aparato, sintiendo todo el vacío y la inutilidad de mi viaje, y mi tía, al ver que no me movía, preguntó qué me pasaba.

—Nada… Hablaron para adelantar la cita de una hora. Tengo que irme.

—Entonces a lo mejor te va a dar tiempo de comer con nosotros.

—No. Tendré que ver a otra persona a la hora de comer.

—¡Tú y tus citas! ¡No te hemos visto! ¡Y Ruso se va esta tarde a R., a un curso de actualización, y no regresa hasta pasado mañana en la noche!

—¿A qué hora se va?

—A las cinco.

—Aquí estaré, no te preocupes.

Ya en la calle, no sabiendo adonde ir, me dirigí a mi vieja escuela primaria, un caserón de ladrillos y enormes ventanas donde no lo había pasado nada bien. Cada vez que regresaba, terminaba por visitar ese lugar que no me traía ningún buen recuerdo. Era una especie de gesto automático que realizaba con resignación. Entonces oí que me llamaban. Era la voz de un hombre y mis latidos se apresuraron. Seguí de frente, sin volver la cara y pensé que no era para mí, puesto que no me llamaron otra vez, pero sabía perfectamente que, si era Ruso, no llamaría dos veces y doblé la esquina sintiéndome pusilánime.

No me detuve en mi escuela, seguí de frente y me senté en un pequeño parque al que no me ataba ningún recuerdo. Estuve mirando la gente que pasaba y temí que pasara Ruso y me viera ahí, sentado como un viejo. Tal vez él y la mujer se veían en el cuarto de mi primo como una especie de compensación por el despojo del que habían sido objeto mis tíos. O quizá, más que una compensación, era la causa misma del despojo. Tal vez el marido, después de enterarse, les había rescindido el contrato a mis tíos para que se fueran, pero después, pensándolo mejor, había optado por quitarles la mitad del departamento y dejar las cosas como estaban, porque conocía a su mujer y prefería que fuera Ruso y no otro. Mis tíos conservaban un espacio en el que habían vivido durante treinta años, aunque reducido a la mitad y sin baño, y el marido, viviendo al otro lado de la pared, conservaba cierto control de la situación.

Me pregunté si Ruso, viéndome sentado en aquel banco, me reconocería. También esa ciudad, que yo insistía en considerar una parte esencial de mí, me era ya desconocida. Ruso, en cambio, la conocía a fondo. Tal vez, al salir del hospital, visitaba a varias mujeres que lo esperaban después de despedir a sus maridos y con las cuales hacía el amor deprisa, sin entregarse demasiado. Y usaba sus baños. Por eso prefería el turno de noche. Tal vez cada mañana hilaba un rosario de camas tibias recién abandonadas por los maridos y esa vida anómala, nocturna, a contrapelo, era su venganza por tener que vivir en un departamento sin baño y en un cuarto sin ventanas.

Me dediqué durante el resto del día a vagar. A pesar de no conocer muchas de las calles por las que anduve, todas tenían algo de conocido, como si alguna vez de niño hubiera estado ahí con mi padre o mi madre, o como si hubieran bastado los años de mi niñez para que esa ciudad armonizara para siempre conmigo.

Ya de noche, después de visitar dos bares, regresé a casa de mis tíos, demasiado tarde para ver a Ruso y no sé si más borracho por los tragos o de tanto caminar. Por suerte habían arreglado el elevador.

—¿Qué te pasó? —preguntó mi tía cuando abrió la puerta.

Entré con paso vacilante y, seguido por ella, fui directo a la cocina, donde me dejé caer sobre una silla. De la estufa venía un olor delicioso de carne horneándose.

—Me dijiste que lo habías dejado —dijo.

—Sólo tomo el último día, antes de regresar. Últimamente, Amalia y yo… —Hice un gesto con la mano para decirle que no deseaba entrar en materia.

Me miró en silencio, esperando que terminara la frase, tal vez satisfecha de descubrir que había problemas en mi matrimonio. Esa grieta me volvía más cercano.

Volteó hacia la estufa y dijo:

—Ruso te estuvo esperando. Si hubieras llegado media hora antes, lo encuentras. Mañana ya te vas, y no se han visto.

—Parece que estaba escrito que no nos veríamos.

—Es lo que le dije, parece que se pusieron de acuerdo.

Sí, nos habíamos puesto de acuerdo. Yo no había girado la cabeza cuando oí que me llamaban y él no había insistido. Ni

siquiera le había dicho a mi tía que me había visto. Nuestro único contacto había sido a través de mi libro. Y me pregunté si era cierto que lo estaba leyendo, él que nunca leía nada. A lo mejor había subrayado unos versos aquí y allá por pura cortesía, disculpándose así de su escaso empeño en verme.

Apareció mi tío, que después de saludarme cruzó una rápida mirada con mi tía y me dijo que Amalia había hablado en la tarde.

—Le di el número de vuelo y la hora de llegada, como me pediste. Me dijo que están todos bien.

—Te lo agradezco —dije.

—Te hice la pierna —dijo mi tía, abriendo el horno para enseñarme el refractario con la pierna dorada y las papas al romero, su especialidad, y hundió su tenedor en la carne. Era el mejor olor que me había deparado el viaje.

—¡Se ve delicioso! —dije inclinándome para inhalar el aroma, luego le tomé una mano, se la besé y ella me abrazó, teniendo el tenedor en la mano:

—¡Vaya, por fin un cariño! Te la has pasado de una cita a otra. ¡Por Dios! ¿Qué tomaste?

—Anís.

—¡Si aquí tenemos una botella de anís sin abrir! ¡Te hubieras emborrachado en casa, sin gastar tanto!

Se rieron, yo me reí con ellos y sentí que en el fondo me preferían tomado.

—Compré un buen tinto para acompañar la pierna —dijo mi tío, sacando una botella de la alacena. Era un Barbera de reserva, ideal para carnes rojas, y añadió con tono sigiloso—: Hay que abrirlo media hora antes.

Empezó a hablarme de vinos, vinos modestos, de supermercado, con un lenguaje digno de marcas más selectas. Yo lo escuchaba sintiéndome a gusto en el calor de la cocina y me dije que después de todo no había hecho mal en prolongar mi viaje para visitarlos.

Luego él descorchó el Barbera sin esperar a que estuviera la pierna y sacó dos quesos del refrigerador.

—Lo vas a terminar de emborrachar —dijo mi tía.

—No estoy borracho —dije—, sólo cansado.

Entre un sorbo y otro, como no queriendo la cosa, mientras la pierna terminaba de cocinarse, nos acabamos el Barbera y, mientras

a mi tía le brillaban los ojos, mi tío tomó una senda filosófica que no prometía nada bueno.

El Barbera me estabilizó en un sopor tenue y extrañé por primera vez a Ruso, su juventud y su fuerza. Tal vez, si lo hubiera saludado cuando me llamó en la mañana, habríamos recorrido juntos las calles que yo había explorado en un estado de íntima ensoñación. En su compañía habría descubierto el rostro real de esa ciudad, a la que sólo conocía de un modo subjetivo y disperso. Tal vez me habría llevado con esas mujeres que lo esperaban en la mañana, diciéndoles que yo era su primo que vivía en el extranjero y les habría pedido que por esta vez se acostaran conmigo y no con él. ¿No había escrito en mi libro que nunca había hecho el amor con una mujer de mi tierra? Tal vez Ruso había leído esos versos.

Volví a oler mi mano, que ya no conservaba ningún rastro del perfume de la mañana, y cuando mi tía sirvió la pierna, mi tío descorchó otro tinto, un tempranillo del año, y empezamos a comer con una calma meditada y voluptuosa, como si nos hubieran dicho que no volveríamos a vernos. Mi tío no dejaba que se vaciaran los vasos y el tempranillo apenas nos alcanzó para la carne.

—¡Noche de bacinica! —exclamó él alegremente. Quiso abrir otra botella para la sobremesa, pero mi tía se lo impidió:

—¡Estás borracho, Andrés!

Discutieron de pie, volvieron a sentarse y yo volví a extrañar a Ruso. Decidieron sacar el licor de naranja para acompañar el postre, una *mousse* de mango que era otra de las gracias culinarias de mi tía, pero yo ya quería acostarme. El licor de naranja me deprime, porque lo relaciono con la Navidad. Y me acordé de la llamada de Amalia y me invadió una desazón honda, que se concentró en mi vientre. El viaje, en el que había depositado grandes esperanzas, había sido un fracaso: citas tibias con los editores, vagos acuerdos que no comprometían a nada y, para finalizar, aquel arreglo en casa de mis tíos, con la expropiación del balcón, el jardín pulcro y mi primo invisible.

—¿Qué te pasa? —preguntó mi tía.

—Nada, el editor me dejó plantado —exclamé sin mirarla.

—¿Cuál editor?

—Mierda de viaje, no conseguí ni un contrato.

Se hizo un corto silencio en la mesa.

—¿Y todas esas citas? —preguntó mi tía.

—Por eso me emborraché. Del coraje.

—No digas eso. No estás borracho.

—Ya ni siquiera me sé emborrachar. —Y mirando a mi tío le pregunté—: Amalia te preguntó si había tomado, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza.

—¡Dios santo, no te pongas así! —exclamó mi tía—. ¡La próxima vez tendrás más suerte!

Me levanté de la mesa:

—Me voy a dormir, estoy muy cansado.

—¿Y la *mousse*? ¿No vas a probar la *mousse*?

No contesté, los dos se me quedaron viendo con la mirada nublada y yo salí del departamento. En el rellano, cuando cerré la puerta, sentí un mareo muy fuerte y tuve que apoyarme a la pared. Entonces noté que la puerta de los dueños estaba ligeramente abierta y que había otra puerta atrás, casi pegada, de color más oscuro. Una doble puerta. Así que no era del todo cierto que los dueños tenían una puerta menos que mis tíos. Ellos también tenían dos, si bien una pegada a la otra. Tal vez habían puesto la segunda precisamente para no quedar en desventaja. La exterior abría hacia afuera, por eso se podía ver la de adentro, que estaba cerrada, quién sabe si por completo, porque me pareció oír algo, tal vez una respiración, y me quedé inmóvil, un poco por escuchar y un poco por el mareo. Llevaba un rato así cuando mi tía abrió la puerta y, al verme recargado en la pared, se sobresaltó:

—¿Qué haces?

Tenía en la mano un platito con una porción de mousse.

—Me dio un mareo —dije.

—Entra a sentarte —dijo ella.

—No, ya me voy a dormir. —Y añadí con un gesto de disculpa para librarme de la *mousse*—: No tengo ganas de dulce, lo probaré mañana.

Ella me miró con una expresión neutra, sosteniendo el platito de un modo vacilante, y de golpe ligué su titubeo con la puerta abierta y comprendí que la *mousse* no era para mí, sino para la mujer. La puerta estaba así para que ella depositara el platito en el piso y se retirara, probablemente después de tocar la puerta interior. Quizá también aquello formaba parte del arreglo.

—Cambié de idea —dije, tomando la *mousse*—. Lo comeré antes de dormirme.

—Lo hice para ti —dijo.

Crucé el rellano, saqué la llave y la inserté en la puerta de Ruso.

—Buenas noches —dije.

—Buenas noches, hijo, descansa.

Entré en el cuarto, cerré y me quedé a oscuras, hasta oír que ella cerraba su puerta con llave. Entonces prendí la luz, dejé la *mousse* sobre el escritorio y accioné el ventilador de pared. Vi que mi libro estaba sobre el buró, con el lápiz insertado en las últimas hojas. Hubiera preferido comprobar que Ruso no había avanzado ni una página, que su interés se había varado a mitad del libro, pero la colocación del lápiz no dejaba dudas de que había llegado al final. Al abrirlo, vi que había unos nuevos versos subrayados y aquellos en que confesaba mi amargura por no haber hecho nunca el amor con una mujer de mi tierra estaban marcados de un modo especial, con una señal vistosa al margen. Tuve un presentimiento, abrí la colcha de la cama, me agaché y percibí el flamazo del perfume. Ella acababa de estar ahí. Habían pasado la tarde juntos.

Me llevé el libro a la nariz, sabiendo que un libro no retiene un olor como una tela y sólo inhalé la fragancia del papel viejo, pero regresé a la última página y, al mirar de nuevo aquella señal vistosa y vertical, puesta al margen de los versos donde yo decía que lamentaba no haber hecho nunca el amor con una mujer nacida donde yo había nacido, comprendí que no había sido hecha por Ruso, sino por ella. No era Ruso quien había leído mi libro en esos dos días, sino ella, tomándolo del buró donde lo había dejado mi tía, tal vez después de hacer el amor con mi primo y mientras él roncaba a su lado. Y cuando nos vimos en el balcón, ya había leído una parte; por eso me había mirado como me había mirado. Volví a observar con atención aquella doble franja vertical para convencerme de que había sido hecha por una mano femenina y me pregunté, ante la virulencia con que había sido trazada, si no era una señal para mí, tal vez para insinuar un encuentro, una cita. ¿No era por eso que había dejado el lápiz en esa página y su puerta estaba abierta en el rellano? Apagué la luz, fui a la puerta y la abrí unos centímetros. La puerta exterior de su departamento seguía abierta y oscilaba impulsada por una corriente de aire. Estuve en

esa posición varios minutos, espiando. Después me tendí en la cama, dejando la puerta entreabierta para que ella supiera que había alguien adentro. Me tapé con la colcha, atento al menor ruido. Tal vez dentro de poco escucharía aquellos golpes suaves, urgidos, que me habían despertado la mañana anterior. Recordé con un íntimo temblor las uñas de sus pies pintadas de rojo que asomaban provocativamente de los zapatos abiertos y me dije que el viaje todavía podía enderezarse.

La renta

—Están en su casa, miren todo lo que quieran —dijo la mujer con su acento alemán y regresó a la sala con el hombre rubio, dejándonos a Rosario y a mí a mitad del pasillo. Me desagradó que no se tomara el trabajo de enseñarnos el departamento, como si hubiera intuido que no podríamos rentarlo, y, en efecto, nos bastó entrar en la primera habitación, el estudio, todo revestido de caoba, para darnos cuenta de que estaba fuera de nuestras posibilidades.

—Te lo advertí —dijo Rosario en voz baja—. Hasta tienen doble puerta, ¿te fijaste?

—Sí, me fijé —dije.

Lo había notado cuando la mujer vino a abrirnos. Pero la mujer era alta y atractiva, no tenía el aire de pertrecharse en su casa y tal vez la doble puerta había sido puesta por los inquilinos anteriores.

Ella y el rubio estaban desayunando en la mesa del comedor y oímos desde el estudio que hablaban en alemán. Rosario me pasó a Juan y con mi hijo en los brazos me imaginé cómo sería trabajar en ese estudio amplio y luminoso, teniendo la vista de los eucaliptos del parque. Llevábamos dos meses buscando departamento y ése era el mejor de todos. De pronto el hombre exclamó algo y la mujer contestó subiendo la voz. Él replicó en el mismo tono y ella dijo con vehemencia: «*Nein, nein!*». La discusión se interrumpió porque sonó el teléfono y la oímos a ella contestar en alemán. Supuse que el departamento era suyo. Tal vez el hombre, bastante mayor que ella, era su amante y desayunaban a esa hora porque habían despertado tarde después de pasar la noche juntos.

Cruzamos el pasillo, donde un mueblecito de pared atrajo la atención de Rosario, que se detuvo a contemplarlo, mientras yo, con Juan en brazos, entré en uno de los dormitorios, que debía de ser la

recámara de la mujer. Tenía el doble de tamaño de la nuestra y daba también al parque. Sobre uno de los burós, enmarcada en un pequeño portarretratos, había una foto de ella en traje de baño y tuve que inclinarme para mirarla. Era más joven que ahora, tenía unos hermosos muslos largos y hombros de nadadora. En traje de baño se veía más alemana. Dejé de mirar la foto porque oí a Rosario cruzar el pasillo y, cuando entró en el cuarto, le pregunté qué le parecía el departamento.

—Qué me va a parecer. Cuando nos digan el precio, quiero ver tu cara.

La mujer había acabado de hablar por teléfono, porque el hombre le dijo algo y ella volvió a contestar: «*Nein, nein!*». Él repuso con una frase larga y de pronto el tono subió de intensidad. Rosario y yo nos miramos. La mujer pareció perder los estribos, dijo algo con voz ahogada y el hombre, en respuesta, soltó un puñetazo en la mesa. Rosario se puso pálida. Se estaban gritando. Él repetía una y otra vez la misma palabra y la mujer decía: «*Nein! Nein! Nein!*». Pensé que se habían olvidado de nosotros y una idea absurda cruzó por mi cabeza: lo hacían a propósito para que nos fuéramos. Era su truco para ahuyentar a los clientes poco prometedores.

—Vámonos —dije a Rosario.

—No se puede, hay que cruzar la sala.

—¡Pues la cruzamos!

Pero no dimos un paso, porque la oímos a ella venir por el pasillo. Entró en el cuarto donde estábamos y se tiró sollozando sobre la cama. Oímos al hombre aproximarse y Rosario tomó a Juan de mis brazos, previendo una lucha entre el rubio y yo. Me vi rodando con el tipo sobre la alfombra. Pero él irrumpió en el cuarto sin vernos y se inclinó sobre la mujer para gritarle a unos pocos centímetros de la cabeza aquella palabra que no había dejado de repetir desde el inicio del pleito. Pensé que le pegaría, me separé de la pared y grité con los brazos abiertos: «*Genug! Genug!*». Se volvieron de golpe, asustados. Nos miraron como si nunca nos hubieran visto. Me pregunté si no nos habían borrado de sus mentes desde que ella había vuelto a la sala después de decirnos que podíamos mirar lo que quisiéramos. Juan, sobresaltado por mi grito, empezó a llorar en brazos de Rosario. El hombre fue el primero en reaccionar, se enderezó y salió de la recámara. Yo tenía todavía los

brazos abiertos y me sentí ridículo. Ni siquiera estaba seguro de haber empleado la palabra correcta. Los bajé y Rosario salió del cuarto cargando a mi hijo. También la mujer, después de secarse los ojos con la mano, salió del cuarto, pero en el pasillo se detuvo junto a Rosario y le dijo:

—Discúlpenos, por favor.

—No importa —dijo Rosario.

—Estoy muy apenada. —Y, mirando a Juan, le hizo una caricia y le dijo con trémula voz maternal—: ¡Te asustaste!

—Es mejor que nos vayamos —dije yo.

Pero ella negó con la cabeza:

—Ni siquiera han visto el departamento. Vengan, por favor. —Y abrió la puerta del cuarto contiguo, que era otra recámara.

No quisimos mortificarla, y entramos. Después nos mostró los dos baños y la cocina. Había sacado de alguna parte un pañuelo rosa con el que se secó los ojos y se limpió la nariz. Cuando entramos en la amplia cocina el rubio estaba allí, buscando algo en los cajones, y al vernos se deslizó hacia la sala. Cuando entramos en la sala, volvió a entrar a la cocina. Era como una presencia que nadie registraba. La mujer se había recobrado y su locuacidad iba en aumento. Abundaba en explicaciones sobre el calentador, la entrega de la basura y el cuarto de servicio de la azotea. Volvió a acariciar a Juan y le agarró tiernamente una mejilla. Después de enseñarnos todo nos pidió que nos sentáramos en el sofá de la sala. No nos atrevimos a decir que no. Entró en la cocina, donde estaba el hombre, y temí que recomenzara el pleito, pero los oímos hablar sin asperezas y ella reapareció cargando una bandeja llena de quesos, que depositó en la mesita del centro.

—Un pequeño tentempié —dijo.

—Por favor, no se molesten —dije haciendo un suave ademán de rechazo.

—Son quesos que acaba de traer Peter de Hamburgo. Pruébenlos, por favor.

Había una nota de súplica en su voz. Corté un pedazo del primer queso, se lo ofrecí a Rosario y corté otro para mí. El hombre apareció con una botella de vino y la colocó sobre la mesita, un vino blanco del Rin, y sacó unas copas del mueble.

—Por favor, no se molesten —repetí.

El tipo descorchó la botella, nos sirvió y se sentó al lado de la mujer. «¡Salud!», dijo, y los cuatro brindamos levantando nuestros vasos. Ella cruzó las piernas y miré sus tobillos gruesos. Los tobillos gruesos son mi debilidad, Rosario lo sabe y seguramente también se fijó en ellos.

—Peter es amante de los quesos —dijo la mujer.

—¡Están exquisitos! —dijimos Rosario y yo.

Peter, que sólo había abierto la boca para decir «¡Salud!», empezó a hablar de los quesos de su país. Tenía un acento alemán mucho más pronunciado que el de ella. Nos dio una pequeña clase sobre las principales técnicas de añejamiento, hasta que ella interrumpió su disertación para preguntarme si yo hablaba alemán. Le dije que sólo conocía medio centenar de palabras y ella miró a Rosario, como para asegurarse de que no estaba mintiendo. Debía de inquietarle la posibilidad de que me hubiera enterado de los motivos de la pelea. Nos preguntó qué nos había parecido el departamento y Rosario y yo contestamos en coro: «¡Es precioso!».

Se miraron y ella me preguntó cuánto podíamos pagar. Mi pulso se aceleró, porque comprendí que estaban dispuestos a bajar el precio para rehabilitarse de la penosa escena de hace unos minutos. Dije una cifra ligeramente superior a la que en realidad podíamos permitimos y ella dijo:

—Lo podemos discutir.

Miré a Rosario, que trató de disimular su emoción arreglando el babero de Juan, y me sentí obligado a aclarar nuestra situación:

—En realidad es todo lo que podemos ofrecerles, aunque sabemos que el departamento vale más.

La mujer sonrió por primera vez:

—No nos interesa hacer negocio, sino rentarlo a personas consideradas que lo mantengan en buen estado.

—Sí —recalcó Peter—, ahora más fale conserfar lo que uno tiene, el dinejo se defalúa.

—Sólo falta que esté de acuerdo Karl —dijo ella.

—Sí, nuestro hermano —explicó Peter, haciendo un gesto que los incluía a los dos y al hermano ausente. Al ver mi cara de sorpresa ella sonrió:

—Peter y yo casi no nos parecemos. Nunca creen que somos hermanos, pero cuando estamos con Karl, que tiene un poco de los

dos, nos parecemos más. Él nos une.

Debió de haber dicho con anterioridad esa frase una infinidad de veces, porque Peter asintió como ante un hecho más que comprobado. En ese momento detecté un parecido de fondo en las caras de los dos, algo como una expresión hierática que le otorgaba a ella, mucho más guapa que él, un toque de lubricidad que me llevó a mirarle de nuevo los tobillos, y cuando levanté la vista nuestros ojos se encontraron.

—Qué les pajece si fienen a las seis, que es la hoja que fiene Karl, y nos tomamos un café —dijo Peter.

—Cómo no —dije, y miré mi reloj. Era la una. Nos daría tiempo de comprar las telas que necesitaba Rosario, ir a comer, dar una vuelta para hacer la digestión y regresar a tomar el café.

—No le quitaste los ojos de encima —dijo Rosario cuando estuvimos dentro del coche.

En los últimos tiempos mi táctica había cambiado. Procuraba no sulfurarme y echaba agua sobre fuego.

—Le miré los tobillos un par de veces —dije con la mayor tranquilidad—. ¿Qué tiene de malo?

—¡Un par de veces! —Y se quedó callada, pues tampoco ella tenía ganas de pelear. Estábamos a punto de conseguir una joya de departamento y ninguno de los dos quería echar a perder todo por un pleito. Manejé despacio, con suavidad, sabiendo que eso le agradaba. Juan estaba risueño en su sillita del asiento posterior. Fuimos a varios negocios de telas, porque Rosario no encontraba lo que quería. Más tarde, cuando buscábamos donde comer, se cruzó en nuestro camino un restorancito que ella conocía desde hace tiempo y me lo señaló emocionada. Por primera vez el nombre de Joaquín, su antiguo novio, en realidad el único novio que había tenido antes de conocerme, me sonó agradablemente a los oídos. Estacioné y nos bajamos.

Era un lugar acogedor y tranquilo, y el dueño, situado detrás del mostrador, repartía a dos meseros los platos que iba recibiendo por un ventanuco que comunicaba con la cocina. Pensé que el hecho de que todos los platos pasaran por sus manos debía de crear en los clientes una sensación de confianza en la calidad de los alimentos.

Rosario se puso nostálgica:

—No ha cambiado nada, todo está como antes.

—¿Y el señor? —le pregunté.

—Más viejo, pero envejeció bien. ¿No te parece guapo?

—Guapo no, pero sí varonil.

—Tal vez si le digo quién soy, se acuerde de mí.

—Cuando entramos, se te quedó mirando —le dije.

—Pensará que me he desmejorado.

—¿Por qué? Ahora estás mejor que cuando nos conocimos.

—Me siento vieja —dijo con un tono tajante.

Durante la comida siguió hablando de su pasado y de Joaquín. Me pareció un buen presagio que hablara de él a pocas horas de cerrar el trato del nuevo departamento, como si quisiera enterrarlo definitivamente. Nunca pronunciaba su nombre, pero de algún modo la sombra de Joaquín, del Joaquín fiel y modesto a quien yo le había arrebatado a la mujer de sus sueños, y de quien Rosario jamás pudo enamorarse, no había dejado de importunarnos todos esos años.

—Nunca me has dejado hablar de él —dijo Rosario con repentina vehemencia.

—Nunca te lo he prohibido.

—Pero nunca me has dejado —repitió tercamente.

Me puse a mirar al dueño, que detrás del mostrador vigilaba el menor vuelo de mosca de su establecimiento, y dije:

—Me gustaría un trabajo así, recibir los platos de la cocina y repartirlos a los meseros, y cada tanto pasear entre las mesas y preguntar a los clientes si todo está bien y si no les falta nada.

—No los dejarías comer, ¡y te quiero ver yendo todos los días a la Central de Abastos a comprar la comida!

Rosario no deja soñar. Le molesta que alguien sueñe.

—A ver si el Karl ése no se pone sus moños —dijo—. Ha de ser insoportable como sus dos hermanitos.

Fingí estar de acuerdo en que los dos hermanos eran insoportables.

—Vámonos —dije cuando terminamos de comer—, quiero caminar para bajar la comida.

Pedí la cuenta y salimos. Ella propuso que fuéramos a un parque que estaba a dos cuadras. Dejamos la pañalera en el coche, tomé a Juan en mis brazos y llegando al parque me arrepentí de no haber tomado café en el restaurante, porque me dio sueño.

—Espero que cumplan su palabra —dije.

—¿Cuál palabra?

—De darnos café. Me estoy durmiendo.

—¿Y si el Karl ése no está de acuerdo con sus hermanos?

Yo tampoco estaba ya tan seguro de que pudiéramos cerrar el trato. Bastaba que el hermano subiera un poco el precio para que estuviera fuera de nuestras posibilidades. Él no se había peleado frente a nosotros y no tenía necesidad de rehabilitarse con un gesto noble, así que nos pediría lo que considerara justo; y también los otros dos, cuando se les pasara la vergüenza del pleito, razonarían de un modo más realista.

Llegamos quince minutos tarde para no parecer ansiosos. Se oía música en el departamento, cosa que me desagradó, porque no iba con mi idea del recogimiento que se precisa para una transacción importante. Ella nos abrió la doble puerta y mi corazón recibió el impacto de su minifalda y de sus medias negras, que ahora mostraban pródigamente la curva de sus muslos. Peter y el otro hermano estaban en la sala y se pusieron de pie. También Peter estaba más elegante, con un traje gris oscuro y una corbata verde botella. No me gustó que se hubieran cambiado de ropa. Era como si nos quisieran insinuar que no eran los mismos de hace unas horas y que por lo tanto había que reconsiderar nuestro trato. Karl se acercó a saludarnos y me pareció que era guapo como su hermana; no tenía el pelo tan rubio como Peter y era el más joven de los tres. Rosario, como siempre le ocurre ante un hombre apuesto, se sonrojó un poco al estrecharle la mano, y eso me produjo un reblandecimiento del estómago.

—Hoy es el cumpleaños de Peter —dijo Vera sonriendo, y nos entregó dos copas de vino blanco. Los tres hermanos levantaron sus copas.

—Felicidades —dijimos Rosario y yo, levantando las nuestras.

Era una noticia decepcionante, porque por un momento me había hecho la ilusión de que habían sacado el vino para festejar la firma del contrato.

—Vera nunca le pregunta a la gente qué quiere tomar —dijo Karl, que hablaba español tan bien como su hermana, y Vera se rió con una risa baja, espesa, caudalosa, que me recordó su llanto de la mañana.

—Hay ron, cerveza, whisky y tequila —acotó Peter.

—Está muy bien así, nos gusta mucho el vino blanco —dije, y miré a Rosario, esperando que confirmara mis palabras, pero sentí otro nudo al ver que estaba mirando a Karl y me pareció que desde nuestra llegada no le había quitado los ojos de encima.

Vera se sentó al lado de Peter cruzando sus magníficas piernas y me hice el firme propósito de no mirarla más abajo del cuello. Se abrió una puerta en el pasillo y una mujer rubia hizo su aparición en la sala.

—¡Carlota, te presento a unos amigos! —exclamó Peter.

Me puse de pie y Peter le dijo a la mujer que éramos las personas que queríamos rentar el departamento. Después del apretón de manos la mujer se sentó en el antebrazo del sillón de Karl, de lo que deduje con cierto alivio que era su mujer o su novia, y ella y Karl empezaron a hablar en alemán, aislándose de nosotros, cosa que aproveché para preguntarle a Peter y a Vera si ya habían tomado una decisión.

—Karl es el hombre más indeciso del mundo —afirmó Vera, y dijo algo en alemán que hizo estallar de risa a los tres hermanos. Juan, asustado, se echó a llorar en brazos de su madre.

—¡Pobre nene, hay que llevarlo a mi cuarto! —dijo Vera levantándose y le dijo a Rosario que la siguiera. Rosario me señaló la bolsa de los pañales con un gesto que significaba que fuera tras ella, tomé la bolsa y seguí a las dos mujeres. En ese momento sonó el timbre y Peter y Karl se levantaron. Adiviné que esperaban gente y sentí una súbita zozobra. Sólo faltaba que hubiera una fiesta.

Vera, Rosario y yo entramos en la recámara donde estaba la foto de Vera en traje de baño. Mientras Vera colocaba unos cojines en el centro de la cama para que Juan no se cayera, oímos un barullo proveniente de la sala. Miré a Rosario, seguro de verla alarmada como yo, pero su rostro estaba risueño cuando depositó a Juan en el círculo de cojines.

—Aquí nadie lo va a molestar —dijo Vera y añadió, mirándonos a los dos—: A lo mejor éste va a ser su cuarto, es la habitación más silenciosa de la casa.

—Así que todavía no se deciden —dije con un tono más duro del que hubiera querido.

Vera sonrió con algo de irritación en su esfuerzo por mostrarse

amable:

—Karl quiere pensarlo un poco, pero no se preocupen, dentro de un rato les dirá que todo está arreglado. Siempre termina por hacer lo que queremos Peter y yo. —Y mirando a Juan, que ya había cerrado los ojos, agotado por el sol tomado en el parque, dijo—: Miren cómo duerme, qué preciosidad.

Juan, en efecto, se veía precioso, bañado por la luz ambarina del atardecer que se filtraba por las cortinas de la habitación. Era de verdad un cuarto tranquilo y mientras las dos mujeres miraban a mi hijo con expresión maternal, falté a mi propósito y eché una mirada a las estupendas caderas de Vera, justo en el momento en que volvió a sonar el timbre.

—Vamos a la sala —dijo nuestra anfitriona animándose de repente, y añadió con un ligero cambio de tono que sentí dirigido expresamente a mí—: Relájense, necesitan distraerse. El niño va a estar bien.

En la sala había una docena de personas, todas rubias y espigadas. Vera, levantando la voz, nos presentó como amigos suyos, pero me dio la impresión de que todo mundo sabía cuál era el verdadero motivo de nuestra presencia. Luego alguien subió el volumen de la música. Sin abandonar su copa de vino, Karl rodeó con un brazo la cintura de Carlota y los dos empezaron a bailar con las cabezas pegadas. Sentí un estremecimiento y Rosario, que sabe lo poco que me gusta bailar, tuvo un inesperado gesto de ternura y me apretó la mano para darme valor. Peter dejó su copa sobre la mesita, vino hacia nosotros y preguntó ceremoniosamente a Rosario si quería bailar una pieza. Ella se dejó llevar al centro de la sala, donde él la condujo con una sapiencia un poco almibarada. La mayoría, como obedeciendo a una señal, siguieron el ejemplo de los dos hermanos y se formaron las otras parejas.

La casa se llenó rápidamente de invitados. Cada vez que sonaba el timbre algunas de las parejas se separaban para dar la bienvenida a un nuevo flujo de rubios o semirrubios que hacía su ingreso en medio de exclamaciones de alegría. Me había escurrido hasta el sillón donde anteriormente se había sentado Karl y poco después una rubia bajita se acercó para pedirme que bailáramos. Le dije que estaba cansado, pero ella tendió su mano para que me levantara y, cuando volví a negarme, se dio la vuelta y dijo algo que no entendí.

Varios invitados me observaron y tuve la sensación de que un murmullo de desaprobación recorría la fiesta. A partir de ese momento, para remediar mi falta de cortesía, me dediqué a sonreír a diestra y a siniestra, algo que resultó en definitiva más fatigoso que si me hubiera puesto a bailar. Por suerte el carrito de las bebidas estaba a mi lado. Cuando terminé mi copa me serví otra para no estar con las manos vacías. Todos parecían conocerse y muchas parejas rotaban, después de cada pieza, entre risitas y bromas. Busqué a Rosario con los ojos, pero no la vi. Terminé mi segunda copa y decidí ir a echar un vistazo a Juan. Sentí un pequeño mareo cuando me puse de pie y lo atribuí a las dos copas de vino que acababa de tomar y a las dos cervezas de la comida. Tuve que abrirme paso para alcanzar el pasillo. Entrando en el cuarto donde estaba Juan olí la lavanda que Rosario tenía la costumbre de pasar en su carita, una manía suya que nunca pude entender. Tal vez a causa de ese aroma dulzón me aumentó el mareo y me senté en el borde de la cama. Afuera ya estaba oscuro. Me acosté al lado de mi hijo, cerré los ojos y dormí unos minutos. Cuando volví a salir del cuarto me pareció ver en la oscuridad del pasillo a dos siluetas que se metían en la habitación de junto y cerraban la puerta. En la sala busqué a Rosario en el apretado montón de cabezas rubias. Estaba enlazada con un güero de anteojos gruesos. Dos nuevas parejas acababan de hacer su ingreso en la sala, aclamadas por una parte de los presentes. Se fundieron enseguida al baile y yo reocupé mi lugar junto al carrito de las bebidas. Era el único que no bailaba y sentí una rabia confusa. Me dije que no teníamos nada que hacer en ese baile a las siete de la tarde entre desconocidos que no hablaban nuestro idioma. ¡Que el imbécil ese de cara bonita se decidiera de una vez y nos dijera si aceptaba nuestra oferta o no!

Pero me quedé sentado y terminé mi tercera copa de vino. En realidad, de no haber estado ahí, estaríamos en nuestra casa mirando televisión. A Rosario le gustaba bailar y siempre se quejaba de mi poca sensibilidad por el baile. A las pocas fiestas que íbamos bailaba con otros y ya no me pedía como antes que bailáramos al menos un par de piezas. El güero de lentes le hablaba con calor y ella se reía y le contestaba. Todavía podía ser guapa y risueña cuando hacía a un lado esa expresión de hastío que en los últimos

tiempos se había entronizado en su rostro. Sus ojos almendrados, melancólicos, vagamente nórdicos, eran todavía bellos y seductores y se movía con una suavidad que siempre me había encantado y que la detenía un poco en cada gesto, sin cálculo ni coquetería, como felizmente sedimentada en su cuerpo. El güero de lentes, a juzgar por cómo la miraba, parecía cautivado por ese calmo desenvolvimiento de su belleza, y cuando Rosario miraba hacia otra parte, él la observaba como si buscara la clave del equilibrio que emanaba de mi mujer. Yo le estaba atribuyendo las mismas sensaciones que me habían hecho enamorarme de Rosario, y él, a lo mejor, detrás de su aparente desabrimiento, lo único que quería era seducirla. Rosario, por lo pronto, me parecía que se abandonaba en sus brazos con demasiado transporte. Tal vez el vino, mezclado con el recuerdo de Joaquín y el hecho de haber vuelto a ese restorancito al que estaba ligada una época de su vida la tenían alelada y fuera de sí. Cuando Vera le había ofrecido llevar a Juan a su cuarto no había vacilado un segundo, como si le urgiera liberarse de un peso para desenvolverse a gusto. Había olido la fiesta y quería quedarse. Recordé las dos siluetas que se habían metido en la habitación contigua a la de Juan y me sentí inseguro. Tal vez alguien podría entrar en el cuarto donde él estaba durmiendo. Me levanté de nuevo y empecé a abrirme paso entre los que bailaban. Entonces alguien me tocó el hombro. En la pesada penumbra reconocí a Vera, que me sonrió. Tenía una copa de vino en la mano y una botella en la otra. Me rodeó el cuello con los brazos y empezó a moverse al ritmo de la música. Le dije que no sabía bailar, pero mientras se lo decía me moví siguiendo el ritmo.

—¿Ves como sabes? —dijo.

El vaso y la botella chocaban suavemente atrás de mi cuello.

—Tienes una mujer y un hijo hermosos —dijo rozando mi oreja con su boca y dio un trago a su copa de vino sin dejar de mirarme.

—Disculpa, creo que mi hijo está llorando. —Me solté suavemente y empecé a abrirme paso entre las parejas que nos rodeaban. Entonces los vi a mi izquierda, apartados. Bailaban casi sin moverse, como dos enamorados, ella apoyando su cabeza en el pecho de Karl. El latigazo me paralizó. Rosario volvió la cara hacia donde yo estaba, como ida, sin verme, y un hombre y una mujer que bailaban a mi lado me miraron y se rieron. Pensé que se

estaban burlando y los miré retadoramente, pero la mujer me sonrió, se soltó del hombre y me rodeó el cuello con sus pesados brazos, haciéndome sentir el vaho de su perfume y la presión de sus senos. En un español atroz me preguntó si yo era amigo de Peter.

—No, de Vera —busqué a Rosario con la mirada, pero ya no la vi.

—Estaba cansada de bailaj con mi majido —dijo la mujer metiendo su aliento vinoso en mi boca y susurrándome al oído—: ¿Quieres ir al cuarto, con los otros?

—¿A qué cuarto?

—¡Al cuarto! —repitió.

Pensé en Juan, me solté de los brazos de la gorda y me apresuré hacia el pasillo. No se veía nada y tuve que apoyarme con una mano en la pared. Encontré la puerta al tacto y la abrí. Adentro estaba completamente oscuro y se oían voces. Encontré el interruptor a mi izquierda, pero la luz no se prendió. Me entró pánico, porque se oían jadeos y temí que hubieran aplastado a Juan. Los jadeos venían del suelo. Una mujer respiraba con angustia y otra se reía. Busqué la cama, pero había desaparecido. Entonces me acordé del olor a lavanda. No era ése el cuarto donde estaba Juan. Al darme la vuelta alguien que estaba tirado a mis pies me agarró el tobillo y dijo algo en alemán que provocó la carcajada de un hombre, mientras la mujer que jadeaba empezó a acelerar sus quejidos. Me solté bruscamente, llegué a la puerta, la abrí y salí al pasillo. Antes de poder cerrarla alguien la cerró desde adentro con un golpe y oí otra carcajada.

Encontré la puerta de junto, la abrí, olí el aroma a lavanda y bendije por una vez la manía de Rosario de perfumar a Juan. Busqué el interruptor y esta vez la luz se prendió, pero la apagué, porque sólo quería cerciorarme de que Juan seguía en medio del círculo de los cojines. En el momento de inclinarme sobre mi hijo recordé a Peter haciendo lo mismo en ese cuarto para gritarle a Vera aquella palabra que no había dejado de repetir desde el inicio del pleito. Alguien entró en la habitación, lo supe por el ruido del vidrio. Se acercó, me dejé rodear el cuello por sus brazos y, aunque esta vez no había música que lo justificara, la tomé de la cintura; se apretó a mí, buscó mi boca, abrió los labios y me besó mientras la botella y la copa chocaban ligeramente. Cruzó por mi mente la idea

de que hacía ese ruido a propósito, como una señal para que nadie viniera a molestarnos. Respondí a su beso con la misma calma, sintiendo una molicie ruinosa que me derretía. Pero me heló la sospecha de que en ese preciso momento también Rosario estaría pegando su boca a la de Karl y dejé de besarla. Ella dijo apartando su rostro del mío: «Siempre preocupado por la familia», y a continuación se soltó para servirse más vino.

—No te separas de él, ¿verdad? —dije, herido por su sarcasmo.

—Es un día especial —dijo.

—¿Qué tiene de especial?

—Es el cumpleaños de Peter y él viene de Alemania para festejarlo. Trae los quesos y los vinos.

—¿Y siempre festejan así, con una orgía?

Vació su copa de un trago y dijo sin alterarse:

—¿Qué orgía?

—Hay una orgía en la otra habitación. ¿Siempre festejan así?

—¿Entraste en el otro cuarto?

—Sí, buscaba a mi hijo y me equivoqué.

Oí su risa excitante, de argamasa, y perdí la paciencia:

—¡No veo qué tiene de chistoso! ¿Y si hubieran entrado a hacer sus cochinadas aquí, con mi hijo durmiendo en la cama?

—Cálmate. Nunca entran a mi cuarto.

—¡Están completamente borrachos!

—Te dije que nunca entran aquí, y no levantes la voz, por favor, no lo soporto.

—¡Esta mañana tú y tu hermano no se hablaban con murmullos! —exclamé.

—No es asunto tuyo.

—Tampoco es asunto mío esta fiesta. ¡Vine a ver un departamento y estoy en medio de una orgía con mi mujer y mi hijo!

—No es una orgía, es el cumpleaños de Peter.

—¡Vaya cumpleaños! ¡Al rato todo el mundo va a estar metido en los cuartos, encuerado y jadeando! ¡Hasta mi mujer! ¡Ya vi cómo la estrecha tu hermanito!

—No grites, te van a oír.

—¡Que me oigan!

Escuché unas voces masculinas provenientes de la sala, se oyó

una exclamación y luego las voces se acercaron por el pasillo. Sentí un miedo atroz. Me tensé como en la mañana, listo para luchar. Había rehusado bailar con dos de sus mujeres y ahora le gritaba a la dueña de la casa. Podrían impedirnos salir e inmolarnos a los tres, a Rosario, a Juan y a mí, como parte de su orgía. Pero los pasos se detuvieron en el pasillo y nadie entró. Las voces callaron y se oyó una puerta que se cerraba.

—Está bien, es una orgía —dijo ella suavizando el tono. Parecía tener miedo como yo—. Nos gusta hacerlo con nuestro vino. Una vez al año Peter nos trae nuestro vino y nos gusta honrarlo como se debe.

Mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y podía ver sus ojos y el perfil de su nariz.

—Por mí pueden hacer lo que quieran —dije bajando la voz—. Pero no tienen por qué meternos a nosotros. Así que nos vamos. —Me di la vuelta y me incliné sobre Juan.

—No lo hagas, no te lo permitirían —dijo ella.

Sentí un reflujo en la sangre, casi un momentáneo desvanecimiento.

—¿Qué quieres decir? —Volví a enderezarme, tratando de disimular mi miedo.

—No va a pasar nada, tranquilízate.

—¿Qué significa esto de que no me lo permitirían? —Mi voz tembló y ella se dio cuenta.

—No compliquemos las cosas y todo va a salir bien.

—No quiero complicar nada, sencillamente quiero irme. —E imité por la desesperación su mismo tono, incluso volví a tomarla de la cintura, como si le hablara a una vieja amiga.

—Eso es, relájate. Si te relajas todo va a salir bien.

—Estoy relajado. —Mi corazón latía tan fuerte que juré que ella lo oía.

—No, relájate de veras, tú y tu mujer están muy tensos.

—No es verdad, estamos tranquilos.

—Siempre hablan al unísono, en coro.

Esa observación me hirió.

—¿Qué tiene de malo?

—Tal vez son demasiado iguales. Un poco de desorden, de vez en cuando, hace milagros.

Me había rodeado el cuello como antes, pero ya no cargaba con la botella y el vaso, que en algún momento debió de haber dejado en el piso, y comenzó a desabrocharse los botones de la blusa.

—Es hora de que nos vayamos —dije.

Se abrió todos los botones, se bajó el sostén sin quitárselo y aparecieron sus dos senos como gruesos animales marinos que tantean, desorientados, la playa. Me tomó las manos para que los tocara y acercó su boca a la mía.

—No soy idiota —dije apretando esas dos grandes masas tibias salidas de su vestido—, mientras me entretienes tu hermanito se agasaja con mi mujer.

Puso su boca sobre mis labios y murmuró:

—A la que están entreteniendo es a tu mujer, no a ti —y empezó a desabotonarme la camisa—. La presa eres tú.

—¿Qué presa?

—Siempre hay una presa y es aquí, en este cuarto, conmigo. Luego se podrán ir.

—¿Quiénes son ustedes? —Y más que oír sentí subir del fondo de su pecho aquella risa enjaulada y suntuosa, parecida a un sollozo, y pegué con furia mi boca a la suya para no oírla.

—¿Por qué está llorando? —preguntó Rosario.

Estaba parada junto a la cama.

—¿Qué dices? —pregunté.

—¿Por qué está llorando?

Me incorporé a medias. Juan lloraba a mi lado y ella no quiso prender la luz. Había leído que prender la luz cuando los niños acaban de despertar les puede dañar la retina. Me pidió que abriera las cortinas para que entrara un poco de la luz de los faroles de la calle, pero estaba demasiado atontado para moverme. Se inclinó sobre Juan para cargarlo y él dejó de llorar.

—¿Qué hora es? —pregunté.

—Las ocho. Pero ya se decidieron. Mañana podemos venir a firmar el contrato.

—¿Se decidieron?

—Sí, estoy muerta. Les dije que hemos tenido una semana muy pesada y que por eso te quedaste dormido.

Escuché la música que llegaba atenuada a través del pasillo.

—Vine a ver cómo estaba Juan —dije.

—Te vi cuando te paraste.

—Me dormí sólo unos minutos y regresé a la sala.

—No regresaste, me habría dado cuenta.

—No me viste porque estabas bailando con el tipo de lentes.

—No bailé con ningún tipo de lentes.

Me había acostumbrado a la oscuridad del cuarto, lo suficiente para ver su silueta y el brillo de sus ojos.

—Y luego bailaste con Karl.

—Tampoco bailé con Karl.

Miré el piso, buscando el vaso y la botella de Vera. Conservaba todavía la sensación de sus pechos en mis manos.

—¿Qué buscas? —preguntó.

—Nada.

—Peter, cuando vio que tardabas, vino a ver y me dijo que estabas roncando.

—¿Peter entró aquí?

—Sí.

—¿Traía una botella y un vaso?

—No sé, ¿por qué?

—Había una orgía en la habitación de junto —dije—. La luz no se prendió y me asusté, porque creí que era este cuarto. Pensé que podían aplastar a Juan. Luego me agarraron el tobillo.

—Pásame la cobija de Juan —dijo ella—. Está en la bolsa. Hay que irnos.

Miré otra vez el piso, buscando el vaso y la botella.

—¿Qué buscas? —preguntó.

No contesté, abrí la bolsa, saqué la cobija y se la di.

—No deberíamos irnos sin bailar un par de piezas. Antes, en las fiestas, no te ibas si no bailábamos por lo menos una vez, ¿te acuerdas?

—Sé que no te gusta. Y estoy muerta.

—Hace años que no bailamos. Antes me criticabas por eso. Vi cómo bailabas con Karl y el tipo de lentes.

—No bailé con ningún tipo de lentes ni con Karl. Lo soñaste.

—Tal vez también estoy soñando esto. Tal vez no es verdad que aceptaron rentarnos el departamento. Bailamos un par de piezas y nos vamos. Soy el único que no ha bailado en toda la tarde.

Ella, resignada, recostó de nuevo a Juan, que se había vuelto a

dormir en medio del círculo de los cojines, y yo la estreché con fuerza, como hacía mucho no la estrechaba. Quería estar seguro de no estar soñando y de que era verdad que Karl había aceptado nuestra oferta y que ese departamento era nuestro. Salimos al pasillo, que estaba más oscuro que el cuarto, la tomé de la mano y le señalé la puerta de la habitación contigua.

—Era aquí —dije.

—¿Qué cosa?

—La orgía. —Di vuelta al picaporte y abrí la puerta. Estaba tan oscuro como en el pasillo y no se veía nada.

—Ya cierra —dijo.

—Me agarraron el tobillo y se rieron.

—Cierra —repitió—, ¿no ves que no hay nadie?

—Y el apagador estaba aquí. Aquí está. —Y encendí la luz.

Pero la luz no se encendió.

La caída del árbol

Oyó a la madre de Alfonso caminar en la habitación de arriba y recordó que ni él ni Rubén ni Alejandro, a pesar de haber frecuentado esa casa durante tanto tiempo, habían subido alguna vez a la planta alta. Pensó que todavía podía huir. Aunque se había preparado mentalmente para saludar a una mujer entrada en años, nunca imaginó aquel estrago y se preguntó si ella, cuando le abrió, al verlo también a él tan cambiado, no habría sentido su misma zozobra. Tal vez si huyera en ese momento ella sería la primera en agradecérselo. Cuando le había dicho por teléfono, contestando a su invitación de dejarse ver una tarde de esas, que podría visitarla el martes siguiente, ya que tenía que ir a un laboratorio médico que se encontraba a dos cuadras de su casa, su tono cantarín había tenido una ligera caída, como si no hubiera esperado que la invitación fuera a ser tomada en serio.

Escuchó los pasos en el segundo piso y miró sobre el piano las galletas que había traído. En su prisa por subir a buscar las fotos de Alfonso, la madre de su viejo amigo las había recibido sin darle siquiera las gracias. Miró a continuación la puerta y supo que no tendría el valor de huir. Se quedaría media hora y después se disculparía pretextando un compromiso. La oyó bajar las escaleras y cuando, reapareciendo en la sala, le dijo que no había encontrado las fotos de Alfonso y su familia, él lo celebró para sus adentros, porque no tenía ninguna gana de pasar revista a la previsible galería de cumpleaños y fiestas infantiles de los hijos de su amigo.

—No te hubieras molestado —dijo ella a continuación, tomando el paquete de galletas del piano, que depositó sobre la mesita de centro—. ¿Te ofrezco un café?

Él declinó la invitación. Exonerada de esa tarea, la madre de

Alfonso se dejó caer pesadamente en el sillón y fue hasta ese momento que se miraron de verdad.

—¡Qué bárbaro, Antonio, no has cambiado nada! —dijo ella.

—Ojalá fuera cierto.

—Te lo digo en serio. En cambio yo, mírame, soy una anciana. Subo dos escalones y me falta el aire.

—La encuentro muy bien.

—¡Qué va! Cuando falleció mi esposo envejecí diez años.

Le habló más en detalle de la enfermedad de su marido, que había mencionado someramente por teléfono, y después lo puso al tanto de la vida de cada uno de sus hijos, para concluir con un tono de queja:

—Sólo veo con regularidad a Ignacio. Pasa un momento todas las noches a ver qué se me ofrece. Le queda de paso del hospital.

Él recordaba vagamente a Ignacio, el mayor de los cinco hermanos, tieso e incapaz de sonreír, y no le sorprendió que fuera médico.

—¿De veras no quieres café?

—Bueno, si no es molestia. —Y al ver el esfuerzo que ella hizo para levantarse, se arrepintió y le preguntó si no quería que la ayudara, pero la madre de su amigo dijo que no hacía falta y sólo tardaría unos minutos. Se quedó solo y sus ojos fueron atraídos por el pino de Navidad que se encontraba todavía sin adornar en la esquina del comedor. En el suelo había varias cajitas de cartón, que debían de contener las esferas de colores, y recordó la tarde que con una de sus torpezas acostumbradas había derribado el gran árbol cargado de luces y adornos situado en ese mismo rincón. La mitad de las esferas de vidrio se habían roto. Unos meses antes, mientras jugaban volibol en el club, había caído aparatosamente sobre Alfonso, rompiéndole el brazo. Y una o dos semanas después de ese accidente, con Alfonso todavía enyesado, tuvo un enfrentamiento con su padre a causa de la guitarra eléctrica que Rómulo, uno de los hermanos de Alfonso, le había prestado. El señor arrastró a sus dos hijos a su casa, un domingo por la tarde, para exigirle la devolución de la guitarra, que él no tenía en ese momento. Prometió devolverla sin falta al día siguiente, y así lo hizo, pero a partir de entonces, cuando iba a casa de Alfonso, el padre de su amigo y él evitaban mirarse. Y a los dos meses ocurrió lo del árbol. La caída fue

aparatosa. El señor estaba arriba y al oír el estruendo bajó por las escaleras, pero se detuvo cuando comprendió que él había sido otra vez el culpable y volvió a subir sin pronunciar palabra. Se ofreció a pagar los daños, pero Alfonso no quiso. Todavía ahora, pensando en la serie de calamidades que había causado en esa casa, sintió un reflujo de vergüenza y se preguntó si no había venido por una oscura necesidad de recomponer la imagen estropeada que el padre de su amigo se había llevado de él al otro mundo.

Ella salió de la cocina cargando una bandeja con dos tazas de café.

—¿No has abierto todavía las galletas? —preguntó.

—No. Estaba recordando la vez que tiré el árbol de Navidad.

—¿Tú lo tiraste? ¿No fue Alejandro?

—No, fui yo —dijo decepcionado de que ella no se acordara bien —. Rompí todas las esferas y las luces de colores.

—¿Me dijiste con azúcar o sin?

—Sin. —Se adelantó para tomar la taza de café—. Su esposo debió de odiarme. Ya antes le había roto el brazo a Alfonso.

—¿Tú? —exclamó ella.

—Fue en el club, jugando volibol. Estuvo un mes y medio con el yeso.

—Dios mío, qué memoria tengo. ¿Sabes que no me acuerdo? Será porque Alfonso siempre se rompía algo. A cada rato había que enyesarlo.

Iba a recordarle el incidente de la guitarra, pero pensó que tampoco se acordaría. Guardaron silencio, lo que ocasionó una pausa incómoda y él, reparando en la quietud de la calle, dijo:

—¡Cómo es tranquilo aquí!

—Demasiado tranquilo. Ojalá hubiera un poco más de movimiento.

Miró el piano en la pared de la izquierda y, sin mucha esperanza, le preguntó si sabía tocarlo.

—Lo he retomado últimamente para hacerme compañía —contestó ella—. ¿Quieres oír algo?

—Me encantaría —dijo él, y estuvo a punto de ayudarla cuando la vio levantarse fatigosamente del sillón para dirigirse al piano, pero no lo hizo por miedo a ofenderla. Supuso que escucharía alguna de esas melodías populares acondicionadas para piano y

órgano, así que se sorprendió cuando ella, después de abrir la tapa y quitar el fieltro que cubría las teclas, le preguntó si conocía el *Ave María* de Gounod. Contestó que sí y, después de escuchar en suspenso los primeros acordes, lo alivió ver que tocaba no sólo con gran corrección, sino con soltura. Sólo la vio tropezar cuando tuvo que dar vuelta a la hoja de la partitura y se paró para ayudarla en esa operación. Junto a ella se dedicó a observarla y miró sus manos regordetas que se movían sobre el teclado mientras la parte superior del cuerpo se mecía levemente, y, cuando la pieza terminó, le dijo: «Toca usted muy bien», sinceramente sorprendido de su habilidad.

—He perdido mucha práctica.

—Alfonso nunca me dijo que tocaba el piano.

—Porque nunca me vio tocar. Lo dejé cuando nació Ignacio. Al principio me costó, luego lo olvidé. Cinco hijos son mucho.

—Toque algo más —dijo él.

—Tú también tocas, Antonio, me acuerdo muy bien. —Se paró para hurgar entre los papeles apilados sobre el piano, y dijo—: Tengo algo para cuatro manos.

Sacó una partitura color sepia, la colocó en el atril y le dijo que se sentara a su lado. Él titubeó un momento, pero obedeció. Era una pieza breve de Fauré, titulada *Le Jardín de Dolly*.

—¿La conoces? —preguntó ella.

—No.

Durante unos quince minutos estuvieron tanteando la partitura para familiarizarse. Volvieron al principio para tocarla a cuatro manos, pero arrancaron mal, con ritmos distintos, y tuvieron que empezar de nuevo. Luego, a medida que avanzaban, su acoplamiento mejoró y pudieron reconstruir la pieza de principio a fin.

—Tocas con mucha sensibilidad, Antonio —dijo ella sin despegar los ojos de la partitura.

—Sólo la seguí a usted.

—Hay que tocarla de corrido, ¿te parece?

—Sí —y se dio cuenta de que ella tenía los ojos húmedos. Sintió el contacto de su brazo. Ella dio de nuevo la señal y recomenzaron. Ahora el acoplamiento era más seguro y él, que llevaba un año sin tocar el piano, se sintió transportado por esa canción ágil y espumosa cuya melodía parecía querer alejarse de un punto opaco y

grave, de una especie de cojera o advertencia que asomaba regularmente en la parte baja del teclado y lastraba la alegría de las notas altas. Y aunque aquel lastre era el punto de apoyo para que la parte más efusiva no se extraviara, su presencia no dejaba de ser angustiosa, parecida a la de un tubérculo que apenas sobresale de la tierra. Pensó que la vida de esa mujer había sido así, un ansia de volar que las notas bajas y realistas de su esposo habían amortiguado hasta apagar por completo. Sintió que también algo de su propia vida oscilante, siempre en fuga pero nunca verdaderamente aventurera, se reflejaba en esa música y que la necesidad que tenía de regresar periódicamente a recoger los restos de lo que había dejado en el camino, como ahora, que se encontraba absurdamente en la casa de su amigo de la adolescencia, le había impedido volar de verdad y desplegar a plenitud sus atributos, sujetándolo siempre a la misma herida. Tardó unos instantes en darse cuenta de que la otra mitad del piano había enmudecido. Vio que ella lloraba y dejó de tocar. La madre de su amigo se había cubierto el rostro con una mano, luchando por contener las lágrimas, mientras tenía la otra apoyada en las teclas. Se quedó mirándola sin saber qué hacer. Por fin puso su mano sobre la de ella, provocando un acorde destemplado del piano. Ella la retiró y dijo: «El café ha de estar frío, voy a recalentarlo», y se levantó, recogió las dos tazas y desapareció en la cocina, dejándolo otra vez solo. Se puso de pie y regresó al sofá, prestando oído, pero no escuchó ningún llanto. Abrió el paquete de galletas que estaba sobre la mesita, miró la puerta y se preguntó si tendría el valor de irse en ese momento. Imaginó las palabras que Alfonso le diría a Rubén y a Alejandro: «Tocaron juntos una pieza al piano, luego mi madre se metió a la cocina y cuando volvió a la sala, Antonio ya se había ido», a lo que Alejandro y Rubén replicarían: «Siempre ha sido un poco loco». No pudo imaginar ninguna otra frase y concluyó que probablemente no tendrían más que decir y hablarían de otra cosa. O tal vez ella, con su mala memoria, ni siquiera se acordaría de contarle a Alfonso que había ido a verla, y esa posibilidad lo paralizó por un momento. ¿Sería en verdad capaz de olvidar su visita? Porque desde luego había ido para que sus tres viejos amigos lo supieran, no para tomar café y galletas con una anciana. La tentación de fugarse se hizo irresistible, porque de repente no le

importó que Alfonso, Rubén y Alejandro se enteraran de que había venido. De vuelta en esa casa que había cambiado tan poco y entre esos muebles que recordaba perfectamente, saboreó de nuevo el clima de mediocridad que había rodeado su amistad con ellos. En el fondo nunca lo habían tomado en serio. Eran demasiado normales para identificarse con sus intereses y él, por su parte, había continuado frecuentándolos —aunque cada vez menos—, porque lo atraía esa normalidad, ese acomodarse sin demasiadas exigencias a lo que la vida podía ofrecer, y por eso, porque representaban en cierta manera todo lo que él no quería ser, no podía dejar de verlos.

Ella regresó con el café recalentado y él notó que su rostro conservaba una huella del llanto.

—Me tomo el café y me voy —dijo—, usted tendrá cosas que hacer.

—¿Yo, cosas que hacer? ¡Ojalá!

—Dentro de poco va a venir su hijo.

—¿Ignacio? Nunca llega antes de las ocho y, además, le dará gusto verte.

—Seguramente ni se acuerda de mí.

—Claro que se acuerda.

Pensó que si quería estar seguro de que Alfonso se enterara de que había venido, tendría que quedarse hasta que llegara Ignacio. En el fondo había ido a esa casa para mostrarles a sus viejos amigos, de quienes se había servido como una imagen invertida de sus aspiraciones, que los había querido más que a tantos otros con quienes posteriormente tuvo una verdadera afinidad. Miró su reloj y vio que faltaban casi dos horas para las ocho. Se hizo otro silencio y de nuevo su mirada fue atraída por el pino del comedor, bajo el cual estaban las cajitas que contenían las esferas de colores.

—¿Cuándo va a decorar el árbol? —preguntó.

Ella no entendió la pregunta y volvió la cara hacia el comedor, miró el pino y comprendió.

—Ya debería haberlo hecho, pero me da flojera. Todos los días lo pospongo.

—¿No quiere que le ayude?

—¿A decorar el árbol?

—Sí. —Calculó que aquella operación los ocuparía más de una hora, pero al ver la expresión dubitativa de la madre de su amigo

comprendió que la idea no había sido de su agrado y se apresuró a decir—: Discúlpeme, fue sólo una ocurrencia.

—No hay nada malo en que me ayudes —dijo ella.

—Tal vez prefiere que lo hagan sus nietos.

—Siempre lo hago sola, nadie me ayuda. Si me echas una mano te lo agradezco.

—Tómelo como una forma de remediar lo que hice aquella vez, cuando tiré el árbol —dijo, y ella lo miró como si se estuviera preguntando si algo más que un simple acto de gentileza había traído a su casa al viejo amigo de su hijo.

—Es tu oportunidad, entonces —dijo—, pero primero termina tu café.

Dijo que prefería dejarlo enfriar un poco, se levantó y se acercó al árbol. Ella también se levantó y le explicó algo en relación con las luces intermitentes, después de lo cual se arrodilló en el suelo y sacó las esferas de las cajitas.

—Tendré que comprar la nieve en aerosol —dijo—. Se me terminó el año pasado.

—La nieve es lo mejor —dijo él arrodillándose a su lado—, le da el toque decisivo.

Empezaron a engarzar las esferas en los ganchitos y luego a colgarlas. Pero se dieron cuenta de que primero había que enrollar la línea de luces y tuvieron que quitar las esferas que ya estaban puestas.

—Siempre se me olvida —dijo ella—. Primero las luces y luego el resto.

Cuando las pusieron, vieron que no todas las luces funcionaban. La mitad del tramo no se encendía. Probaron varias veces, cambiaron algunos foquitos de lugar y él dijo que era un problema del cable y le preguntó dónde había una ferretería cerca.

—Hay una a dos cuadras, pero no tiene caso que te molestes.

—Regreso en cinco minutos. Mientras tanto puede terminar de poner los ganchos a las esferas.

Ella le explicó dónde estaba la ferretería y cuando él encontró el negocio, al ver que vendían cajas de luces de Navidad, cambió de idea y en lugar de pedir que le arreglaran el cable compró dos cajas de cincuenta foquitos cada una. También compró una caja de esferas doradas y dos latas de nieve en aerosol. En el último

momento incluyó dos tiras de guirnaldas plateadas y una caja de esferas de azul intenso. Cuando regresó ella había preparado café fresco, porque el recalentado se había vuelto a enfriar, y al ver todo lo que él había traído de la ferretería, se molestó:

—Me dijiste que sólo ibas a arreglar el cable.

—Ya le dije que es una oportunidad para pagar una vieja deuda y que no voy a desperdiciarla.

—Bueno, pero primero tómate el café y unas galletas.

Fue por su taza de café y juntos colocaron las dos líneas de foquitos alrededor del árbol, comenzando por abajo y, cuando las prendieron, el resultado les pareció estupendo.

—Les va a encantar a mis nenes —exclamó ella de pie, arrobada por el efecto contrastante de las cien luces—. Tengo cinco nietos, el mayor tiene once años y la más chiquita dos y medio.

—No hay como los niños para alegrar una Navidad —dijo él.

—Ni siquiera te he preguntado si tienes hijos, Antonio.

—Uno, de once años.

—Qué bueno, pero deberías tener otro, uno solo no es bueno.

—Sí —dijo él evasivamente y se acercó al árbol para separar dos esferas que estaban muy juntas. Ella se dio cuenta de haber tocado un punto sensible y quiso corregirse:

—Estoy chapada a la antigua y creo que todos deberían tener muchos hijos. Sé muy bien que ustedes los jóvenes sólo quieren unos pocos, y hacen bien.

Él se quedó en silencio y alguien que no los conociera habría podido concluir que su presencia en esa casa era algo rutinario y que ella, pese a ser la dueña, guardaba a su lado una posición subordinada, ya que era evidente que él dirigía el arreglo del árbol, como si el hecho de haber comprado varias cosas en la ferretería le diera el derecho de componer el arreglo a su gusto. Ella dejó en el suelo las dos esferas que traía en la mano, fue por su taza de café y tomó un sorbo en medio del silencio que se había instalado en la habitación, tal vez arrepentida de haber sido permisiva hasta el punto de dejar que el amigo de su hijo metiera la mano en su árbol de Navidad.

—Probablemente nos separemos —dijo él de repente, sin mirarla, retocando la posición de unas de las esferas—, de hecho ya está decidido. —Y se echó hacia atrás para mirar el árbol, mientras

ella, que había acercado a la boca su taza de café, se quedó con el gesto a medias, bajó la taza y dijo:

—No va a ser una Navidad feliz.

—No, ni siquiera vamos a poner el árbol.

—Deberían ponerlo, por tu hijo. —Y dio un paso adelante para colocarse al lado de él, y los dos se quedaron estáticos mirando las cien luces que relumbraban. Luego ella se arrodilló, dejó su taza en el piso y abrió las dos cajas de esferas que él había traído de la ferretería y le puso a cada esfera su gancho, como había hecho con las anteriores, mientras él colocaba las otras esferas sobre las ramas, comenzando por las de abajo.

—Se te va a enfriar otra vez el café —dijo ella sin mirarlo y él fue a recoger su taza, tomó un sorbo, se arrodilló a su lado y dijo:

—Las más grandes tienen que ir abajo y las más pequeñas arriba, para que se vea mejor.

—Va a quedar precioso —dijo ella, y lo miró con expresión titubeante, tal vez preguntándose cómo era posible que ese viejo amigo de su hijo, al que no veía desde hacía veinte años y con quien antes de esa tarde sólo había cruzado unas pocas frases convencionales, estuviera ahora arrodillado en el suelo de su casa, ayudándola con el árbol de Navidad. Salió de su momentáneo aturdimiento y empezó a colgar las esferas más pequeñas en la parte superior del pino, que era la parte más fácil, y durante media hora, absortos los dos en su tarea, casi no hablaron. Sólo de vez en cuando se alejaban del árbol para echar una mirada y corregir la posición de algún adorno. Fuera había oscurecido y ella prendió una lámpara de pie que alumbró la sala con una luz sosegada. Terminaron de colocar todas las esferas de colores y, cuando sólo faltaba rociar la nieve, él le cedió ese honor, pero ella rehusó y después de un breve forcejeo le puso en la mano el otro aerosol para que la rociaran juntos. Se sorprendieron de la camaradería casi física que en pocas horas se había insinuado entre ellos y por unos instantes se miraron con un recato trémulo, con una especie de desorientación que, sin ser un gesto de sensualidad, era tal vez la cosa más próxima al deseo que ella había experimentado en mucho tiempo, y con un tono de fingida preocupación para disimular su rubor, dijo:

—¡Qué va a decir Ignacio cuando entre y vea este tiradero!

—Déjeme ordenar —dijo él, agachándose a recoger la bolsa de plástico de la ferretería, pero ella lo detuvo con un gesto perentorio:

—¡No, déjalo así! ¡Un poco de desorden no hace daño!

Él soltó la bolsa y la miró.

—Siempre está todo en su lugar —dijo ella con suavidad, consciente de haber alzado la voz—, y no sé para qué, ya que nunca viene nadie.

Oyó el ruido de un coche que estacionaba fuera, miró su reloj y vio que faltaban pocos minutos para las ocho.

—No es Ignacio —dijo ella al ver su gesto—, él estaciona su coche en la esquina y se viene caminando.

—Se nos hizo tarde, es mejor que me vaya.

—Falta poner la nieve —dijo ella, y había en su voz una nota suplicante que lo hizo sentirse incómodo. De repente tuvo ganas de irse. No quería ver a Ignacio y le daba igual que Alfonso, Rubén y Alejandro se enteraran de que había venido. Dejó el aerosol sobre la mesita del centro y tomó su chamarra que estaba en el sofá.

—¿Ya te vas? —preguntó ella sin poder disimular la decepción que le causó su gesto.

—Sí, es tarde, tengo que irme.

Procuró no mirarla mientras se ponía la chamarra y por eso miró el árbol y se sorprendió de lo bien que había quedado. Le pareció el mejor árbol de Navidad de su vida. No había un solo adorno de sobra y desprendía una alegría serena e imperturbable. Le habría gustado sentarse en el suelo y mirarlo durante horas, como se mira un fuego, hasta quedarse dormido.

—Creo que es mejor no poner la nieve —dijo—. Así como está, no le falta nada.

Ella miró el árbol, sosteniendo su aerosol en la mano y a él le pareció un poco patética en esa postura.

—¿Le va a decir a Alfonso que vine? —preguntó, y la madre de su amigo se volvió a mirarlo.

—Claro. ¿Por qué? ¿No quieres?

Él miró de nuevo el árbol.

—No sé si tiene caso —dijo.

—¿Por qué?

Le era más fácil hablar observando el árbol, así que no se volvió a mirarla.

—Es muy difícil que nos veamos de nuevo, ahora que él ya no vive en el DF.

—¡Pero le va a dar gusto tener noticias tuyas, Antonio!

—Estoy contento de haber pagado esa vieja deuda.

—¿La del árbol?

—Sí, a lo mejor sólo vine a eso. Mírelo. ¿No se ve estupendo?

—Sí, está precioso —admitió ella.

—Nunca me había salido uno tan bien. No hay una sola esfera mal colocada. Creo que todo lo que podría decirle a Alfonso está dicho mejor con ese árbol. ¿Qué caso tiene que le diga que estuve aquí? Será un secreto entre usted y yo. No vaya a pensar que estoy loco —añadió al ver que ella lo miraba fijamente.

—No —dijo ella. Oyeron unos pasos afuera y un instante después sonó el timbre. Se miraron y ella tuvo un ligero ademán de pánico—: Es Ignacio —murmuró.

—¿No va a abrirle? —preguntó él.

—Él trae las llaves. —Y en ese momento oyeron girar la llave en la cerradura. La puerta se abrió y un hombre alto, de traje, de unos cuarenta y cinco años, al verlo a él interrumpió el gesto de abrir la puerta y se quedó con la mano sobre el picaporte. Tenía, en efecto, cara de médico.

—Hola, hijo —dijo ella con voz insegura.

—Hola —respondió Ignacio sin moverse, registrando de una sola mirada el desorden de la habitación.

—Ven, te presento a Gonzalo, el hijo de la señora Llano, una vieja amiga mía de la Portales. ¿Te acuerdas de la señora Llano?

El otro no contestó, entró y cerró la puerta con expresión indecisa, intentando recordar a la amiga de su madre.

—Me trajo unas galletas de parte de su mamá, que está enferma —dijo ella con la voz aflautada por los nervios—, y me ayudó a poner el árbol. Mira, sólo falta echar la nieve.

Ignacio se acercó, besó a su madre y le dio la mano a él.

—Mucho gusto, Gonzalo.

—Mucho gusto.

—¿Qué tiene tu mamá? —preguntó.

—Es sólo una gripa —dijo él.

—Todos estamos agripados, es la época.

—¿No quieres un café, hijo?

—Si sabes que no tomo café —contestó Ignacio.

—Un té, entonces. Gonzalo trajo unas galletas sabrosísimas. —Fue a recoger las galletas de la mesita y se las ofreció a su hijo.

—Sabes que no tomo nada entre comidas —dijo Ignacio con un suave gesto de rechazo, y preguntó—: ¿Cómo te sentiste hoy, ma?

—Muy bien.

—Te ves cansada y tienes los ojos hinchados como si hubieras llorado.

—¿Llorado? No, hijo, ¿por qué?

Hubo un breve silencio durante el cual el hijo miró a su madre y él, mirando a Ignacio, reconoció la fisonomía casi olvidada del padre de Alfonso y en parte la del propio Alfonso.

—Vamos a medirte la presión, no me gusta el aspecto que tienes.

—Pero hijo…

—Con permiso, Gonzalo. —Ignacio se dio la vuelta, se dirigió a las escaleras y empezó a subirlas.

—Es propio —dijo él.

—¡Hijo! —Ella fue atrás de su hijo con la bandeja de galletas y no añadió nada más, porque el esfuerzo al subir las escaleras le quitó el aire. Cuando desapareció de su vista él oyó los pasos de los dos en el piso superior. Se acercó a las escaleras y le pareció que él la regañaba. Escuchó las palabras «piano» y «papá». De pronto dejaron de discutir y se oyeron unos sollozos. Entonces regresó rápidamente junto al árbol. Oyó los pasos de él que bajaban y tuvo miedo de que ella le hubiera revelado su identidad, pero el otro le dijo:

—Lo siento, Gonzalo, mi madre no se siente muy bien.

—¿Pasó algo?

—Es la presión alta. Ahora está acostada. Le dije que tiene que descansar.

—Comprendo, de todos modos me iba.

—Cuando toca el piano siempre le pasa lo mismo. Creo que voy a prohibírselo. Le recuerda mucho a mi padre.

—Creía que tocaba todos los días.

—No, sólo muy de vez en cuando. Ahora tocó porque viniste.

—Lo siento —dijo él.

—Te acompaño afuera.

Llegaron a la puerta, la abrieron y cruzaron los escasos metros

hasta la reja.

—Se me olvidó algo —dijo Ignacio, y se metió otra vez a la casa. Cuando reapareció traía los dos aerosoles de nieve—: Dice mi madre que te los lleves para tu árbol, porque quiere que éste se quede como está.

—Gracias —dijo él.

—Saludos a tu mamá, y que se alivie.

Se dieron la mano y cuando él había caminado unos pasos sobre la acera oyó que el otro cerraba la puerta. Se detuvo porque una sombra o una presencia entrevista lo hizo regresar. Levantó los ojos hacia la ventana iluminada del primer piso y vio a la madre de su amigo, casi oculta por la cortina, que lo saludaba con la mano, y contestó a su saludo parado junto a la reja, mostrándole con la otra mano los dos aerosoles para que entendiera que él también pondría su árbol de Navidad, pasara lo que pasara.

Las llaves

Seguramente además de los hermanos de Lisa había venido la tribu de sus primos y mi casa debía de estar llena de niños. Cambié de idea y, en lugar de meter el auto en la cochera, lo estacioné en la calle, porque presentía que iba a tener un enésimo roce con Lisa después de nuestra pelea de la mañana.

Cuando entré, Rocío, la esposa de Javier, uno de los hermanos de Lisa, estaba saliendo de la cocina cargando un pastel que depositó, al lado de otro y de varias bandejas de galletas, en la mesa del comedor. Mi suegra estaba sentada en el sillón de terciopelo, rodeada por los primos y hermanos de mi mujer. Le di su abrazo de cumpleaños, que resultó ser un simple apretón de hombros porque le pedí que no se levantara y después de saludar a mis cuñados me paré un momento junto al ventanal que daba al jardín para ver la turba de niños que jugaban alrededor del columpio y la resbaladilla. Entré en la cocina, donde se habían reunido las mujeres, y las saludé a todas de beso, sin exceptuar a Lisa, que apartó la cara para no besarme, algo que nunca había hecho frente a los demás. Me ruboricé y las voces bajaron por un momento de intensidad. Por suerte Graciela, su hermana menor, salió en mi ayuda preguntándome por qué llegaba tan tarde. Le contesté que había estado arreglando los libros en mi nuevo estudio, que consistía en un cuarto con cocineta y baño donde apenas cabía. «A ver cuándo lo conocemos», dijo ella, y el bullicio volvió a llenar la cocina y dejé de ser el centro de las miradas. Miré agradecido a Graciela, a quien había juzgado débil y subyugada por sus hermanos, y salí de la cocina para tomarme un whisky.

En la sala, para no participar en la plática de mis cuñados, me dediqué a preparar unos tragos a los que tenían su vaso vacío. Me

gusta servir las bebidas, tanto que mi suegro decía que debería haber sido barman. Hasta cuando sirve, Lisa no puede dejar de dar órdenes. Le gusta estar en el centro de una pequeña multitud y decirle a cada cual lo que tiene que hacer, y siempre he sospechado que sus cuñadas no la soportan.

Llegó el momento de encender las velitas del pastel y los niños entraron ruidosamente para cantar *Las mañanitas*. Grandes y pequeños, todos de pie, hicimos una rueda en torno a la mesa del comedor, en cuya cabecera, frente al pastel, se sentó mi suegra. Alguien apagó las luces y, cuando empezamos a cantar, mi suegra, que tenía menos de un año de viuda, no aguantó las lágrimas y Lisa le prestó un pañuelo para que se secara los ojos. Luego los niños la ayudaron a soplar sobre las velas y todos aplaudimos. Mientras comía mi rebanada de pastel, vi que Graciela estaba sentada un poco aparte. Iba a acercarme para hacerle compañía cuando Fernando me preguntó si había terminado de arreglar el estudio.

—Casi terminé de acomodar los libros —dije.

—¡Su mundito! —subrayó Lisa con tono acre y todos me miraron, tal vez temiendo que fuera a contestarle. Pero me quedé callado, y Raúl, uno de los primos de mi mujer, que en las reuniones nunca soltaba la mano de su novia, me preguntó si el alquiler era caro. Le dije cuánto iba a pagar y a todos les pareció una ganga. «Es una cosa de nada, apenas quepo yo y mis libros», dije. «¿Y tú para qué quieres un estudio?», le preguntó a Raúl su novia. «No he dicho que quiero uno, sólo preguntaba», replicó él un poco molesto. La esposa de Luis, Adela, que traía uno de esos formidables escotes que tenían el poder de sacar de quicio a mi mujer, dijo que ella se opondría a que su esposo alquilara un cuarto o un estudio, porque era como ofrecerle una oportunidad en bandeja de plata para que tuviera aventuras con otras, a lo que Raimundo, otro primo de Lisa, replicó: «¡Ustedes las mujeres siempre piensan que las van a engañar a la primera ocasión!».

Graciela me miró, yo la miré y nos sonreímos. Fernando se dio cuenta, volteó extrañado hacia Graciela y después me miró a mí, lo que me obligó, para aparentar naturalidad, a decir lo primero que me vino a la mente:

—A veces un nuevo espacio es saludable, nos renueva por dentro y nos da energía.

Lisa no dejó pasar la oportunidad para hundir mi destemplado comentario:

—¿Cuál energía? Hablas como si fueras Picasso. ¡Como si no supiera que vas a tu estudio a mirar revistas pornográficas!

Casi todos bajaron la vista y durante unos segundos sólo se oyeron las voces de los niños que jugaban en el jardín. Me levanté, dejé mi plato sobre la mesa y después de limpiarme los labios con la servilleta y dejarla en el plato, murmuré un tenue «Con permiso» y me dirigí a la puerta. La abrí, salí a la calle sin preocuparme por cerrarla y caminé hasta el coche. Agradecí no haberme quitado el saco, porque traía las llaves del coche en uno de los bolsillos. Cuando cerré la puerta y prendí el motor, me sentía todavía transportado por el impulso que me había hecho levantarme de la silla, como si se hubiera tratado de un único movimiento armonioso desde la silla de mi casa hasta el asiento del coche, y después, mientras manejaba en la blanda circulación del domingo por la tarde, tuve la sensación de que todo había sido demasiado fácil y que una pequeña falla minaba la sólida coherencia de mi gesto. Llegué frente a un cine, donde unos coches buscaban estacionarse en los lugares dejados por los que iban saliendo. No había pensado en ver una película, pero frente a mí se desocupó un lugar y casi por instinto aproveché el golpe de suerte y me estacioné. No tenía nada mejor que hacer, así que compré un boleto y, cuando estuve dentro, con la película iniciada, en vez de cavilar qué lugar me convenía más, como era mi costumbre cuando iba al cine con Lisa, me senté en la primera butaca que encontré libre y volví a probar después de muchos años la sensación titubeante de llegar tarde, cuando nos angustia la posibilidad de habernos perdido algo fundamental de la película y al mismo tiempo esa carencia nos otorga una percepción más vivida, que los demás, absortos en lo que ven, cautivos de la historia que transcurre en la pantalla, ya no tienen.

Salí del cine de noche y unos feos nubarrones me hicieron apresurarme hacia el estacionamiento. En contra de mi costumbre de no fumar mientras manejo, prendí un cigarro. La película me tenía sumido en un embeleso poético del que no quería despertar y empecé a manejar otra vez sin rumbo, buscando las avenidas menos transitadas. Había solitarios como yo conduciendo sin prisa y me

pregunté si ellos también no habían salido de su casa con un gesto perentorio y ahora manejaban al azar, dispuestos a dar un giro brusco a su vida. A lo mejor algunos de ellos lo lograrían y ya no volverían a su casa ni a sus ocupaciones; seguirían conduciendo hasta salir de la ciudad y dos o tres ciudades después, cansados de manejar, se estacionarían y empezarían todo de cero. ¡Huir, huir! De eso se había tratado la película, de dos mujeres comunes y corrientes que encuentran la fuerza de huir de su vida anodina, y la imagen de Graciela, con su discreción e íntima tristeza, que contrastaban con el crispado proceder de Lisa, volvió a ocupar mi mente, mezclándose con la de las dos mujeres, como si la película me acabara de mostrar un lado insospechado de ella. Pensé que su actitud de esa tarde, cuando me había socorrido en la cocina, y su manera de mirarme después, mientras comíamos el pastel, eran señales de una vieja atracción que sentía por mí y yo nunca había notado.

De pronto aquella sensación de algo faltante que me había acompañado al salir de la casa me dictó el gesto de palparme el bolsillo derecho del pantalón. No percibí el bulto del llavero. Mientras me revisaba los otros bolsillos supe que había dejado las llaves pegadas a la puerta de mi casa. En el mismo llavero estaban las llaves del estudio. Busqué un lugar donde estacionarme y detuve el coche. No había pensado pasar la noche fuera, pero tal vez Lisa lo daba por hecho por la manera como había abandonado la reunión, y reconstruí mi salida en medio del silencio general para sopesar su gravedad. Aplasté el cigarro en el cenicero y miré el reloj. Pensé que la reunión ya se habría terminado. Quizá mi salida había agriado la tarde y anticipado el éxodo general. Podría regresar, coger las llaves y pasar la noche en el estudio. Pero si todos se habían ido tendría un enfrentamiento con Lisa, que seguramente se había dado cuenta de que mis llaves estaban pegadas a la puerta. O podría olvidarme de las llaves e irme a un hotel. O podría irme para siempre, como las dos mujeres de la película.

Las primeras gotas de lluvia cayeron sobre el parabrisas. Las miré indeciso y recordé la escena en que las dos mujeres comprenden que ya no pueden regresar a su incolora rutina de amas de casa. Me había gustado la calma de ese punto crucial de la historia, con el auto detenido de noche bajo la lluvia y las dos

mujeres que guardan silencio, pensativas, con la ropa y el pelo mojados. De pronto la que está sentada al volante aplasta su cigarro en el cenicero, enciende el motor, acciona los limpiadores y arranca lentamente. Y uno sabe, por esa lentitud, que ya no volverán.

La lluvia se volvió aguacero. Encendí la radio, busqué una estación de música clásica y prendí otro cigarro, pero lo apagué después de la primera bocanada. A esa hora del domingo y con lluvia, la ciudad era deprimente, y no se me ocurrió adonde ir. Decidí regresar a casa por las llaves. Tendría un enésimo enfrentamiento con Lisa y todo volvería a la normalidad. Pensé, mientras encendía el motor, que no había matado a un hombre, como las dos mujeres de la película, y no tenía por qué huir.

Me extrañó que no estuviera el Topaz de Fernando y sí los coches de mis otros cuñados. Fernando era siempre el último en irse. También me extrañó que hubiera tan poca luz abajo, mientras que en la planta alta había dos ventanas encendidas. Me estacioné lejos y me quedé en el coche, esperando que se calmara la lluvia. Cuando disminuyó un poco bajé y caminé deprisa hasta la puerta de mi casa. En mi decisión influyó el hecho de que no estuviera el coche de Fernando. Fernando me intimidaba con su aire de hombre sacrificado por el bienestar de la familia. Por ser el mayor de los hermanos había heredado el liderazgo de mi suegro después de su muerte. Todos lo habían aceptado como nuevo patriarca, incluso Lisa. Toqué, y vino a abrirme Rocío.

—Olvidé las llaves.

—Ah, eres tú. Entra. —Y noté sus ojos enrojecidos. La sala estaba a oscuras y vi a los demás sentados alrededor de la mesa del comedor, murmurando bajo la única luz encendida y mortecina.

—¿Qué pasa?

—A mi suegra le dio un infarto —dijo Rocío en voz baja—. Lisa, Fernando y Octavio la llevaron al hospital. Lisa habló hace rato para decirnos que ya entró a cirugía. Estamos rezando por ella.

—¿Cuándo pasó?

—Poco después de que te fuiste. Estábamos todos tan contentos y de repente —golpeó una mano con la otra para describir una caída brusca— perdió el sentido.

Me pregunté si eso de que estaban tan contentos después de que yo me hubiera ido lo había dicho adrede o sin querer. Mis llaves,

como había pensado, estaban pegadas a la puerta. Entré y cerré con el mayor cuidado para no interrumpir el rezo.

—Hemos mandado a todos los niños arriba, al cuarto de los invitados, para que no se impresionen —murmuró Rocío y, mirando mi ropa, dijo—: Estás mojado.

—Sí, llueve muy fuerte.

Me preguntó si quería un té, pero le dije que no se molestara, que me tomaría un whisky y que me siguiera contando. Fuimos a la sala y Javier, su marido, que nos daba la espalda, se volvió a vernos. Me bastó una ojeada para ver que varios de los invitados se habían ido. Todos se dieron cuenta de mi presencia. Rezaban un rosario y Raúl, que era ex seminarista, dirigía la salmodia. Me acerqué al carrito de los licores y le pregunté a Rocío si quería algo. Dijo que no, porque estaba rezando, pero no le hice caso y le preparé una cuba cargada: «¡Toma, te va a caer bien!».

—Shhhh —se oyó desde el comedor.

Ella tomó la cuba y miró indecisa hacia la mesa, donde se encontró con la mirada de Javier.

—Gracias —dijo, y tomó un trago mientras yo me servía un whisky con hielo. Me senté frente a ella y dije en voz baja:

—Lisa me ha dicho que últimamente tenía el colesterol muy alto.

—Sí, no conseguía bajarlo con nada.

—Y no hacía ejercicio —dije.

Hablábamos de nuestra suegra en pasado, como si estuviera muerta.

—¡La verdad sea dicha, no paraba de comer! —dijo ella y desde la mesa nos reprendieron con otro «¡Sshhhh!». Me incliné hacia Rocío y nuestras rodillas se tocaron.

—A esa edad, sobre todo cuando se está sola, es difícil controlarse —afirmé, bajando la voz lo más posible.

—Sí, la soledad es muy dura. —Tomó enseguida otro trago sin despegar su rodilla de la mía y me miró como si no me reconociera, tal vez sorprendida de que se pudiera hablar agradablemente conmigo.

—Muy dura —dije yo.

—Me viene muy bien un poco de alcohol, nos pegó un susto tremendo. —Y me platicó otra vez cómo mi suegra se había caído.

El murmullo del rezo terminó. Vi que todos empezaban a levantarse. Rossana y Raúl subieron y los otros vinieron a sentarse donde estábamos nosotros. Me puse de pie y pregunté a los que se habían sentado si querían tomar algo. Casi todos, tal vez porque vieron que Rocío ya se había animado o porque estaban exhaustos por el rosario, aceptaron una copa. Empecé a servir las bebidas en la penumbra que creaba la solitaria luz del comedor y durante unos minutos el entrechocar de los hielos fue el único ruido que rompió aquel recogimiento. Rocío se acercó al carrito de los licores para ayudarme. Iba a preguntarle dónde estaba Graciela, pero me imaginé que se había quedado arriba con los niños y no quise que mi pregunta la oyeran los demás. Seguí llenando los vasos en esa luz difusa de bar, sintiéndome un barman de verdad y me esmeré en mis gestos, sobre todo para impresionar a Rocío, que estaba a mi lado y llevaba las bebidas que preparaba a los que estaban sentados. Sentí algo especial durante esos minutos en que todos estuvieron pendientes de mis movimientos, como si en lugar de servir unos tragos estuviera operando el corazón de mi suegra para salvarle la vida. Y cuando terminé, para romper aquel silencio un poco agobiante, fui al vestíbulo, donde estaba la consola, y busqué algo discreto. Saqué un disco de Piazzolla, lo puse a volumen bajo y regresé a la sala para servirme otro whisky.

—¿Quién es? —me preguntó Mónica, la mujer de Fernando.

—Piazzolla, un argentino —dije.

—Qué bonitos son los tangos —dijo ella.

—Dicen que Buenos Aires es hermoso —afirmó Elizabeth.

—Sí, pero caro —aseveró Javier, que nos contó por enésima vez un viaje que había hecho tres años antes a Buenos Aires y Montevideo. Yo preferí no sentarme y me quedé cerca del carrito para lo que se ofreciera, sintiéndome el artífice de aquella distensión, y el hecho de haber puesto música en ese trance difícil me hizo sentir por primera vez el dueño de la casa en medio de los parientes de mi mujer.

Raúl, que había subido, reapareció en la sala y se sentó junto a su novia, a quien yo le había servido un whisky. Le rodeó el cuello con el brazo, pero ella se lo quitó y todos lo notaron. Él le murmuró algo en el oído y ella reaccionó en voz alta: «¿Te molesta que tome?». Se hizo un silencio embarazoso, por lo que volví al

vestíbulo para subir un poco el volumen de la música. No regresé a la sala, sino que me quedé un rato junto a la consola, con la esperanza de que bajara Graciela. Quería verla, sentir su parecido con las dos mujeres de la película y decirle que me había acordado de ella en el cine. Pero ahora no sabía por qué la había asociado con las dos mujeres. No se parecía físicamente a ninguna de ellas. Tal vez estaba inventando a una Graciela que no existía. Y si ella me hubiera preguntado cuándo había visto la película, tendría que admitir que la había visto esa misma tarde. Esta confesión me parecía la más difícil de hacer. Mi estoica salida de la casa ante el silencio general había acabado en la butaca de un cine.

Rocío me alcanzó junto a la consola, con mi vaso de whisky.

—Toma, luego se hace agua con los hielos —dijo—. ¿Por qué te escondes?

—No me escondo —dije.

—Siempre te apartas. —Tomó un trago y noté que casi había terminado su cuba.

—Estaba buscando un disco —dije.

—Te salvaste del rezo —dijo en voz baja—. Fue idea del lambiscón de Raúl.

—¿Por qué lambiscón? —Yo también bajé la voz.

—Quiere hacer negocios con Fernando. Como no le permitimos ir al hospital, propuso que rezáramos.

—Fue seminarista —murmuré.

—Sí, y no sé por qué lo dejó.

Volví a fijarme en algo que noté cuando habíamos hablado en la sala. Era algo bizca. Su ojo izquierdo se abría un poco, una cosa de nada, pero bastante para suavizar su rostro con una nota melancólica que le sentaba bien.

—¿Y Graciela?, ¿también fue al hospital? —dije.

—No, está arriba con Rossana y los niños.

—Deberías decirles que bajen a tomar algo.

—Subieron unos minutos a probarse unos trajes de baño que trajo Mónica. Tiene que devolverlos mañana a un tipo de Los Ángeles.

El tango terminó en ese momento.

—¡Rocío! —llamaron desde la sala. Era Javier, su marido.

—¿Qué quieres? —contestó ella alzando la voz.

—¿Dónde estás?

—Aquí con Enrique, me está enseñando el disco de Pialozza. —Tomó la funda del disco que yo traía en la mano, como si temiera que Javier pudiera venir a controlarla.

—¡Piazzolla! —corregí en voz baja.

—¡Es un latoso! —E hizo un movimiento que dejó nuestros brazos unidos. Me pareció un gesto hecho a propósito y la miré. Intentaba leer la funda del disco y el segundo tango había comenzado.

—¿Quieres bailar? —dije.

Levantó los ojos de la funda del disco.

—¡Qué ideas! —dijo muy bajo—. ¿Dónde estuviste?

—Fui al cine —dije ruborizándome.

—Javier nunca me lleva al cine. ¿Y qué viste?

—No sé cómo se llama la película. Entré cuando ya había empezado.

Se rió:

—¿Entras a un cine sin saber qué película están dando?

Acabé de un trago mi whisky. Al reírse, su estrabismo se hizo más notorio.

—Entonces, ¿bailamos?

—¡Estás loco! —Me pasó la mano por el pelo—. Sigues mojado, deberías secarte la cabeza.

—Para descargar la tensión —dije, extrañado de su ademán cariñoso. Nunca se había permitido conmigo el menor gesto de afecto.

Javier volvió a llamarla.

—¿Qué quieres? —contestó ella con algo de irritación.

—¡Ya ven para acá, mujer!

Puso cara de fastidio y dejó la funda del disco sobre la consola. La seguí a la sala y no se me escapó la mirada escrutadora que nos lanzó su marido.

—¿De qué te reías? —le preguntó Adela a Rocío.

—Enrique quería que bailáramos. Para descargar la tensión. —Cogió la botella de ron del carrito de los licores y Javier, al ver que se iba a preparar otra cuba, le preguntó si era la cuarta o la quinta de la tarde.

—Es asunto mío —dijo ella—. Estoy hecha un manojo de

nervios.

—Yo también —dijo Adela—. Tal vez tiene razón Enrique. Habría que moverse un poco. —Sacudió los brazos con un movimiento que parecía surgir de su escote e hizo sonar sus pulseras. Lisa decía que era una retrasada mental. Lo decía porque no soportaba el desparpajo con que enseñaba sus pechos. Adela me pidió que le sirviera otra cuba y fui al carrito a preparársela. Cuando le llevé su vaso me sentí traspasado por sus ojos de carbón. Tal vez lo que había dicho Rocío le había revelado una faceta mía que no sospechaba y, para mostrarle que los libros no eran todo en mi vida, le miré descaradamente los senos.

—Eres un barman de primera —afirmó clavándome sus pupilas que aun en la penumbra crepitaban. En eso, sonó el teléfono. Mónica se levantó y corrió al aparato que estaba encima de la consola, oímos que decía «Bueno» y luego, con voz amortiguada, añadió: «Sí, un momento».

—Es para ti, Armando Gavilán —me dijo volviendo a la sala.

Los jueves voy al boliche, es el único deporte que practico y Armando Gavilán es el capitán de nuestro equipo. Fui al vestíbulo y hablé con él durante un minuto, el tiempo de decirle que esperaba una llamada importante y que lo llamaría al día siguiente. Cuando colgué, el auricular no quedó debidamente colocado en su lugar, así que lo corregí, pero un momento después, mientras advertía la fuerza de mis latidos, lo descalcé de nuevo, atraído por la posibilidad de interrumpir la línea. Creo que si la voz que oí a mis espaldas no me hubiera hecho separar las manos del aparato, habría reacomodado el auricular en su sitio. Volví la cabeza y vi a Rossana, la mujer de Octavio, que estaba parada en las escaleras y que había bajado al oír el teléfono.

—Está tan oscuro —dijo—. ¿Por qué no prenden la luz? No se ve nada.

—Todos están a gusto así. —Y le pregunté si quería beber algo, temiendo que se percatara de que había dejado descolgado el teléfono.

—No —dijo con firmeza, tal vez reprobando que tomáramos alcohol en un momento tan crítico. Quizá también reprobaba que hubiéramos puesto música.

—¿Por qué no le preguntas a Graciela si quiere una copa? —dije

—. ¿O quieres que yo suba a preguntarle?

—No puedes, se está probando unos trajes de baño en el cuarto de Lisa.

Dijo así, «el cuarto de Lisa». Yo también dormía ahí. ¿Qué le hubiera costado decir «tu cuarto» o «el cuarto de ustedes»? Cada vez más a menudo, conforme nuestro matrimonio se iba a pique, en los comentarios de los parientes de Lisa salía aquello de que la casa no era nuestra sino de ella, porque sus padres se la habían regalado cuando nos casamos.

—Ahí dormimos los dos —dije, y ella resintió el golpe. Con un tono más suave, para remediar su falta de tacto, preguntó de quién era la música.

—De Piazzolla.

—Nunca lo había oído. ¿Es argentino?

—Sí —contesté.

—Suena bien.

—Es tango moderno.

—Ah —dijo ella.

—¿Sabes bailar tango?

—No —dijo.

Dejé mi whisky sobre la consola, fui hacia ella, extendí el brazo y la jalé hacia mí obligándola a bajar el último escalón. Lo hice más que nada para que abandonara aquella rigidez de centinela que me crispaba los nervios o tal vez para alejarla de la consola, donde estaba el teléfono con el auricular mal puesto.

—¿Qué haces?

La tomé de la mano, con la otra le ceñí la cintura y empezamos a movernos un poco torpemente en el reducido espacio entre la consola y las escaleras, protegidos por el muro que dividía la sala del vestíbulo. Abrazar a una mujer de su tamaño fue algo novedoso y agradable. Era la mujer más alta de la familia y pensé que si en lugar de casarme con Lisa me hubiera casado con ella, otro cuento habría sido. Me pregunté si ella también disfrutaba bailando con un hombre de su estatura, ya que era varios centímetros más alta que Octavio, su marido. Nuestras mejillas se rozaron y sentí un estremecimiento, pero Rossana no retiró su cabeza de la mía y sólo dijo:

—Estás mojado.

—Me mojé bajo la lluvia —contesté.

Sentí que se aflojaba y vi a Rocío que, apoyada en el muro divisorio, nos observaba con su vaso de cuba en la mano. Se eclipsó y un minuto después reapareció con Adela y Armando, que se pararon como ella al lado del muro para mirarnos. «¡Qué baile de altura!», bromeó Armando, y Rossana hizo el gesto de detenerse, pero yo le dije: «¡Sigue!», estrechándole con más calor la cintura y con unos cuantos pasos estuvimos fuera del vestíbulo, en plena sala, a la vista de todos. Algo en ella terminó de ceder, de abrirse, lo sentí en su cuerpo y quizá también los demás lo notaron, porque Adela exclamó: «¡Olé!», y dejó su vaso en algún lugar y fue a donde estaba Luis, su marido. Hizo que se levantara para llevarlo adonde estábamos Rossana y yo, empezaron a bailar a nuestro lado y también Rocío y Armando, al ver que ellos dos se habían animado, cobraron valor. Pero cuando el tango acabó y sobrevino el silencio, las tres parejas nos miramos, perdimos nuestro aplomo y, de no haber sido por la novia de Raúl, que se paró en el siguiente tango y le tendió la mano a Raimundo, el esposo de Elizabeth, que no se hizo de rogar y, levantándose, la sujetó de la cintura, todo se habría terminado y nos habríamos ido a sentar a la sala junto con los demás a esperar que sonara el teléfono. En cambio, verlos bailar a los dos y reanudar nosotros el tango fue una misma cosa. Hasta Mónica se levantó y, apiadándose de Raúl, que no sabía hacia dónde mirar, lo tomó de la mano para darle la posibilidad de un desquite, cosa que él no desaprovechó, poniéndose a bailar con su prima, y hasta Javier y Elizabeth, cuando vieron que eran los únicos que seguían sentados, se unieron a la rueda, a pesar de que Elizabeth tenía seis meses de embarazo. Fue como si entre el tango y el rezo de hacía un rato se hubiera dado un relevo lógico que quizá nos habría llevado de vuelta a los sillones a esperar a que sonara el teléfono con un ánimo más proclive a aceptar lo inevitable, de no ser porque Adela vino después a quitarme a Rossana de los brazos, haciéndome sentir la formidable presión de su escote, y, luego de tomarme de la mano y decirme que la siguiera, me jaló hacia la consola, donde me preguntó si no tenía unas cumbias, porque estaba cansada del Pierozza ése.

—¡Piazzolla! —corregí, agachándome a buscar entre los discos viejos de mi suegro, donde encontré un disco de cumbias y se lo

mostré.

—¡Se ve buenísimo, ponlo! —Y me preguntó dónde se apagaba la luz del comedor. Le señalé el interruptor a un lado de la consola y justo en el momento en que levanté la aguja del tocadiscos y se cortó el tango, ella apagó aquella única luz encendida y me dijo en voz baja—: Es una broma.

—¡Se fue la luz! —dijeron en la sala, y yo aproveché ese momento de completa oscuridad para reacomodar en su sitio el auricular del teléfono.

—Apúrate —susurró ella.

Cuando se oyeron las notas de la primera cumbia, subió el volumen, dejando la luz apagada.

—No vamos a oír el teléfono —le dije.

Entonces su mano alcanzó el teléfono que yo acababa de tocar hace unos segundos y descalzó el auricular, sin quitarlo de su soporte, para dejar otra vez el teléfono desconectado.

La miré a los ojos, o lo que creí que eran sus ojos, y dije en voz baja:

—¿Es también una broma?

—Sí. —Se puso de cuclillas como yo y, supongo que clavándome sus pupilas negras, me pasó la mano por el pelo—. Estás todo mojado.

—Me mojé bajo la lluvia.

Acercó su cara a la mía y me besó en el cuello y luego en la boca, suavemente, como si hubiera codiciado largamente ese momento.

—Deberías ir al baño a secarte el pelo —me dijo poniéndose de pie, se dio la vuelta y empezó a caminar al ritmo de la música, moviendo sus grandes tetas mientras Armando exclamaba en la sala: «¡Cumbiaaa!».

Me quedé en cuclillas, sintiendo la erección que crecía. Una gota de agua me rodó por el cuello. Pensé que me había aconsejado ir al baño para comprobar que no tuviera manchas de bilé en el cuello y la boca. Me puse de pie y subí las escaleras. También arriba estaba todo apagado. Abrí la puerta del baño y preferí no prender la luz. Me lavé la cara y me sequé la cabeza. Al salir vi la tira de luz que se filtraba por la puerta de mi cuarto donde Graciela se estaba probando los trajes de baño. Sentí un reflujo en la sangre. Tal vez

en ese momento se estaba quitando o poniendo uno de ellos frente al espejo y me miraría asombrada al verme entrar. «¡Enrique!», diría quizá sin volver la cabeza y sin cubrirse, mostrándome su estupendo trasero. «¡Perdón!», diría yo. «¡Apaga la luz!», diría nerviosa. «Los demás están abajo bailando», aclararía para tranquilizarla y enseguida nos revolcaríamos salvajemente en la cama. Pero cuando ella abrió la puerta estaba completamente vestida y tenía los ojos llenos de lágrimas. «¿Quién está usando el teléfono?», exclamó y bajó a toda prisa por las escaleras con su bolso colgando.

—¿Qué pasa? —dije.

No me contestó y unos segundos después escuché unos sollozos provenientes de la sala. Se encendieron las luces. Alguien se acercó a la consola y quitó la aguja del tocadiscos.

—¡El auricular estaba mal puesto! —Era la voz de Raimundo—. ¡Por eso no entraban las llamadas!

—¿Quién fue el último que habló? —preguntó Rocío.

—¡Enrique! —contestaron varias voces.

Debí haber bajado, pero no me moví. Me aparté de las escaleras para que no me vieran. Se supone que no tenía por qué estar arriba. La puerta de mi cuarto se cerró sola y quedé de nuevo a oscuras. Me acordé de los niños en el cuarto de las visitas y pensé que era una buena excusa para justificar que hubiera subido. Caminé hasta el fondo del pasillo y abrí la puerta sin tocar.

El cuarto estaba en penumbra y Delfina, con la hija de Rocío en los brazos, miraba por la ventana. Los otros niños dormían en hilera en el piso, cubiertos por un edredón.

—¿Todo bien, Delfina? —dije en voz baja.

Ella se sobresaltó.

—¡Qué susto me pegó! —dijo.

—¿No necesitan nada los niños?

—No, señor. Acabo de ver a la señora Graciela que lloraba. ¿Pasó algo grave? Se subió a un coche junto con el señor Armando.

Me acerqué a la ventana y miré abajo. Seguía lloviendo y oí a Javier que discutía con Raúl, pero no los podía ver.

—Llamaron del hospital, ¿verdad? —preguntó Delfina.

—Sí.

Salí del cuarto, caminé hasta las escaleras y bajé. En el último escalón me detuve. Todas las luces estaban encendidas, Mónica

sollozaba junto a la consola y en ese momento Javier regresó de la calle y entró hecho una furia a la sala, sin verme.

—¡Quiso ir a fuerza! —exclamó frenético.

—¡Es un lambiscón! —espetó Rocío.

Fuera se oyó un coche que arrancaba, luego otro. Mónica se dio cuenta de que estaba parado atrás de ella y dejó de sollozar.

—¡Aquí está Enrique! —dijo.

Rocío apareció en el vestíbulo.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—Arriba.

—¡Siempre te desapareces!

—Fui a ver a los niños —repuse, y percibí su mirada gélida. Todos sabían que después de dos años de casado con Lisa, todavía no podía aprenderme los nombres de sus sobrinos. Javier vino a ponerse al lado de su mujer y me miró con cara de pocos amigos:

—¡Colgaste mal el teléfono después de hablar con tu cuate! —espetó—. ¡Lisa intentó comunicarse todo el tiempo y no pudo!

—Lo siento —dije.

—¡Estábamos esperando esa llamada! —continuó encolerizado —, ¡y tú, sólo preocupado por bailar y poner música! —Se dio la vuelta y regresó a la sala, diciendo algo que no pude oír.

—¡Suerte que tu mujer encontró el número del celular de Graciela! —exclamó Rocío, inexorable.

—Vamos a ver cómo están los niños —dijo Mónica.

—Están durmiendo, acabo de verlos —dije yo, pero las dos no me dignaron una mirada y subieron las escaleras ignorándome. Pensé que tal vez tenía todavía alguna mancha de bilé y me froté disimuladamente la boca y el cuello. Sentí el aire helado que entraba por la puerta abierta y fui a cerrarla. Al cruzar frente a la sala nadie se volvió a verme, ni siquiera Adela. Elizabeth lloraba. Mis llaves seguían pegadas a la puerta. No cerré la puerta, salí y me acordé de haber dejado los cigarros en el coche. Traía las llaves en el bolsillo del pantalón, así que crucé la calle, sin preocuparme por la lluvia, caminé hasta el coche y, una vez dentro, me froté los brazos y los muslos porque estaba en mangas de camisa. Tenía otra vez la cabeza mojada. Me miré en el espejo retrovisor y comprobé que tenía la cara limpia. Fumar me calmó y diez minutos después alguien salió de la casa a buscarme, creo que Raimundo. Miró a

ambos lados de la calle sin esforzarse mucho, volvió a entrar y cerró la puerta. Supongo que creyó que había ido al hospital. Pero yo no sabía a qué hospital habían llevado a mi suegra. Miré la puerta cerrada y sólo pensé que era la segunda vez que no tenía llaves para entrar a mi casa.

Flores y frutos

Me tocó hacer la práctica de química con Mario Gavilán, el nuevo. Yo era nuevo a medias, porque había reprobado el año, de modo que lo era para los del salón, no para mis ex compañeros que ahora estaban en quinto y con quienes me juntaba en el recreo. Fui a casa de Mario en la tarde, con la intención de no demorarme más de una hora y media. Vivía en un edificio elegante, a veinte minutos a pie de mi casa. Su espacioso departamento estaba enteramente alfombrado y la sensación de amplitud se acentuaba por la escasez de muebles y las paredes casi desnudas. Una enorme pecera situada en la esquina de la sala, en cuya mesa nos sentamos a hacer la práctica de química, daba un toque de distensión que me cautivó desde que entré.

Su madre estaba tejiendo en un sillón y me dio la mano de un modo tenue que me pareció acorde con el clima enrarecido que se respiraba en la casa.

—Me dijeron que estás a prueba —me dijo Mario en algún momento mientras hacíamos la práctica.

—Es un decir —repuse—. El director me dijo ayer que voy bien, que nomás no afloje.

—¿Cuándo te dicen si estás dentro?

Miré de reojo a su madre, que seguía tejiendo, y pensé que Mario me lo había preguntado para que ella escuchara la respuesta, como si estuviera especialmente interesada en saber qué clase de muchacho era yo.

—A lo mejor ni me lo dicen —contesté—. Por mí, prefiero que no me digan nada. Si no me dicen nada, es buena señal.

—Depende, yo preferiría asegurarme —dijo Mario.

—Después de cierto tiempo ya no me pueden sacar, sería injusto

—dije yo—. No puedo estar a prueba hasta la última semana del año.

—Es verdad —admitió—, pero de todos modos yo preferiría asegurarme.

Ella se levantó y comenzó a dar de comer a los peces. Había sacado de una caja de madera algunos pequeños sobres colorados y Mario la miró con aire aprensivo.

—Toca el verde y el rosa —dijo.

—Ya sé —dijo ella.

—¿Checaste el termómetro?

—Sí, está en dieciséis. En la mañana estaba en doce.

—Es normal, ya te lo dije.

—¿Echo todo o sólo la mitad? —preguntó ella perpleja.

Mario se levantó con aire de fastidio, fue hasta la pecera y regañó en voz baja a su madre. Yo procuré mostrarme concentrado en la práctica para no incomodarlos.

—Mira el pequeño de rayas —dijo ella—, desde la mañana no se ha movido de allá bajo. ¿Estará bien?

—¡Ya te dije que es normal! —espetó él sin poder aguantarse y repitió enseguida, suavizando el tono—: Es normal, no hay problema.

Pero ella reaccionó al desplante de su hijo, dijo: «¡Arréglatelas!», y se metió a la cocina.

Mario acabó de dar de comer a los peces, reguló algo del termómetro y regresó a sentarse a la mesa.

—La pone nerviosa la pecera —dijo—. Son peces muy caros. Pueden morirse si no se controla la temperatura.

Miré la pecera y pensé que si en mi casa hubiéramos tenido una pecera así, mis padres no se habrían peleado tan a menudo, porque la pecera los habría tranquilizado.

—¿Cuánto cuesta? —pregunté sin dejar de mirarla.

Me dijo que no lo sabía.

—¿No la compró tu papá? —pregunté.

—No, mi papá vive en Chicago.

Me volví a mirarlo:

—¿Están divorciados?

—Sí, las próximas vacaciones voy a ir a verlo.

—¿Y de quién es la pecera?

—De los dueños del departamento. Se fueron un año al extranjero y le pidieron a mi madre que cuidara los peces. Es un favor que les hacemos.

—Es un departamento bonito —dije, echando una ojeada en redondo.

—Se ve un poco vacío porque los dueños guardaron muchas cosas en uno de los cuartos. —E hizo un gesto en dirección al pasillo.

—¿Qué cosas?

—No sé, no tenemos la llave. Deben de ser muebles, libros y cosas así.

—¡Qué desconfiados! —dije.

Él enrojeció un poco, no dijo nada y cambió de tema.

En el colegio no volvimos a cruzar palabra hasta el otro miércoles. Seguíamos en el mismo equipo de química y esta vez había que entregar un reporte de laboratorio.

—Te espero esta tarde en mi casa —me dijo—. Nos van a echar una mano dos de quinto.

Cuando llegué, Jorge y Ludovico ya estaban ahí. Los había visto en el colegio en compañía de Mario. La madre de Mario estaba tejiendo en el sillón y, viéndola por segunda vez, me pareció una mujer hermosa.

—Lo hicimos en media hora, ¿qué te parece? —dijo Mario, mostrándome el reporte ya terminado.

Le dije que estaba a pedir de boca y él me preguntó si no quería quedarme a jugar a «Flores y frutos». Hubiera preferido irme, pero me pareció descortés negarme, considerando que no había movido un dedo para hacer el reporte, y dije que sí.

Fue de ese modo que empecé a ir a su casa todos los miércoles. Después supe que antes de esa tarde ellos tres se habían juntado un par de veces y me imaginé que Mario me había invitado a jugar a «Flores y frutos» porque con cuatro era más emocionante.

Mientras jugábamos, su madre tejía, reconcentrando la mirada y moviendo los labios, tal vez buscando las mismas palabras de animales, de países, de ciudades, de personajes famosos, de partes del cuerpo, de oficios y de flores y frutos que nosotros buscábamos. En el momento en que el primero de los cuatro llenaba todas las columnas y decía «¡Basta!», los otros tenían que dejar de escribir y a

continuación se procedía a leer las palabras en voz alta para adjudicar los puntos a cada uno. Era un juego un poco soso y me extrañaba que Jorge y Ludovico, que eran dos años mayores que Mario, lo jugaran sin complejos. En cuanto a mí, desde que las cosas entre mis padres iban de mal en peor, cualquier pretexto para pasar la tarde fuera de casa era bueno.

En la pausa que hacíamos a media tarde, cuando ella nos servía un chocolate caliente con *cake* o galletas, Jorge, Ludovico y yo nos turnábamos en bajar los platos y las tazas que ella guardaba en la repisa más alta de una de las alacenas, lo que la hubiera obligado, sin nuestra ayuda, a pararse sobre una silla, porque era de baja estatura como su hijo. La ponía muy nerviosa la posibilidad de que se rompiera algo y perdía en esos instantes un poco de la suavidad de sus gestos.

Yo disfrutaba de aquel ambiente correcto y anodino que contrastaba con el clima tórrido de mi casa y esperaba sobre todo el momento en que ella salía de la cocina para servimos la merienda. Sus gestos calibrados, el tintinear de las cucharitas, el aroma del chocolate y la vaga hipnosis que despedía la pecera creaban un clima de pulcritud que era más digno de una reunión de estudio que de un simple juego de mesa como el nuestro.

Un miércoles llegué un poco tarde y ella me dijo apenada que Mario, Jorge y Ludovico, cansados de esperarme, habían ido a jugar básquet. Me hizo pasar a la sala para mostrarme el mantel tendido sobre la mesa, con los lápices alineados y las hojas debidamente divididas en columnas:

—Ya ves, me hicieron preparar todo para nada.

Le di la mano para despedirme, pero ella dejó mi mano en el aire y me señaló con un guiño algo que estaba a sus espaldas, que yo entendí que era su cuarto, e interpreté su gesto como una invitación a entrar en él. Al ver que me había ruborizado y no reaccionaba, fue más explícita y apuntó directamente a la mesa, cuyo mantel llegaba hasta el piso, y comprendí que era eso, el mantel, y no su recámara, lo que me había señalado. No sé si se percató de mi confusión. Cuando di un paso adelante y levanté el mantel, Mario, Jorge y Ludovico, que estaban bajo la mesa con las caras congestionadas por reprimir la risa, estallaron en una carcajada, y todos nos reímos. Es un episodio sin importancia, pero

da una idea de la atmósfera de aquellas tardes. Ella me señaló demasiado pronto el escondite de los tres, y, si lo hizo así, si un resorte le ordenó no prolongar un segundo más mi decepción, fue para evitar que la menor sombra perturbara la armonía de nuestra tertulia, y cuando, después, recordaba la expresión con que me señaló lo que yo había creído que era su recámara, el pequeño movimiento que hizo con la cabeza acompañándolo de una sonrisa ambigua, no podía dejar de preguntarme si no había contribuido adrede a mi malentendido con su mirada, destilando por un momento otro mensaje.

Cuando se reprueba un año, como era mi caso, no es fácil adaptarse a los nuevos compañeros que se disponen a recorrer el mismo trecho que uno completó anteriormente, y yo me sentía poco dispuesto a concederles mi amistad. Me parecían sosos e infantiles, incluyendo a Mario, y no me abrí con nadie. Me consideraba todavía parte del grupo de mis ex compañeros que ahora estaban en quinto y sólo con ellos me juntaba en el recreo. Apenas hablaba con Mario en el colegio, y él, por su parte, tampoco había hecho migas con los del salón y sólo se llevaba con Jorge y Ludovico. Formaban un triángulo compacto, y la distancia que me separaba de ellos apenas se notaba los miércoles debido al tono formal de nuestras reuniones, pero afloró el día que por primera vez su madre no estuvo en la casa. Sin ella, Jorge y Ludovico empezaron a burlarse de Mario por no sé qué palabra que él había escrito, y yo, sintiéndome de golpe un perfecto extraño, permanecí grotescamente rígido, tanto que cualquiera habría dicho que no se estaban burlando de Mario sino de mí.

—Enséñanos el cuarto cerrado —espetó Ludovico a un cierto punto, y Mario nos llevó de mala gana a la última habitación del pasillo. Ludovico miró por el ojo de la cerradura, sacó una navaja de bolsillo y dijo que podía abrir la puerta y dejarla otra vez cerrada para que su madre no se diera cuenta. Pero Mario se repegó a la puerta con un brusco movimiento, diciéndole que guardara la navaja, y en esa postura me pareció más chaparro que nunca y algo en su cara asustada me hizo pensar que siempre se quedaría así. Entonces Jorge y Ludovico lo sujetaron y empezaron a hacerle cosquillas. Yo fui a la cocina a preparar la merienda, más que nada para no estar mirándolos, y encendí el fuego bajo la tetera del

chocolate. Mario imploraba y se retorcía y rogué que no me llamara para pedirme auxilio. Aunque me apenaba aquella pérdida de recato y decoro, sentí envidia por ese forcejeo, y, al mismo tiempo que deseaba que Mario no me pidiera ayuda, anhelaba que lo hiciera para poder abandonar esa tiesura que me hacía sentir un intruso. Pero Mario no me llamó. Esperé a que volviera la calma para llevar las tazas y los platos a la mesa. Ordené todo como ella acostumbraba hacerlo, serví el chocolate y cuando los tres cruzaron entre sí unas sonrisitas, comprendí que se habían dado cuenta de que la estaba imitando. No reanudamos el juego, porque Mario se levantó para ir al baño. Lo oímos cerrar la puerta con llave, señal de que tardaría, y Ludovico le hizo un gesto a Jorge, los dos se levantaron y fueron al cuarto del fondo. Me levanté para seguirlos y vi a Ludovico sacar la navaja y deslizarla en la cerradura.

—¿Qué haces? —le pregunté.

—Luego la volvemos a cerrar —repuso.

—¡Estás loco! —Y me repegué a la puerta como lo había hecho Mario, obligándolo a sacar la navaja. La hoja rozó mi estómago y tensé el abdomen. «¡El mayordomo!», susurró con una sonrisa, volvió a guardar la navaja en el bolsillo y regresó a la sala con Jorge. Me quedé junto a la puerta traspasado por esa palabra y cuando volví a la cocina, donde me puse a lavar las tazas y los platos con tal de no estar con ellos, mientras los tres echaban algún relajo en la sala, me pregunté si la tarde de la broma del mantel, en que durante unos minutos ella y yo habíamos estado solos, no me había mirado como me había mirado únicamente para asegurarse de que yo no dejaría de ir a su casa, inoculándome con su mirada el veneno que me haría regresar, ya que confiaba en mí para que Jorge y Ludovico no se extralimitaran con su hijo, y yo había regresado y actuado acorde con su deseo, es decir como un elemento discreto, amortiguante y un poco al margen, en el que ella podía confiar como se confía en un mayordomo.

El miércoles siguiente, para que me fuera más fácil no ir a casa de Mario, falté al colegio. Di vueltas y más vueltas en un centro comercial y a media mañana, aburrido de mirar escaparates, decidí ir a la oficina de mi madre, que estaba en el centro. Mientras viajaba en el metro pensé que si le decía llanamente que me había ido de pinta, no tendría que falsificar su firma en la papeleta de

inasistencia que había que entregar al prefecto. Ella se asustó al verme y cuando oyó mi explicación me pidió que le prometiera que no volvería a mis andanzas del año pasado. Se lo prometí y pasé el resto de la mañana en su despacho leyendo unas revistas. Fuimos a comer tarde a la fonda donde ella almorzaba todos los días y, saliendo de la fonda, me dijo que quería comer un postre, porque le quedaba todavía un poco de tiempo antes de regresar a la oficina. Anduvimos tres cuadras y entramos en un restaurante elegante.

—¿No es caro? —le pregunté en voz baja.

—Sí, pero me han dicho que hacen un *Strudel* excelente.

Nos recibió un mesero de bigotes y mi madre eligió una mesa de esquina en la parte mejor iluminada. Ya había pasado la hora pico del almuerzo y el restaurante estaba vacío, excepto por dos clientes solitarios sentados en la parte del fondo. Mi madre pidió dos *Strudel* y dos americanos, y entonces la vi. Acababa de salir de la cocina. Tenía el pelo recogido, que los miércoles siempre usaba suelto, y empezó a platicar con uno de los dos clientes solitarios. Sostenía una bandeja en la mano y el uniforme oscuro de mesera la hacía verse más delgada. Giré la cara hacia el lado contrario, pero era imposible que no me viera con sólo volver la cabeza y me vio tan pronto como dejó la mesa del hombre para regresar a la cocina. Dudó un instante, terminó de reconocerme y caminó hacia nosotros. No sonrió hasta estar segura de que era yo, dijo «¡Felipe!», apoyando la bandeja en la mesa de junto, y yo me levanté para darle un apretón de mano.

—¿Qué haces aquí? —preguntó—. Hoy es miércoles.

—Comí con mi mamá, que trabaja por aquí. —Le señalé a mi madre, hice las presentaciones y se estrecharon la mano.

Me dijo que me sentara, luego nos preguntó si ya habíamos ordenado y contestamos afirmativamente.

—Entonces, ¿no vas a ir? —me dijo, como si no hubiera perdido la esperanza de que fuera a su casa.

—No, ni siquiera fui al colegio, me fui de pinta —dije.

—¡No tiene por qué enterarse todo mundo! —exclamó mi madre con un gesto de fastidio que hizo que me ruborizara más de lo que estaba. Por suerte llegó el mesero con el *Strudel* y el café. Ella misma quiso servirnos y nos llenó las tazas. Luego vio que uno de los clientes había levantado un brazo y nos dijo que la llamáramos

por cualquier cosa y regresó a la parte del fondo para atenderlo.

—¿Tenías que decírselo? —espetó mi madre en voz baja, y me preguntó a qué jugábamos en casa de Mario.

—A «Flores y frutos» —dije.

—¿Todos los miércoles?

—Sí.

Se quejó de que nunca le contaba lo que hacía y miró hacia la parte del fondo para observarla mientras servía a los dos clientes solitarios.

—Tiene cara bonita, lástima la altura —dijo—. ¿Sabías que trabajaba aquí?

—No, no tenía idea en qué trabajaba.

—¿Tu amigo no te lo dijo?

—¿Por qué tenía que decírmelo, si nunca se lo pregunté?

—No sé en qué trabajará su papá —dijo ella—, pero el colegio no es para los bolsillos de una mesera.

—Su papá vive en Chicago —dije—. Están divorciados. Seguramente le manda dinero.

Quiso saber dónde vivían y le platiqué del departamento y del trato que ella tenía con los dueños para cuidar la pecera.

—Le han de pagar algo, seguramente —dijo—. ¿Cómo es la pecera?

—Muy grande. Deberíamos tener una, aunque sea pequeña.

—¿Y dónde la ponemos?

Cuando regresó a nuestra mesa para ver qué se nos ofrecía, tenía una jarra de café en la mano. Mi madre le dijo que quería hacer una llamada, ella la acompañó donde estaban los teléfonos y luego regresó a mi mesa y me preguntó si quería más café. Le dije que sí, y llenó mi taza.

—No le voy a decir a Mario que te vi, no te preocupes —dijo.

—No me importa que sepa que me fui de pinta —dije yo.

—Tu mamá me lo acaba de pedir, porque le preocupa mucho que se vaya a enterar el prefecto. Me dijo que estás a prueba.

—¡Tiene esa fijación! —dije, irritado—. Estuve a prueba el primer mes, después se acabó.

Me miró a los ojos, como si el haber conocido a mi madre le permitiera verme de un modo más nítido:

—Estaría más tranquila si estuvieras con ellos. No me gusta que

Mario esté solo con Jorge y Ludovico. Es todavía un niño. ¿Le sirvo a tu mamá?

—Sí —dije.

Llenó la taza de mi madre:

—Me cambiaron mi día de descanso, por eso los miércoles ya no estoy en la casa. —Y me preguntó si ya sabía que ella trabajaba en ese restaurante.

—No.

—¿Mario no te lo ha dicho?

Le dije que Mario y yo casi no hablábamos en el colegio, porque en los ratos libres yo me juntaba con mis ex compañeros de quinto y él con Jorge y Ludovico.

—Se va a Chicago el lunes. Ahí vive su papá. ¿Tampoco te dijo eso?

Teníamos a partir del lunes dos semanas de vacaciones intersemestrales y me acordé de que Mario me había dicho que iría a ver a su padre.

—Sí, ya lo sabía —dije.

—Nos pidieron el departamento —dijo ella.

—¿El departamento?

—El hijo de los señores se enfermó de hepatitis y él y su mamá se tienen que regresar a México. Mario se enojó mucho, porque el trato era para un año. Le dije que no podemos hacer nada. Ha sido mi culpa, no debí haber aceptado, pero me insistieron tanto, no sabían qué hacer con la pecera. Y ahora que regresemos adonde vivimos, el colegio le va a quedar muy retirado.

—¿Dónde viven? —pregunté.

—A tres cuadras de aquí. Si sigue en el colegio, deberá tomar dos metros. Y ya se acostumbró a la amplitud de esa casa. Nuestro departamento es minúsculo.

Entraron dos hombres, la saludaron y cada uno fue a ocupar una de las mesas del fondo. Ella me preguntó si saldría en las vacaciones y le contesté que acamparía en la playa con algunos de mis ex compañeros de quinto, aunque no sabía en qué lugar.

Me dejó para dirigirse a las mesas de los dos recién llegados. Entró otro cliente, éste más joven, que también fue a sentarse en la parte del fondo y ella se acercó a saludarlo. Eran clientes habituales, porque parecía tener una palabra para cada uno y con el

más viejo de ellos se rió, como si el otro le hubiera contado un chiste. La observé mientras se movía airosa y sin el titubeo que en su casa daba a sus gestos esa evanescencia que me había fascinado desde la primera tarde y me pregunté si esos hombres solitarios reunidos en esa hora muerta, formando alrededor de ella una especie de círculo, no venían a la caza de una mirada o una sonrisa como la que ella me había dirigido la tarde de la broma del mantel.

Mi madre regresó de hablar por teléfono, miró su reloj y pidió la cuenta al mesero de bigotes. Cuando el hombre nos la trajo, pagó y nos levantamos. Salimos sin despedirnos de ella, porque había regresado a la cocina y mi madre tenía prisa de regresar al trabajo.

Mientras caminábamos hacia su oficina, le dije lo que me había dicho la madre de Mario.

—Y ahora, ¿qué van a hacer? —preguntó.

—Regresar a su departamento —dije—. Viven cerca de aquí.

—Me refiero a ustedes. ¿Ya no se van a juntar los miércoles?

—No.

—Véanse en otro lugar —dijo—. ¿Por qué no los invitas a la casa?

—¿A la casa?

—Nunca traes a nadie.

—¡Con sus gritos! —espeté.

—¿Qué gritos? —Se detuvo.

—¿Qué gritos? —dije, parándome también—. ¡Los tuyos y de papá! —No contestó y, al ver su cara, suavicé el tono—: Además, ya me aburrí de jugar a «Flores y frutos».

Recomenzó a andar sin abrir la boca y no volvimos a cruzar palabra hasta que llegamos al edificio de su oficina, donde nos dimos un rápido beso y yo caminé rumbo a la estación del metro.

No cumplí mi promesa y falsifiqué su firma en la papeleta de inasistencia para faltar también el jueves y el viernes, porque no quería ver a Mario. Pensé que me preguntaría por qué no había ido a su casa y yo tendría que ocultarle que había encontrado a su madre en el restaurante. Prefería no verlo hasta después de las vacaciones. Pero cuando el sábado le hablé por teléfono a Sosa para saber si alguno de los maestros había dejado tarea, y Sosa me dijo que tampoco Mario había ido el jueves y el viernes, me pregunté si ella, faltando a su promesa, no le habría contado de nuestro

encuentro en el restaurante y Mario no había ido al colegio para no verme.

Cuando llamé a Rosales para saber cómo iba lo de la excursión a la playa, él no me preguntó por qué no había ido al colegio. Pensé que no se había dado cuenta. Después de todo, ahora, ellos y yo nos veíamos únicamente en el recreo. Pero lo sentí elusivo. Me dijo que había algunos problemas de lugar, porque éramos muchos y sólo habían conseguido cuatro tiendas de campaña. Me prometió que me llamaría el fin de semana, pero no me llamó, y pensé que lo haría el lunes. Tampoco me llamó el lunes y esperé su llamada hasta el jueves. Estuve a punto de hablarle a Arizmendi, pero en el último momento desistí, porque era evidente que se habían ido.

Mi madre, que me estuvo insistiendo todos los días para que los llamara, cuando vio que tampoco el jueves se comunicaron conmigo, dejó de tocar esa tecla y en la noche se encerró en su cuarto a hablar con mi padre.

—Nos vamos mañana a San José Purúa —me dijo más tarde—, y regresamos el domingo.

—Si lo hacen por mí, yo prefiero quedarme —dije.

—Lo hacemos por los tres. Todos necesitamos un cambio de aire.

Mi madre había jurado no regresar a ese balneario. Tres años atrás, cuando todavía vivía mi hermana, ella y mi padre habían tenido allí una de sus peores peleas, pero era el lugar que quedaba más cerca y tal vez regresando a San José Purúa querían hacer un último intento de recomponer lo que parecía ya no tener remedio.

Fueron dos días insólitamente tranquilos, el balneario no estaba atestado como otras veces y hubo un momento en que mi padre deslizó su mano bajo la de mi madre, jugueteó unos segundos con ella y la retiró sin prisa.

De regreso a México me esperaba una sorpresa: una pecera de regular tamaño, con motor y termómetro, que colocamos en mi cuarto sobre el escritorio de mi hermana.

Era la primera vez que nos atrevíamos a ocupar algo que le había pertenecido a Irene, introduciendo así una mínima modificación en nuestro cuarto.

La pecera me mantuvo ocupado la semana siguiente, porque me dediqué a comprar varios peces y algunos accesorios decorativos.

Mario no se presentó el lunes regresando de vacaciones. No bajé

al patio en el recreo y me quedé junto al barandal, desde donde vi a Rosales, Arizmendi y a los otros, y cuando Arizmendi levantó la mirada, yo desvié la vista.

Vi a Jorge y a Ludovico, y ellos también me vieron. No vinieron a preguntarme por qué la última vez no había ido a jugar a casa de Mario, pero Mario volvió a faltar el martes y el miércoles, y durante el recreo del miércoles, mientras yo estaba acodado en el barandal, Jorge y Ludovico, que estaban abajo en el patio, me hicieron un tímido gesto con la mano, que respondí con la misma mesura, y por su manera circunspecta de dirigirme el saludo intuí que no sabían nada de Mario, pero esperaban que yo tuviera alguna noticia, y creo que por eso regresé al restaurante esa tarde, que, siendo miércoles, era el único día en que tenía la seguridad de encontrarla.

Me recibió otra vez, en el local casi vacío, el mesero de bigotes, que me llevó a la misma mesa en que me había sentado con mi madre. Ordené un chocolate caliente y la vi en la parte del fondo, donde reconocí a los mismos tipos solitarios de la vez anterior.

Ella me reconoció cuando giró la cabeza después de que el mesero de bigotes le susurró algo al oído, seguramente para avisarle que yo acababa de llegar; le dijo algo al hombre y, cinco minutos después, cuando éste salió de la cocina cargando mi chocolate en una bandeja, le quitó la bandeja de la mano y vino hasta mi mesa.

—Espero que no te hayas ido de pinta otra vez —dijo apurada mientras llenaba mi taza, como si yo fuera un cliente habitual, y esa falta de preámbulos hizo que me olvidara de las palabras que había pensado decirle para justificar que hubiera regresado. Enrojecí, y ella dijo—: ¿No ibas a ir a la playa? Estás tan blanco como antes.

—Fui a San José Purúa con mis padres, sólo un par de días —dije.

—¿Y la playa? —preguntó.

—No se hizo nada —contesté, dando vueltas con la cucharita para no mirarla, y creo que intuyó por mi expresión lo que había ocurrido, porque dijo:

—No hay que darle importancia, amigos nunca faltan.

—Quería ver qué ha pasado con Mario, precisamente. No ha ido al colegio.

Su sonrisa irónica se esfumó.

—¿Jorge y Ludovico no te dijeron nada?

—No.

—¿No los has visto?

—Sí, pero de lejos. Nunca hemos hecho buenas migas.

—Lo sé.

—¿Se lo dijo Mario?

—No, yo me di cuenta. Son muy distintos. Tú eres más maduro. Hasta Mario lo decía.

Noté que había usado el pasado y ella debió de notar su propio lapsus.

—¿Se ha quedado en Chicago? —pregunté.

—Sí. —Los últimos restos de jovialidad habían desaparecido de su rostro—. Me dijo que les iba a hablar desde allá para despedirse.

—¿Y cuándo regresa?

—En septiembre. Encontró una escuela bilingüe y dice que se quiere quedar para aprender inglés. Cuando regrese, según él, podrá revalidar lo que cursó allá y no perderá el año. Traté de convencerlo de que terminara cuarto acá, en otro colegio, pero no quiere. Lo entiendo. Su colegio le gustaba mucho y los que hay por aquí son malos.

Se le habían humedecido los ojos, así que tomé un sorbo de chocolate, pero estaba caliente, me quemé la lengua y volví a hundir la cuchara en la taza para enfriarlo.

—Te quemaste —dijo, limpiándose furtivamente una lágrima.

—No es nada.

Se quedó ensimismada unos momentos, y dijo:

—Ha sido mi culpa, no debí haber aceptado.

—¿Que se fuera a Chicago?

—No, el trato con los dueños del departamento. Estas cosas nunca funcionan. Ya nos había pasado antes.

—¿Cuándo?

—Hace dos años.

—¿Con las mismas personas?

—No, con otras.

—¿También tenían una pecera? —dije.

—No. —Se rió a su pesar y me miró como si me viera por primera vez cabalmente—. Tienes una mamá guapa —dijo.

—Gracias.

Luego, con un ligero cambio de tono, quiso saber si había

pasado algo la tarde que yo no había ido a su casa y me preguntó si Mario no me había dicho nada al día siguiente.

—¿Al día siguiente? —Enrojecí y tomé otro sorbo de chocolate, quemándome la garganta.

—Sí, ¿no te dijo nada?

Me dio vergüenza confesarle que me había ido otra vez de pinta, y le dije la verdad:

—Mario no fue al colegio.

—¿Cuándo?

—Faltó el jueves y el viernes.

—¿Por qué? —Estaba lívida.

—No lo sé —respondí.

—¿No te dijeron nada Jorge y Ludovico?

Le dije que ellos y yo casi no hablábamos en el colegio.

—Le habrán hecho algo, por eso no fue. ¿No se sobrepasaban con él?

Había subido la voz y los hombres del fondo volvieron sus cabezas hacia nosotros.

—Sólo quisieron entrar en el cuarto del fondo —dije con la mayor suavidad que pude, y le conté de la tarde en que Ludovico había sacado la navaja y de cómo, primero Mario y luego yo, se lo habíamos impedido.

Miró un punto impreciso del ventanal, agobiada por un pensamiento, y yo tomé otro sorbo de chocolate después de soplar en la taza.

—¡Cuando me fui, la puerta estaba abierta! —espetó en voz tan baja que casi no la oí—. Creí que no la había cerrado bien la última vez. ¡Entraron la tarde que tú no estuviste! ¡Aprovecharon que tú no estabas para forzar la puerta! ¡Por eso Mario no fue al colegio! ¿Por qué no me lo dijo?

—¿Usted tenía la llave? —pregunté.

—Sí, ¡pero le dije a Mario que no la tenía! Le mentí, ¡y a él le dio miedo decírmelo! ¡Tenía terror de que esa puerta se quedara abierta! ¡Se fue a Chicago sin decirme nada! ¡Por eso se quedó allá! ¡Soy una desgraciada! —Y empezó a llorar pegada al vidrio del ventanal, dándonos la espalda a todos.

Jorge se me acercó al otro día en el recreo. Yo estaba acodado en el barandal mirando el vaivén de abajo. Me dijo que nadie

contestaba en casa de Mario y comprendí que Mario no los había llamado.

—Tal vez tuvieron que dejar el departamento —dije.

—¿Y por qué no viene al colegio?

—Se habrá cambiado a otro, porque éste le queda muy lejos.

—Podría habernos avisado —dijo—. ¿Qué le cuesta hablar por teléfono?

Lo miré, imaginando la expresión de pánico de Mario mientras él lo sujetaba y Ludovico, con su sonrisa de zorro, introducía la navaja en el agujero.

—Tal vez se quedó en Chicago —dije, desviando la vista, y enseguida le pregunté a quemarropa, sin mirarlo—: ¿No pasó nada el último miércoles?

—¿En dónde?

—En su casa.

—No nos invitó —dijo, y yo lo miré, incrédulo—. Creo que cuando vio que tú no habías venido al colegio, prefirió no invitarnos. Tuvo miedo de que Ludovico sacara su navaja.

—¿No fueron a su casa? —quise asegurarme de haber entendido bien.

—No, nos dijo que tenía que ir a comprar el boleto de avión. —Y dio un trago a su refresco—. Tampoco vino el jueves y el viernes.

Me pregunté por qué lo había hecho. Lo imaginé maniobrando con un cuchillo o un desarmador en la cerradura, sabiendo que no podría volver a cerrar esa puerta. Tal vez necesitaba ese gesto para tomar la decisión de irse, no unos meses sino mucho tiempo, quizá para siempre, lejos de su madre y de aquel ir de un sitio prestado a otro, y no los había invitado a ellos para evitar que fuera Ludovico quien lo hiciera.

—A lo mejor tienes razón, se quedó en Chicago y por eso no nos ha hablado —dijo Jorge, bebiendo de su refresco. Después me ofreció un trago. Me acordé de la palabra «mayordomo» y bebí de la botella sin limpiar la embocadura con la mano, aunque todos lo hacían en esos casos.

—¿Te has preguntado por qué nos ha invitado a nosotros tres, que hemos reprobado el año? —me preguntó, retomando la botella.

—No.

—¿No te lo imaginas?

—Ni siquiera sabía que tú y Ludovico habían reprobado el año —dije.

—Creía que él te lo había dicho.

—No, no me lo dijo.

—Bueno, fue su madre la que le dijo que sólo podía invitar a unos muchachos como nosotros.

—¿Que hubieran reprobado el año?

—No, que fueran grandes.

—¿Por qué?

—Por la pecera. Tenía terror de que le pasara algo a la pecera.

—¿Cómo lo sabes?

—Nos lo dijo él. Y él buscó a los más grandes que tenía a la mano, que éramos nosotros. —Se rió, tomando otro trago.

—¿Por la pecera? —repetí.

—Sí.

Observamos en silencio el patio atestado de alumnos. Sentí que era la primera vez que él y yo hablábamos. «Toma», dijo, ofreciéndome de nuevo su botella de refresco, y yo tomé otro trago. Vi a Rosales, Arizmendi y a los demás. Estaban todos bronceados por la excursión a la playa. Ninguno de ellos levantó la vista hacia donde yo estaba.

—Pueden ir a mi casa este miércoles, si quieren —dije sin mirarlo—. No es un departamento tan grande como el de Mario, pero cabemos.

Volvió la cara hacia mí, titubeante:

—¿El miércoles?

—Sí.

—¿A la misma hora?

—Sí, a ver qué hacemos. —Y en una de las esquinas del patio vi a Ludovico, solo, las manos en los bolsillos, mirando el suelo y esperando, seguramente, que Jorge bajara con alguna noticia.

La luna y las ratas

—¿Por qué no usaste el elevador? —me preguntó la señora Consuelo después de darme un abrazo. Mamá le había confiado a ella las llaves y los papeles de mi nueva casa.

—No me gustan los elevadores —repuse.

Fuimos a la cocina, donde tomó las llaves de una tablita de madera que colgaba al lado de la estufa.

—Siempre las he dejado aquí, esperando que vinieras —dijo.

Tomé las tres llaves unidas por una argolla, cada una tenía una minúscula etiqueta con mi nombre, y pensé que la señora Consuelo era una mujer metódica. Salió de la cocina y regresó con un sobre grande y amarillo, dentro del cual estaban las escrituras del departamento y una pequeña cuenta de ahorros de mamá.

—Tu amigo vino hace un mes para decirme que ya salías —dijo, y empezó a preparar el café—. Ya no me acuerdo cómo se llama.

—Braulio. ¿No le dijo dónde iba a vivir? —pregunté.

—No, sólo me dijo que su familia es de Sonora. —Sacó algo del bolsillo del delantal y me lo dio: era una tarjeta de presentación—. Tu madre me pidió que te la diera, porque antes de mudarte vas a necesitar que limpien a fondo el departamento. Supongo que te habrá hablado de Mercedes en sus cartas.

En la tarjeta estaba escrito: «Mercedes Olvera. Inyecciones y limpieza doméstica». Venía una dirección sin el teléfono.

—Sí —contesté mecánicamente, sin estar seguro. En cuatro años de reclusorio sólo había leído las dos primeras cartas de mamá. Guardé la tarjeta en el bolsillo y le pregunté si mamá le había dejado también sus fotos, ella volvió a salir de la cocina, fue a su cuarto y regresó con una caja de cartón, que abrió sobre la mesa. Dentro había unas viejas fotos de mamá y algunas mías de cuando

era niño y adolescente. Pero la que más me importaba, donde Socorro y yo salíamos juntos, no estaba.

—¿Qué buscas?

—La única foto que tenía de Socorro —dije—. Salíamos juntos. Estoy seguro de que mamá se quedó con ella. ¿Son todas las fotos que tiene?

La señora Consuelo se había acercado al vidrio del balcón para mirar afuera.

—Sí —dijo.

—¿Y no se acuerda de esa foto?

—Sí, pero no vino en la caja. A lo mejor se perdió cuando las monjas guardaron las cosas de tu madre.

—¿Justo la única foto de Socorro? —Me volví a mirarla—. ¿No la habrá quemado?

—¿Quién?

—Mi madre.

—¿Por qué iba a quemarla?

—Por Socorro.

—¿Cómo crees? La miraba a cada rato, aunque tuviera que verla a ella, y creo que ya no la veía. Ya la había borrado. Sólo miraba una mitad de la foto.

Me levanté y pregunté:

—¿Dónde está el asilo?

Era una construcción vieja y modesta de un solo piso, con un portón grande de madera. Me abrió una monja joven, que me dijo que entrara y esperara un minuto. Otra monja, de más edad, me preguntó si yo era el chofer de la excursión. Le dije que era el hijo de la señora Augusta Beltrán y, por la manera como me miró, deduje que sabía mi historia. Quiso que le mostrara una identificación y le di la única que tenía, mi licencia de manejo clase «A» para vehículos pesados que había vencido cuatro años antes. Me dijo que la siguiera y me guió hasta una pequeña oficina, donde me indicó una silla. Salió y poco después entró una monja de la misma edad, pero más alta, que me devolvió la licencia, se sentó tras el escritorio y me preguntó qué deseaba. Le hablé de la foto, ella revisó un expediente que traía en la mano y dijo:

—No queda *positivamente* ninguna pertenencia de su madre en el asilo. La señora Consuelo se hizo cargo de todas sus cosas.

Le dije que tal vez la foto se había perdido en el momento de sacar las cosas del cuarto de mamá.

—¿Quiere que echemos un vistazo? —preguntó.

Salimos de la habitación por otra puerta y caminamos por un largo pasillo cuyas ventanas asomaban a un jardín pequeño y descuidado.

—Creímos que era usted el nuevo chofer de la excursión —dijo la monja, y me explicó que cada año organizaban una salida de una semana a Barra de Navidad.

Llegamos al fondo del pasillo, abrió una puerta y entramos en una habitación espaciosa, en una de cuyas camas estaba una anciana acostada de lado, que giró fatigosamente la cabeza hacia nosotros.

—Ésta es Conchita —dijo la monja y, dirigiéndose a la anciana, exclamó—: Adivine quién es este señor.

La otra me observó desde su posición incómoda.

—El hijo de la Tita —dijo débilmente—. Mucho gusto.

—Mucho gusto —contesté.

—Lo reconocí porque su mamá tenía unas fotos de usted —dijo la anciana—. No ha cambiado.

—¿Qué fotos? —pregunté.

—Había una en que sale usted junto con una señorita.

—Justamente vengo a buscarla, porque no está entre las otras fotos de mi madre. ¿No sabe qué pasó con ella?

—No, no sé.

La monja me señaló la otra cama que había en el cuarto:

—Su madre, que en paz descanse, dormía aquí. ¿Quiere que revisemos bajo el colchón?

—No, no hace falta. —Me agaché para mirar bajo la cama, eché un vistazo y pregunté si podía abrir el cajón de la mesita de noche. De pronto me sentí ridículo buscando esa foto.

La misma monja lo abrió:

—Mire, no hay nada.

—Está bien. Es un cuarto con mucha luz —dije por decir algo.

La señora Conchita empezó a hablarme de mamá y de Consuelo. Hablaba con dificultad, tocándose el pecho con una mano, hasta que la monja le dijo que no se fatigara y, volviéndose hacia mí, me explicó que la señora Conchita había tenido una mala noche y

necesitaba descansar.

—Vuelva otra vez —me dijo la anciana—. Hoy casi no puedo hablar.

Le prometí que volvería, dije «Mucho gusto», inclinando la cabeza, y la monja abrió la puerta para que saliéramos.

Mientras caminábamos de regreso a la oficina, me informó de que querían anticipar la excursión por la señora Conchita, cuyos días estaban contados. No le pregunté qué tenía y miré por las ventanas el pequeño jardín donde un viejo canoso estaba escarbando la tierra de unos rosales. Frente a la puerta de la oficina no supe si darle la mano o retirarme con una pequeña reverencia, pero fue ella quien me tendió la mano y dijo:

—Soy la madre Silvia, la madre superiora.

Le estreché la mano:

—¿No tienen ningún árbol aquí?

—No. El poquito de jardín que tenemos es el que se ve por las ventanas del pasillo. ¿Su madre le escribió que teníamos unos árboles?

—No, pero siempre me imaginé este sitio arbolado.

Era de noche cuando llegué al departamento. Vi con agrado que había elevador. Aunque nunca lo usaría, aumenta el valor de un inmueble y le da una apariencia de solidez. Subí a pie los cinco pisos, abrí la puerta del departamento y lo observé sin entrar. La luz del alumbrado de la calle se metía por las ventanas del fondo, iluminando la pequeña sala y parte del pasillo. En el comienzo del pasillo estaba el nicho del calentador con la portezuela abierta. Por la abertura que daba salida a la chimenea brillaba una luz blanca. Comprendí que lo que estaba viendo era la luna, que se colaba en mi departamento a través de esa rendija. Su luz se eclipsó después de un par de minutos, pero el hecho de que la luna me hubiera dado la bienvenida a mi casa nueva me pareció un buen presagio.

En las siguientes dos semanas volví a subir unas cuatro o cinco veces, siempre de noche. La luna y yo no volvimos a coincidir a través de la abertura del vano del calentador. Después de abrir la puerta me quedaba parado, observaba el interior tenuemente alumbrado por la luz de fuera y a los dos minutos me iba, satisfecho de tener un departamento en el que todavía no había puesto pie.

De día leía el periódico para darme una idea de las ofertas de

trabajo. Marcaba algunas, pero no me presentaba a solicitar el empleo porque tenía algo ahorrado. Sabía siempre a qué distancia me encontraba del departamento y de vez en cuando me llevaba la mano al bolsillo del pantalón para cerciorarme de no haber perdido las llaves.

Fue por casualidad que llegué a la calle donde vivía Mercedes. Guardaba en un bolsillo la tarjeta que me había dado la señora Consuelo y de cuando en cuando, al sacar el dinero para pagar algo, la tarjeta salía arrugada junto con los billetes y ya me había aprendido la dirección impresa. Era una calle tranquila y el número correspondía a un predio en medio de dos edificios bajos y descascarados. Cuando toqué la puerta de metal vino a abrirme una mujer joven, a quien le pregunté por Mercedes Olvera.

—¿Quién la busca?

—El hijo de la señora Augusta —contesté.

Dijo «un momento», luego regresó, me indicó que pasara y me condujo por un estrecho pasillo de tabicones que daba a un patio común. Tocó una de las puertas y la empujó para hacerme entrar en una habitación amplia, donde una mujer de unos cuarenta años estaba recogiendo del piso un pijama de niño. Adiviné que en los dos minutos transcurridos desde que la joven le había anunciado mi presencia hasta mi entrada en su casa, había tratado de poner orden en el cuarto para hacerlo presentable. Sonrió y me dio la mano, indicándome el único sillón. Fue a dejar el pijama en la otra habitación y regresó a sentarse frente a mí, estirándose la falda que le apretaba los muslos. «Los niños dejan siempre todo tirado», dije. Ella no había abierto la boca y por su manera de asentir sin emitir ningún sonido, comprendí que no podía hablar. Se dio cuenta de que acababa de percatarme de ello, porque dejó de sonreír. Pensé que había intimado lo suficiente con mamá como para dar por hecho que mamá me hablaba de ella en sus cartas y suponía, por lo tanto, que yo estaba enterado de que era muda. Ahora, al mostrarle que no lo estaba, debió de pensar que no leía las cartas de mamá, o las leía superficialmente. Estuve a punto de admitirlo, de decir: «Disculpe, es que apenas les echaba un ojo a las cartas de mi madre», pero no dije nada, porque no tenía por qué decirle algo que ni siquiera le había dicho a la mejor amiga de mamá, la señora Consuelo.

Saqué la tarjeta del bolsillo para mostrársela.

—Me la dio la señora Consuelo —dije.

Le pregunté si podría limpiar el departamento al día siguiente y ella contestó con un suave ademán afirmativo. Saqué de la cartera un billete de cien pesos para que comprara una escoba y los demás enseres de la limpieza, pero me dio a entender con unos pocos gestos que en el departamento había todo lo necesario.

—Lo conoce bien, entonces.

Asintió ante esa nueva confirmación de mi ignorancia acerca de sus vínculos con mamá. Guardé el billete en la cartera y miré el amplio cuarto en que estábamos, con la cocina en un rincón, la mesa y las sillas, la televisión y la vieja tornamesa. Hasta ese momento puse atención al ruido que venía de afuera. Alguien, tal vez la joven mujer que me había abierto la puerta, fregaba ropa en el patio. El refriego se interrumpía cada tanto para dar paso al borboteo del agua extraída de la pileta y derramada sobre la prenda para enjuagarla. Llevaba una eternidad de no oír ese sonido. Desvié la vista hacia un rincón de la habitación, consciente del silencio de la muda a mi lado, como si hubiera enmudecido aun siendo muda, como si guardara repentinamente silencio dentro de su mudez, y cuando volví a mirarla, señalé afuera con la cabeza y dije:

—Es ese sonido. No lo oía desde hace cuatro años.

Se inclinó hacia adelante para imitar el ademán de fregar la ropa, y con el movimiento se le abrió la blusa y vi la mordaza del brasier negro que apenas contenía sus pechos. Tuve un comienzo de erección, crucé las piernas y miré su cuello surcado por dos líneas muy juntas, una señal de sapiencia sexual, según lo que había leído en una revista para mujeres, y por primera vez en las dos semanas transcurridas entre la pensión, los cines, los parques y las fondas, me sentí en una casa real, entre paredes reales. Pasó por mi cabeza la idea de preguntarle si estaba casada y, en caso de que no, proponerle matrimonio. Había leído en una revista para mujeres que muchos matrimonios logrados eran fruto de una ocurrencia repentina. Dije de pronto:

—Mi madre tenía una foto mía en la que salgo con una amiga. Ella miraba sólo una mitad. ¿Usted nunca la vio, de casualidad?

Negó con la cabeza.

—No está en las otras fotos de mi madre. A veces uno se

encariña con una foto.

Me levanté y dije que tenía que irme. Le di las llaves del departamento y quedamos de vernos al otro día a las seis de la tarde en la cafetería que había frente al edificio. Le expliqué que le había prometido a un amigo que no entraría en el departamento antes de que él saliera del reclusorio, por eso la citaba en la cafetería. Ella asintió, me acompañó a la puerta y se me quedó mirando mientras me alejaba, supongo que para recomponer la imagen que se había hecho de mí en esos años a través de unas cuantas fotos y de lo que mamá le había contado.

Al día siguiente llegué a la cafetería un poco antes de las seis. No había ningún cliente. Escogí una mesa junto a los vidrios y diez minutos después vi salir a Mercedes del edificio. Traía unos pantalones que resaltaban sus buenas caderas y cuando entró en la cafetería las miradas del joven mesero y del hombre maduro que estaba detrás del mostrador la escoltaron hasta mi mesa. Tuve que convencerla de que se sentara y tomara un refresco. Yo pedí un capuchino. Me dio a entender que todavía faltaba por limpiar todas las ventanas y que lo haría al día siguiente. Después sacó una pluma de su morral, dibujó algo en una servilleta y señaló mi departamento al otro lado de la calle. Había dibujado una rata.

—¿Encontró ratas?

Asintió, sentí un nudo en el vientre y le pregunté cuántas. Levantó un dedo. Con su ademán preciso me explicó que la había matado a escobazos después de perseguirla por el departamento y, ya muerta, la había envuelto en papel periódico para tirarla en uno de los tambos de basura del edificio. Miré sus manos capaces de tocar el cadáver de una rata, supuse que debían de ser hábiles para muchas otras cosas y tuve una erección. El mesero nos trajo lo que habíamos pedido. Se acabó de un solo trago la mitad del refresco, pero yo renuncié a llevarme el capuchino a la boca y lo aparté a un lado para no olerlo. Mi gesto la hizo sonreír y sus ojos largos y oblicuos desaparecieron entre los pliegues de las mejillas, un rasgo que, según lo que había leído en una de las revistas para mujeres que circulaban en el reclusorio, delataba sinceridad de carácter. Le pregunté si tenía idea de cómo pudo haber entrado la rata, y negó con la cabeza. Miró la hora, hizo un gesto elocuente para darme a entender que se le había hecho tarde, acabó el refresco y se levantó.

—Espere. —Saqué la cartera, pero me hizo seña de que no le pagara hasta el día siguiente. Ni siquiera habíamos acordado su sueldo.

Mientras la veía salir del local, seguida por las miradas del mesero y del hombre maduro, no estaba seguro de que volvería a verla. Tal vez me había hecho el favor de limpiar el departamento por consideración hacia mamá, y, al ver que yo no había leído sus cartas y que no sabía nada de los vínculos entre mamá y ella, ya no se dejaría ver. Pero me equivoqué. Regresó al día siguiente para terminar de limpiar y nos vimos en la cafetería, donde pedimos lo mismo. Miré los surcos de su cuello, y, cuando vio que yo había terminado el capuchino, sacó una pluma del morral, tomó una servilleta y dibujó dos ratas.

—A tu edad hay que usar el elevador, ya no eres un chamaco —dijo la señora Consuelo al abrirme.

—Odio los elevadores —repuse.

—Porque te recuerdan el reclusorio, por lo encerrado.

—Me ponían nervioso desde antes.

Fuimos a la cocina y empezó a preparar el café. Le dije que había estado en el asilo, donde había conocido a la señora Conchita, y le conté que las monjas habían adelantado la excursión de este año con la esperanza de que ella pudiera ir.

—Tiene los días contados —dije.

—Lo sé, siempre estoy en contacto con la madre Silvia.

Me extrañó que no me preguntara por la foto. Le pedí que guardara las escrituras de mi departamento en su casa, donde estarían más seguras que en la pensión. La cafetera empezó a carraspear, ella sirvió el café y fue a dejar las escrituras a su cuarto.

—Así que todavía no te has mudado —dijo de regreso.

Le comuniqué que Mercedes había encontrado unas ratas y ella hizo una mueca de asco.

—El primer día una —dije—, que mató a escobazos. Al día siguiente había otras dos, y las mató de la misma manera. Y ayer apareció una más.

Tenía la taza de café a la altura de la boca, se paró y vació el contenido en el fregadero:

—¡Se me revuelve el estómago!

—Disculpe —dije.

—¿Y por dónde se meten?

—Tal vez alguien las está metiendo.

—¿Alguien, y para qué?

—No sé.

—Cambia la cerradura —dijo.

—Es lo que voy a hacer. De cualquier forma, necesito que alguien las mate, y Mercedes ya terminó de limpiar.

—¿Por qué no las matas tú?

Terminé el exprés con dos sorbos rápidos y dije:

—Todavía no he entrado en el departamento. Le prometí a un amigo que no entraría hasta que él saliera del reclusorio. —Percibí su desconcierto, me paré para poner la taza en el fregadero y me acerqué al vidrio del balcón.

—¿Y cuándo va a salir? —preguntó ella.

—Pronto.

—¿Se lo dijiste a Mercedes?

—Sí.

—¿Y te creyó?

—¿Por qué no me iba a creer?

—Con los mudos nunca se sabe qué piensan.

Le pregunté si Mercedes estaba casada y me contestó que era soltera y que siempre había vivido sola con el niño.

—Deberías saberlo —dijo—, seguro que tu madre te hablaba de ella en sus cartas.

—Se me olvida todo. ¿Es su hijo?

—No, su sobrino. Quedó huérfano cuando tenía un año.

Miré mi reloj, le dije que tenía que irme y me acompañó a la puerta.

—Dile que vuelva a pintar el departamento —dijo—. Eso la mantendrá ocupada una semana y podrá matar todas las ratas que quiera.

—¿Cuándo lo pintó?

—Hace un año, pero tú dile que el rosa te parece horrible. Cuando tu madre me enseñó el muestrario, traté de disuadirla, pero ya ves lo terca que era.

—Es mi color preferido —dije—, por eso lo pintó así.

—Tú dile que te da náusea y que quieres otro color.

Pensé que la señora Consuelo no era una estúpida.

Al otro día cambié la cerradura. La cerrajería estaba a tres cuadras del edificio. Cuando regresé con el ayudante del cerrajero le dije que subiera solo, porque yo tenía que esperar a una persona abajo. No quería ver el departamento a la luz del día. Lo había visto sólo de noche, iluminado a medias por el alumbrado de la calle, y temía que si lo veía inundado de luz, mostrándome crudamente su tamaño, ya no tendría motivos para no entrar.

El cerrajero bajó media hora después y me entregó dos copias de las nuevas llaves. «Son ochenta pesos», dijo. Le pregunté si no había escuchado ruidos. Me preguntó qué tipo de ruidos. De ratas, contesté. Negó con la cabeza. Le dije que le daría veinte pesos más si subía a revisar que no hubiera ratas. No me preguntó por qué no subía yo. Bajó quince minutos después y me dijo que no había encontrado nada. Le di los cien pesos y se fue.

Salí del edificio, crucé la calle y entré en la cafetería, donde para variar no había ningún cliente. Saludé al joven mesero y fui a sentarme en la misma mesa junto al vidrio para vigilar la llegada de Mercedes. El mesero me tomó la orden, le pregunté si sabía de una tienda de pinturas y me explicó cómo llegar a la más cercana, que estaba a tres cuadras. Pedí huevos rancheros, frijoles, jugo y café.

Cuando terminé los huevos, que estaban excelentes, encendí un cigarro. El muchacho vino a servirme más café y le dije que hacía tiempo que no probaba unos huevos tan buenos.

—Son mi especialidad. —Y me explicó que lo habían dejado solo con el changarro, porque el patrón estaba enfermo. Tendría que ocuparse de todo, o sea, cocinar y servir a los clientes. «Aunque aquí no se para ni una mosca», dijo.

—Lo sé. No he visto ningún cliente en estos días.

—Llevamos dos meses así. El patrón quiere cerrar la próxima semana.

—Lástima. Es cómodo tener una cafetería enfrente.

—¿Se está mudando?

—Primero voy a pintar el departamento. Estoy esperando a la señora que usted conoce, para darle las nuevas llaves.

—Es muda, ¿verdad? —subrayó bajando la voz.

—Sí.

—Me di cuenta desde la primera vez. ¿Y le cuesta entenderla?

—No.

—Tenía una tía que era muda —dijo.

—¿Y se entendían?

Volvió a bajar la voz, inclinándose un poco hacia mí:

—Perfectamente. Ella me inició. Tenía la edad de la señora. Nunca he hablado tanto con una mujer como con ella.

—¿Cómo hablaban?

—Yo como ahora, porque no era sorda, sólo muda, y ella con gestos. Pero era más bien taciturna y prefería oír.

—Una muda taciturna —sinteticé.

—Sí.

Había un gato ovillado sobre un taburete de la barra y le pregunté si era suyo. Contestó afirmativamente.

—¿Cómo se llama?

—¿El gato o yo?

—Usted.

—Armando.

—Ricardo —le tendí la mano.

Era el primer hombre al que saludaba de mano desde que había salido del reclusorio. Mercedes me había prometido subir al departamento en la mañana para ver si habían aparecido más ratas, pero no podía esperarla más porque tenía que recoger mi nueva licencia a las once en la oficina de tránsito, y pedí la cuenta. Cuando Armando me la trajo, le pregunté si podía hacerme el favor de entregarle a Mercedes una copia de las nuevas llaves. A él no le sería difícil verla por el vidrio cuando ella entrara en el edificio.

—No se preocupe, tengo suerte con las mudas —dijo.

Le dejé una buena propina y fui a la oficina de tránsito. Retiré la licencia y, como estaba cerca del asilo y no tenía nada que hacer, decidí cumplir la promesa que le había hecho a la señora Conchita de volver a visitarla.

Me abrió una monja, que me preguntó si yo era el chofer de la excursión. Dije que no, que venía a hacer una visita a la señora Conchita. Entonces fue a llamar a otra monja, a quien tuve que repetirle lo mismo.

—Sígame —dijo la segunda monja y, mientras caminábamos por el pasillo, afirmó con tono sigiloso—: Creímos que era usted el nuevo chofer de la agencia.

—Anteayer creyeron lo mismo.

Me explicó que esperaban al nuevo chofer desde hacía una semana y ahora, para colmo, se había enfermado de apendicitis la muchacha que ayudaba en la cocina.

Llegamos al fondo del pasillo, abrió la puerta del cuarto y la señora Conchita, que estaba acostada de lado como la vez anterior, volvió la cabeza y me reconoció.

—¡Qué gusto verlo! —dijo.

—Le prometí que regresaría. —Acerqué una silla y me coloqué de modo que no tuviera que girar la cabeza. La monja empezó a ordenar algo en el interior del buró y la señora Conchita me preguntó si había encontrado la foto que buscaba.

—Creo que mi madre la rompió o la quemó —dije—. Aborrecía a esa mujer.

—Su mamá no habría hecho eso —repuso—. No amaba a esa mujer, pero esa parte de la foto la tenía anulada, sencillamente no la veía.

Pensé que tal vez el que mamá mirara a menudo esa foto cuya mitad se empecinaba en no ver, su continuado esfuerzo por borrar a Socorro, la había debilitado en lo más profundo, desatando el cáncer.

—Dentro de muy poco me reencontraré con ella —dijo con esfuerzo la señora Conchita.

Sabía que tenía que decirle algo para darle ánimo, pero no se me ocurrió nada.

—Me voy a morir —dijo.

Asentí con la cabeza.

—¡Cáncer! —murmuró, y añadió de inmediato—: Su mamá era muy buena y lo quería mucho.

—No he sido buen hijo, nunca contesté sus cartas.

—Una madre entiende todo, no es fácil vivir donde estaba usted. En el fondo esto es lo mismo, no hay rejas, pero es un poco como una cárcel.

—¡Cómo va a ser lo mismo! —intervino la monja.

—Usted es joven, sor Patricia —repuso la anciana y me miró fijamente, como si de repente hubiera detectado un parecido entre mamá y yo.

—¿Cuál es el jarabe? —preguntó la otra.

La señora Conchita le señaló un frasco que estaba arriba del

buró, la monja lo abrió, llenó de jarabe una cucharita de plástico y le dijo a la señora Conchita que abriera la boca. Para no mirar, me fijé en la otra cama. Ahí dormía mamá, me dije, y no sentí ninguna emoción. Traté de imaginarla acostada, pero no pude. Incluso me era difícil recordarla, como si cada carta no leída se hubiera cobrado una pequeña parte de su rostro, de su voz y de sus gestos. En los últimos tiempos ni siquiera sacaba las cartas del sobre, pero lo rasgaba para disminuir con ese mínimo gesto comunicativo el remordimiento por no leerlas. Antes, frente a su letra temblorosa, mi ánimo zozobraba y dejaba para otro momento la lectura. Me sentía incapaz de afrontar aquella tarea y seguía aplazándola hasta que la siguiente carta de mamá hundía la anterior en el olvido y, así, recomenzaba el juego de las postergaciones. Y de pronto, en la sosegada luz de ese cuarto y en compañía de esas dos mujeres, que por un momento se habían olvidado de mí, sentí que sólo el llanto me permitiría traer enteramente a flote a mamá en mis recuerdos, y me ardieron los ojos y me cubrí la cara con una mano. La monja no me vio porque me daba la espalda, pero la señora Conchita se percató de mi gesto y le hizo una indicación a la otra, que salió discretamente de la habitación y cerró la puerta. Entonces me tomó de la mano, la palmeó suavemente y lloré en silencio, sin sollozos, animado por las caricias casi inmateriales de la amiga de mi madre, que parecía pensar en otra cosa, como si mi llanto le pareciera tan previsible que no merecía la pena prestarle atención.

—¡Cómo me gustaría que Consuelo fuera a la excursión! —exclamó—. ¡Frente al mar recordaríamos a tu madre!

Enseguida dejó de palmearme la mano, me fui calmando y, cuando la miré, vi que se había dormido. Entró otra monja, que al ver que la señora Conchita dormía fue a cerrar las persianas. Los dos salimos sin hacer ruido. La monja me dijo: «Por aquí», y no me llevó a la salida, sino a la oficina de la vez anterior. Me pidió que me sentara, dijo que la madre superiora no tardaría y salió sin darme tiempo de preguntarle por qué la madre Silvia quería verme. La madre Silvia entró a los pocos minutos, me saludó con un gesto de la cabeza, se sentó tras el escritorio, cruzó las manos y me preguntó qué deseaba.

—Nada, me trajo aquí una monja y me dijo que la esperara a usted —dije.

—¿Qué monja? —frunció el ceño.

—Tiene la nariz grande.

—Es sor Farfán. Sor Ignacia me dijo que usted quería hablar conmigo.

—No sé quién es sor Ignacia. La monja que me acompañó al cuarto de Conchita se llama sor Patricia.

—¿Y quién le abrió el portón?

—No sé cómo se llama, pero es más joven que sor Patricia.

—Ha de ser sor Rosario. ¿No le preguntó si usted era el nuevo chofer de la excursión?

—Sí, es la segunda vez que me lo preguntan.

—¿Y usted qué le dijo?

—Que venía a ver a la señora Conchita, y ella fue a llamar a sor Patricia.

—¿Por qué no lo trajo aquí sor Patricia, si estaba con usted?

—Porque salió del cuarto, y al ratito entró la monja nari… quiero decir, sor Farfán.

—Seguramente sor Rosario entendió mal, le dijo a sor Ignacia que usted era el chofer y por eso sor Farfán, que no vio salir del cuarto a sor Patricia, lo trajo aquí.

—No tenga cuidado. —Me levanté para irme. Creí que ella también se levantaría, pero permaneció sentada, observándome.

—¿Y a usted no le interesaría? —dijo de golpe.

—¿Qué cosa?

—Manejar el camión. Vi que tiene una licencia para vehículos pesados, aunque está vencida.

—Vengo de la oficina de tránsito. Acabo de renovarla —dije.

Un rubor flameó sus mejillas, descruzó las manos y dijo:

—Un problema menos, en el caso de que aceptara. Siéntese un minuto, por favor.

Obedecí.

—No es mucho lo que podría pagarle —dijo—: quinientos pesos por siete días, con comida y alojamiento, pero tampoco es mucho lo que hay que hacer: manejar el camión y ayudar en lo que se ofrezca. Y nos sacaría de un aprieto.

Mi pulso había aumentado. Era poco dinero, pero no todos los días se presenta la oportunidad de pasar una semana en la playa. En el reclusorio me había prometido que lo primero que haría, una vez

fuera, sería ir al mar. Llevaba más de dos semanas en la ciudad y ese anhelo que antes me había parecido de una urgencia impostergable se había diluido en mi sosa rutina diaria y casi me había olvidado de él. La madre Silvia me miraba al acecho, tratando de leer mi pensamiento y, volviendo a cruzar las manos, dijo:

—Permítame decirle, más allá de todo, que recibir una oferta de trabajo después de salir de la cárcel no es poca cosa. Significa una recomendación para trabajos futuros.

No dije nada y me pregunté si mi presencia en esa oficina se debía a un malentendido entre las monjas o si ella al enterarse de mi llegada había entrevisto la oportunidad de ahorrarse conmigo varios cientos de pesos. Pensé en Armando, que se aburría esperando clientes. He ahí a alguien a quien le hubiera venido de perlas un cambio de aire.

—Lo haría por mi madre —dije—. Aquí fue donde pasó los últimos años de su vida. Podría conocer a las personas que la conocieron.

—Exacto.

Miré el suelo perplejo, levanté la vista y dije que aceptaba. Ella asintió imperturbable, pero detecté su cambio de respiración que le levantó el busto bajo el hábito y me imaginé unos pechos grandes, firmes y muy blancos. Alejé esa imagen de mi mente, pero la erección ya había empezado. Crucé las piernas, mientras ella decía:

—Me gustaría que viniera mañana a revisar el camión, que está en el taller para el ajuste de frenos.

—Aquí estaré. —Y le comuniqué el deseo de la señora Conchita de que también Consuelo fuera a la excursión.

Frunció la boca en forma de flor, un gesto que de acuerdo con las revistas para mujeres que circulaban en el reclusorio significaba carácter tenaz y apego al dinero. Abrió un fólder que había sobre el escritorio, se puso las gafas y lo estuvo observando.

—Claro está que los gastos de Consuelo se compensarían con el lugar vacante que dejó la mamá de usted, que en paz descanse. —Se quitó las gafas para mirarme—. Tal vez podamos satisfacer *positivamente* el deseo de la señora Conchita.

Nos pusimos de pie y me acompañó a la puerta. Le dije entonces que conocía a un joven cocinero que podría sustituir a la muchacha que se había enfermado de apendicitis.

—¡Cuándo aprenderán algunas a no ser tan chismosas! —exclamó.

—Estoy seguro que se conformaría con lo mismo que me van a pagar a mí —aclaré.

—No pienso contratar a otra persona, desgraciadamente.

—Es un joven de toda confianza.

—No lo dudo —me tendió la mano. Se la estreché y, a punto de salir de la habitación, añadí:

—La señora Consuelo lo conoce, puede preguntarle.

—Le preguntaré. —Y cerró la puerta.

Fui de una vez a casa de la señora Consuelo para ponerla sobre aviso.

—Ya no eres un chamaco —dijo la señora Consuelo al abrirme —. Deberías usar el elevador.

—Odio los elevadores —repuse.

Cerró la puerta, la seguí a la cocina y empezó a preparar el café. Le dije que venía del asilo, donde había ido a saludar a la señora Conchita:

—Me dijo que le gustaría que fuera también usted a la excursión, así que me tomé la libertad de comentárselo a la madre Silvia.

—¿Y la madre Silvia qué dijo?

—Que estaría encantada de que usted fuera.

—¿Dijo «encantada»? No me imagino a la madre Silvia diciendo «encantada».

—No recuerdo las palabras precisas.

—Bueno, si es Conchita la que quiere que vaya, iré. Será la última vez que la vea.

—También me atreví a recomendarle a un joven cocinero que conozco. La muchacha que ayuda en la cocina del asilo se enfermó de apendicitis y no podrá ir a la excursión. Le dije a la madre Silvia que usted conocía a ese joven, porque sé que una palabra suya puede ayudar.

—¿Quién es?

—Se llama Armando y trabaja en la cafetería que está enfrente de mi departamento, donde no se para ni una mosca. Van a cerrar la próxima semana.

—¿Y por qué quieres que vaya a la excursión?

—Porque va a perder su trabajo, y yo me aburría como él antes de que ocurriera todo. Un cambio de aire me habría venido de perlas.

—Y ahora, ¿no te aburres? —preguntó la señora Consuelo.

—No, ¿por qué?

—No tienes trabajo, no ves a nadie…

—Primero quiero instalarme.

—Tampoco se ve que tengas mucha prisa para instalarte.

Le dije que la madre Silvia me había ofrecido manejar el camión de la excursión por quinientos pesos y que había aceptado.

—Es un comienzo —admitió.

—Es una oportunidad de ir al mar. Manejaré el camión y ayudaré en lo que se ofrezca.

—Podrás conocer a las personas de las que tu madre te hablaba en sus cartas, que nunca leíste. —Cerró la tapa de la cafetera para que el café no salpicara y me echó una ojeada rápida—: Me lo dijo tu amigo cuando vino. —Apagó el fuego y tomó mi taza para servirme—. Me dijo que rasgabas los sobres, pero que no sacabas las cartas y que al final las quemaste todas.

El aroma del café había llenado la cocina y mi corazón empezó a latir de prisa.

—No las quemé —dije sin mirarla—. Tiraba cada carta de mamá después de cierto tiempo y nunca antes de que llegara la siguiente. ¿Qué más le dijo?

—Que quería ver alguna foto de tu madre, porque tú no tenías ninguna en el reclusorio.

—Nunca me pidió que le enseñara una foto de mamá.

—Ya está el café.

Me acerqué a tomar mi taza y regresé junto a la ventana, desde donde contemplé una parvada de palomas que había aterrizado en la azotea de enfrente.

—Siempre lo he sabido —dijo ella—, pero quise preguntárselo a tu amigo para no tener la menor duda. Alguien que nunca contesta unas cartas, termina por no leerlas, y yo cometí la estupidez de decírselo a tu madre. Creo que nunca me lo perdonó. Pero al menos quería estar segura de no haberme equivocado.

Seguí observando las palomas y pregunté sin mirarla:

—Y ella, ¿pensaba lo mismo que usted?

—Tal vez sí, pero nunca lo habría admitido, y en todo caso no debí decírselo. Creo que ese día dejó de quererme.

Se había sentado, lo supe por el ruido de la silla, me llevé la taza a la boca para soplar en el café y me quemé el labio.

—Sólo leí las dos primeras —dije, inquieto por su silencio—. En la segunda ya se había mudado al asilo. Sentí que se había encerrado como yo, que se había encerrado por mí, y ya no pude leerlas.

—Decía que te sentías culpable de la muerte de tu primo, por eso no querías ver a nadie y no contestabas sus cartas.

—Ella también se encerró en el asilo para no ver a nadie, pudiendo vivir en el departamento.

—No, ya no podía moverse. Si hubieras leído sus cartas, lo sabrías. Decía que tu primo Arturo pudo huir y que prefirió esperar a que fueran por él para morir como un héroe, cuando se dio cuenta de que Socorro no lo quería. Tu amigo piensa lo mismo.

—¿Braulio?

—Sí. Me dijo que una mujer como Socorro jamás se habría enamorado de tu primo.

—¿Qué va a saber Braulio de eso?

—Le habrás hablado de ella, supongo.

—Sólo una o dos veces, al principio.

—Me dijo que en el fondo estarías agradecido de que te quitaran el departamento, porque te sientes en deuda con la familia de Arturo.

—¿Eso dijo?

—Sí.

Tomé un sorbo de café junto al vidrio del balcón, sintiendo una intranquilidad en el estómago.

—Fue Arturo quien me quitó a Socorro, no yo a él —dije.

—Pero todavía no entras en el departamento —dijo la señora Consuelo.

—Porque se lo prometí a un amigo.

—Ni siquiera me has dicho cómo se llama.

—¿Por qué quiere saber cómo se llama?

—Creía que tu único amigo era Braulio, y ahora resulta que hay otro, al que le haces promesas extrañas.

—¡No son extrañas, son muy comunes en el reclusorio!

Habíamos subido la voz y de pronto guardamos un silencio que se prolongó hasta incomodarnos. Entonces dijo:

—Tu madre me contó que de niño tenías la manía de no jugar con tus juguetes nuevos para no maltratarlos. Podías pasarte semanas sin sacarlos de sus cajas. Ella tenía que hacerles a escondidas un rayón o una abolladura para que perdieran su magia y te decidieras a jugar con ellos.

—No me acuerdo —dije.

—Tal vez te está pasando lo mismo con el departamento. Te gusta saber que está ahí, intacto, mientras vives en otra parte. O crees que no te lo mereces, porque nunca leíste las cartas de tu madre. Así que sólo has subido de noche, sin entrar.

—¿Cómo sabe que sólo he subido de noche?

—Fuiste a probar las llaves, tú me lo dijiste, y tu madre no lo pintó de rosa, sino de verde. Así que debía de ser de noche.

No dije nada, soplé en el café y pensé que la señora Consuelo no era una estúpida. De pronto supe que la intranquilidad que se había apoderado de mí, dificultándome la respiración, tenía que ver con Braulio.

—¿Qué tienes? —preguntó al ver que me había quedado mudo.

—Nada. —Me llevé la taza a los labios—. ¿Dónde estuvieron mirando las fotos, cuando vino él?

—Aquí en la cocina.

—Entonces tuvo usted que salir de la cocina para ir por ellas. Vi que guarda la caja en su cuarto.

—Sí.

—¿Y cuánto se tardó?

—Uno o dos minutos, ¿por qué?

Dejé la taza del café sobre la mesa y descolgué una de las llaves de la tablita de madera. Presioné la llave en mi mano abierta y le mostré a la señora Consuelo la horma que había quedado impresa en la palma.

—Hay una pasta que sirve para reproducir el perfil de las llaves —dije—. Se presiona ligeramente la llave sobre la pasta y después, de la horma impresa, se saca una copia. No hace falta robarse la llave. Y mis llaves estaban colgadas de esta tablita, con mi nombre escrito en la etiqueta. Para Braulio habría sido muy fácil, mientras usted iba por la caja de las fotos, sacar una horma de mis llaves.

—¿Para qué?

—Para entrar en mi departamento.

—¿Crees que fue él quien puso las ratas?

—Sabe que las aborrezco.

—¿Y para qué haría eso?

—Para decirme que le pague lo que le debo.

—¿Qué le debes?

—Estar vivo. Braulio era de los que mandaban. Creo que sin él no estaría aquí.

—¿Y qué quiere?

—El departamento es lo único que tengo, y él lo sabe.

—¡Por eso no has entrado! —exclamó—, ¡porque sabías que él podría pedírtelo!

No dije nada, miré afuera sintiendo aquel peso que me quitaba el aire y ella añadió:

—Así que no es cierto que estás esperando a alguien.

—Ya ve que sí, lo he estado esperando a él —contesté—. Por algo lo habré dicho.

Se paró a recoger mi taza, empezó a lavarla en el fregadero y de pronto se detuvo:

—¿Cómo podía saber que tus llaves estaban en mi cocina, colgadas de esa tablita?

—Seguramente mamá me lo dijo en una de sus cartas.

—Pero tú no las leías.

—Yo no, pero él sí.

Se quedó inmóvil con la taza en la mano, mirándome mientras yo colgaba la llave en la tablita y volvía a sentarme.

—¿Tú se lo pediste? —preguntó.

Negué con la cabeza:

—Vio que yo no las tocaba y me dijo que quería leerlas. Me prometió que no me diría nada, excepto si había algo grave. A él nadie le escribía, y a mí me hacía sentirme mejor que las leyera alguien, que no cayeran en el vacío. Y era mi manera de ponerme totalmente en sus manos, de agradecerle su protección.

Ella había terminado de lavar la taza y seguía junto al fregadero.

—Tu madre nunca se lo habría imaginado —dijo.

—Si uno no ha estado ahí adentro, no puede imaginar muchas cosas —repuse.

Llegué a la cafetería a las seis, cuando estaba oscureciendo.

—No he visto a su amiga en todo el día —me dijo Armando, y me devolvió la llave que le había dado en la mañana. Le di las gracias, tomé asiento en la barra y pedí un capuchino. Para variar, no había ningún cliente. El gato había cambiado de taburete y ésa parecía ser la única novedad en el local. Mientras él bregaba en la máquina exprés, encendí un cigarro y le pregunté si sabía preparar otras cosas además de los huevos rancheros. Contestó que sabía hacer un poco de todo.

—La ayudante de cocina de un asilo se enfermó de apendicitis —dije—, y necesitan a alguien que la reemplace para una excursión de una semana a Barra de Navidad. No sé si le interesa.

Le expliqué que tal vez, después de la excursión, las monjas podrían ofrecerle un trabajo de planta en el asilo.

—¿Usted trabaja allí?

—No, allí vivió mi madre. Yo manejaré el camión y ayudaré en lo que se ofrezca. Si le interesa, puedo preguntar. Salimos el lunes.

Cuando le dije que calculaba unos quinientos pesos por toda la semana, le pareció poco.

—Pero es mejor que esto —dije—. ¿Cuántos clientes tuvo hoy?

—Cuatro, con usted. —Me sirvió el capuchino y pasó con desánimo un trapo sobre el mostrador.

El gato brincó sobre mis rodillas. Lo acaricié mientras tomaba el capuchino, y al terminar dije:

—Mañana tengo una cita con la madre superiora. Voy a subir un momento a mi departamento a probar las nuevas llaves. Mientras tanto, piénselo. ¿Me presta el gato? No le vendría mal darse una vuelta.

Dijo que estaba bien.

Salí, crucé la calle cargando el gato y entré en el edificio. Subí los cinco pisos y, antes de abrir la puerta con la llave, miré la nueva cerradura para ver si no habían intentado forzarla. Estaba intacta. Abrí y, parado en la puerta, miré la sala iluminada por el alumbrado de la calle. A mi izquierda la luz blanca de la luna entraba por el nicho del calentador, cuya portezuela seguía abierta. Era la segunda vez que la luna y yo coincidíamos. Estuve un rato así, con el gato en mis brazos, a la escucha de algún ruido proveniente de los cuartos. Vi cómo menguaba la intensidad de la

luz blanca conforme la luna, en su viaje hacia arriba, dejaba atrás la abertura por donde salía la chimenea. La portezuela de ese vano había estado siempre abierta y pensé que, por donde se cuela la luna, pueden colarse unas ratas. El tubo de la chimenea era lo bastante grueso como para que unas ratas brincaran sobre él desde la azotea y lo recorrieran hasta introducirse en la covachita del calentador. Una vez ahí, sólo tendrían que saltar al departamento. Cuando el calentador funcionara, el calor del tubo las ahuyentaría. Tal vez la luna me había dado la respuesta desde el principio.

Sentí de repente que con un gato en mis brazos y habiendo luna llena, podía romper el conjuro que me había impuesto, dar los pocos pasos hasta el vano y cerrar la portezuela. Sin pensarlo, recorrí con tres zancadas los pocos metros que me separaban del calentador, eché una mirada a la abertura por donde salía la chimenea, cerré y regresé al mismo punto.

Pero la portezuela volvió a abrirse.

Puse entonces el gato en el suelo, lo empujé hacia el pasillo y le dije:

—¡Ve, busca!

Me miró indeciso, dio unos pasos y se quedó quieto, como si escuchara. Volvió sobre sus pasos y su atención fue atraída por el calentador. Caminó hasta él y con un salto se encaramó a aquel nicho. Miró estático la abertura que daba al cielo, no sé si seducido por el resplandor de la luna o por el olor de las ratas que tal vez se habían colado por ese boquete. Olfateó en torno al calentador y volvió a inmovilizarse en la misma posición. ¿Cómo saber si lo que lo tenía pasmado era la luna o las ratas? Tal vez eran ambas cosas. Tal vez, en su embeleso, las juntaba. ¿Quién sabe cómo funciona el cerebro de un animal? Diez minutos después, cuando regresé a la cafetería, Armando estaba limpiando el mostrador. Dejé el gato sobre el taburete y le pregunté cuánto le debía del capuchino.

—No es nada, invita la casa. Dígale a las monjas que estoy dispuesto a ir. Mi hermano puede tomar mi lugar durante unos días, para que el patrón no se enoje. ¿Cree que podré llevármelo conmigo? —Y señaló el gato. Le dije que hablaría con la madre superiora y le pregunté cómo esperaba que arrancara el negocio si a los pocos clientes les regalaba lo que consumían. Apunté el teléfono de la cafetería en una servilleta, di las gracias por el capuchino,

acaricié el gato y salí.

Llegué en veinte minutos a casa de Mercedes. Me abrió la mujer joven de la vez anterior, que me dijo que Mercedes había ido a Balbuena a poner unas inyecciones y regresaría tarde.

—Vine a dejarle las nuevas llaves de mi casa —dije, y me preguntó si quería esperarla. Le contesté que era tarde, pero que le agradecería un vaso de agua. Me dijo que pasara y la seguí por el pasillo de tabicones hasta el patio, que estaba alumbrado por dos focos. La puerta de la casa de Mercedes estaba entreabierta y al entrar vi a un niño de unos ocho años que estaba sentado en la mesa y dibujaba.

—Manuel, éste es el señor Ricardo, el hijo de la señora Tita —dijo la muchacha—. Ofrécele un vaso de agua. Se va a quedar un rato a esperar a tu tía.

—Sólo tomo el agua y me voy —aclaré.

El niño se paró, fue al garrafón de Electropura que se encontraba en una esquina del cuarto, llenó un vaso y me lo trajo. Le di las gracias y tomé el agua mientras él me miraba con una fiereza trémula, como si hubiera esperado ansiosamente ese momento. Pensé que Mercedes le había hablado mucho de mí, pero me acordé de que era muda y me pregunté si él también lo era, porque no había abierto la boca. La mujer había salido y dejado la puerta entornada. Le devolví el vaso a Manuel y él fue a dejarlo encima de la mesa.

—Me voy a sentar cinco minutos —dije—, tuve un día muy ajetreado.

Me senté en la mesa y me di cuenta de lo cansado que estaba. Le pregunté qué estaba dibujando y él me enseñó su dibujo, donde una gran extensión café ocupaba la mayor parte de la hoja. Le pregunté qué era.

—El mar —dijo, y oí con alivio su voz.

—¿Y por qué no lo pintaste de azul?

—Porque el azul es uno de mis colores preferidos. —Y reanudó su dibujo. Tenía un aspecto tranquilo y juicioso.

—Eres como yo, no quieres tocar lo que más te gusta —dije, y tomé el álbum y empecé a mirar sus otros dibujos. No parecían los dibujos de un niño. Eran opacos y casi descoloridos. Hasta en aquellos en que aparecía el fuego, el fuego estaba pintado de gris o

café, seguramente para no gastar el rojo. Levanté la vista. Vi que estaba coloreando de gris las hojas de una palmera e iba a preguntarle por qué no las coloreaba de verde, pero adiviné cuál sería su respuesta y me pregunté si veía sus dibujos opacos y desteñidos como yo los veía o a él se le mostraban con los colores brillantes que de algún modo se hallaban ocultos bajo esos tonos pobres.

No sé cómo me adormecí. Cuando levanté la cabeza de la mesa, Manuel se había dormido a mi lado, sin soltar el lápiz. Del patio venía el ruido de la joven mujer que fregaba la ropa. Me paré, le quité el lápiz de la mano y miré su dibujo. En una playa ocre, frente al mar pintado de café, un hombre y un niño se daban la mano y el hombre le señalaba al niño un barco gris. Me reconocí fácilmente en el hombre alto, de bigotes y pelo chino. El niño era él. Volví a abrir el álbum desde el principio. Muchos dibujos que había mirado deprisa unos minutos antes eran repeticiones de ese mismo dibujo, y supe que él y Mercedes me habían estado esperando.

Llegué a las diez y cuarto al asilo para revisar el camión y me abrió una monja que no había visto antes, quien me preguntó si yo era el nuevo chofer de la excursión.

—Sí, soy yo.

—Pase —dijo radiante.

Me llevó a la oficina de costumbre, donde me pidió que esperara unos minutos mientras le avisaba a la madre superiora. Cuando salió, abrí la puerta que daba al pasillo que rodeaba el jardín, vi que no había nadie y salí de la oficina. Caminé hasta el cuarto de la señora Conchita, toqué con discreción y abrí la puerta sin esperar respuesta. Adentro estaba oscuro porque habían cerrado las persianas.

—Soy yo, el hijo de la Tita —dije en voz baja, y cerré la puerta.

La señora Conchita volvió la cabeza con trabajo:

—Ah, eres tú, hijo.

Acerqué a la cama la única silla del cuarto y, pese a la oscuridad, me bastó mirarla para saber que había empeorado.

—¿Cómo entraste solo? —dijo tomándome la mano—. No hay ninguna monja contigo.

—No saben que estoy aquí. Estaba en la oficina esperando a la madre Silvia, me cansé y vine a saludarla.

Sonrió con esfuerzo y dijo:

—Me contaron que vas a manejar el camión.

—Sí.

—No voy a ir. Ayer vino el médico y prohibió que me llevaran. ¿Por qué crees que la madre Silvia te pidió que fueras el chofer?

—¿Por qué? —pregunté.

—Les urge marcharse para que me muera cuando aquí no haya nadie. Por eso adelantaron el viaje. —Hizo una pausa y se tocó el pecho con la otra mano.

—No se va a morir, no piense en eso —dije.

—Cuando alguien muere —prosiguió—, todos los demás se resienten. Por eso esperan que me muera cuando todo mundo esté en la playa.

—Va a ir también Consuelo —dije—. Le comenté a la madre Silvia que a usted le habría gustado que fuera, y la madre no dudó un momento en invitarla.

—No dudó porque tu madre dejó un lugar libre.

Apreté su mano, me incliné y dije:

—Mercedes trabajaba aquí, ¿no es cierto?

Estrechó su mirada:

—¿Por qué me lo preguntas?

—Ella y su sobrino, ¿me han estado esperando?

Me miró fijamente.

—Creía que lo sabías —dijo.

—No, no lo sabía.

—Tu madre te escribió para pedírtelo, y te dejó un dinero en una cuenta de ahorros para los gastos del viaje.

—¿Qué viaje?

—Le prometió a Mercedes que llevarías al niño a la playa, cuando salieras.

—No leía las cartas de mi madre —dije, y sentí cómo se aflojaba su mano entre las mías—. Ya le dije que no he sido un buen hijo.

Ella bajó la vista. Me había acostumbrado a la oscuridad del cuarto y podía ver perfectamente su rostro. Su mano, pequeña y sin calor, parecía no tener peso. Se hizo un silencio largo, hasta que dijo:

—Las monjas corrieron a Mercedes unos días antes de la excursión del año pasado. Consuelo no sabe nada de eso. Lo que

más le remordía a tu madre era que Manuel no había podido conocer el mar. Por eso le prometió a Mercedes que llevarías al niño a la playa y te escribió para decírtelo.

Braulio no me había dicho nada. Había leído esa carta, como leía todas las de mamá, y no consideró necesario decirme nada. Tampoco me había dicho que mamá ya no se movía. Me pregunté si de veras las leía o sólo fingía leerlas.

—¿Y por qué la corrieron?

—Tu madre le pidió que metiera unas ratas en el jardín. —Sentí el apresuramiento de mis latidos y ella se llevó la mano al pecho, como para regularizar su ritmo respiratorio—. La descubrió el jardinero. Pero ningún residente se enteró, porque el jardinero acabó con ellas antes de que se despertaran.

—¿Las ratas?

—No, los residentes.

—¿Y por qué le pidió a Mercedes que metiera unas ratas?

Oí unos pasos fuera. Giré la cara hacia la puerta, que se abrió, y dejó entrar una avalancha de luz en el cuarto. Era la monja de antes.

—¿Por qué no me avisó? —exclamó—. ¡La madre Silvia lo está esperando en su oficina!

Me entrevisté con la madre Silvia y después de revisar el camión, un viejo Dodge, fui a casa de la señora Consuelo. Mientras ella preparaba el café le hablé por teléfono a Armando para avisarle que podría llevar el gato a la excursión, en el entendido de que todos los gastos del animal correrían *positivamente* por su cuenta.

—Qué bueno que me habla —dijo—. Acabo de ver a su amiga entrar en el edificio.

—Cuando salga, llámela y dígale que me hable donde estoy, por favor. Necesito decirle algo.

Me dijo que no me preocupara, porque tenía suerte con las mudas. Le dicté el teléfono de la señora Consuelo y colgué.

—Veo que va a ir tu amigo —dijo la señora Consuelo.

—Convencí a la madre Silvia de que otro par de brazos fuertes es indispensable en estos viajes. Lo más difícil fue convencerla del gato. Creo que la razón de peso fue que usted dejó otro lugar libre.

—No voy a ir a la excursión con Conchita muriéndose. No dejaré que se muera en compañía de dos monjas viejas. Dormiré en su

cuarto, en la cama que era de tu madre. Será un poco como reunirnos las tres.

La cafetera empezó a regurgitar y ella se paró para apagar el fuego.

—También va a ir el sobrino de Mercedes —dije.

—¿Manuel?

—Sí, yo pagaré todos sus gastos. La cuenta de ahorros que me dejó mamá era para eso.

Se puso roja:

—Nunca me dijo nada.

—Se sentía en deuda con Mercedes.

—¿Por qué?

—Las monjas corrieron a Mercedes del asilo.

—No lo sabía. ¿Y por qué la corrieron?

—Tómese primero el café —le dije.

Tomó la cafetera, sirvió el café y se sentó:

—¿Quién te lo dijo?

—Conchita.

—Tu madre no me dijo nada.

—Termine su café primero.

Se paró y vació el líquido en el fregadero.

—Ya lo terminé.

Estaba de pie, lívida.

—Las monjas corrieron a Mercedes cuando la vieron meter unas ratas en el jardín —dije.

—¿Metió unas ratas? ¿Por qué?

—Se lo pidió mi madre.

—¿Tu madre?

Algo en ella se desplomó. Se apoyó en la mesa y creí que iba a perder el equilibrio. Luego se sentó y fijó la mirada en un punto de la pared.

—No me dijo por qué —dije—. Entró una monja y ya no pudimos hablar.

La miré con el rabo del ojo. Seguía ausente y le pregunté en qué estaba pensando.

—Tu madre puso las ratas para alejarme del asilo —dijo sin mirarme, y yo bajé la vista.

—¿Cómo lo sabe?

—Sabía que las aborrezco. Esperaba que así espaciaría mis visitas. Iba a verla todos los días.

—Usted era su mejor amiga —dije.

Un rictus le afeó la boca.

—Apenas nos soportábamos. No debí de haberle dicho lo que le dije. Y estoy segura de que Conchita la apoyó. Fue siempre celosa de mi amistad con tu madre. Ella y Mercedes eran incondicionales suyas, yo en cambio veía las cosas a mi manera.

Nos quedamos en silencio. Me pregunté si conocía a mamá, si la había conocido alguna vez. Tampoco conocía a Consuelo, ni a Conchita, ni a Mercedes. Terminé mi café, me paré a depositar la taza en el fregadero y volví a sentarme. La miré para ver si no tenía los ojos húmedos. Le dije que tal vez Mercedes había metido unas ratas en el departamento a petición de mamá, como lo había hecho en el asilo.

—¿Para qué le iba a pedir eso tu madre? —dijo sin mirarme.

—Usted dijo que mi madre abollaba mis juguetes para que me decidiera a jugar con ellos. Tal vez ahora hizo lo mismo con el departamento. Le dijo a Mercedes que, si veía que yo no me decidía a entrar, metiera unas ratas, y Mercedes, cuando yo le dije que le había prometido a un amigo que no entraría en el departamento hasta que él saliera del reclusorio, no me creyó, le pareció un pretexto para hacerme el sonso y decidió meterlas.

No quitó la vista de la pared y ni siquiera estuve seguro de que me había oído.

—¿Qué le vas a decir, ahora que te hablé? —preguntó.

—Que Manuel se viene a la playa con todos los gastos pagados, que pinte el departamento de rosa, porque quiero amueblarlo a mi regreso, y que cierre bien el vano del calentador.

—¿Qué vano?

—Puede que por ahí se hayan metido, caminando sobre la chimenea. La portezuela no cierra.

—Así que entraste —dijo.

—Sólo unos pocos metros, anoche. Caminé hasta el calentador y regresé a la puerta.

—Es un comienzo.

—Traía un gato conmigo.

—¿Para qué?

—Para ver si olía las ratas.

—¿Y las olió?

Le platiqué lo que había pasado con el gato. No estaba seguro si lo que le había atraído era la luna o el olor de las ratas.

—Se me hace que Mercedes no metió nada —dijo—. El gato habría olido su rastro y se habría puesto a buscarlas por todo el departamento. Sabía que no entrarías en el departamento y se dio el lujo de inventar todo.

—¿Para qué?

—Para que la necesitaras. Le gustaste y quiso seducirte con las ratas. Tu madre le hablaba todo el tiempo de ti, a lo mejor quiso enamorarla para que no cayeras en brazos de Socorro, y lo logró. De una muda hay que esperarse cualquier cosa.

Pensé en el cerrajero, que había subido a revisar si había ratas y no había encontrado nada.

—Para un mudo no es tan difícil mentir —prosiguió ella—. Si lo descubres, siempre te podrá decir que en realidad no entendiste lo que quiso decirte.

—Si nunca ha habido ratas —dije—, quiere decir que Braulio no ha metido un pie en el departamento.

—A Braulio no le interesa tu departamento, sino otra cosa —dijo ella.

—¿Qué cosa?

—¿No te lo imaginas?

—No.

—Socorro —espetó—. No vino por tus llaves, sino por la foto que estuviste buscando. Te mentí. Estaba ahí, en la caja, junto con las otras. Te vi tan interesado en ella, que no tuve el valor de decirte que se la di a Braulio cuando vino.

—¿Se la dio a Braulio? ¿Por qué?

—Me dijo que le hubiera gustado ver algunas fotos de tu madre, por eso fui por la caja. Empezó a mirarlas, y sentí que estaba buscando otra cosa. Encontró la foto donde salen tú y Socorro y ya no la soltó. Vino aquí a buscar una foto de ella para saber cómo era. En ese momento no me podía imaginar que estaba enamorado.

—¿De Socorro?

—¿De quién más?

—¡Sólo le hablé de ella una o dos veces y no volvimos a tocar el

tema!

—Pero le dabas a leer las cartas de tu madre.

—Mamá aborrecía a Socorro y no iba a hablarme de ella en sus cartas.

—La aborrecía, pero metió sus cartas junto con las que te mandaba.

—¿Qué cartas?

—Ya me imaginaba que tu amigo no te dijo nada.

—¿Socorro me escribió?

—Socorro le escribió a tu madre, que nunca le contestó, pero ella le siguió escribiendo. Tu madre ya sabía que lo suyo no tenía remedio y supo que no volvería a verte. Habría dado cualquier cosa para que le contestaras, o al menos para estar segura de que leías sus cartas. Cuando Socorro le pidió que metiera una carta de ella para ti junto con la próxima que te enviara, porque pensaba que era la única manera de que llegaras a leer algo suyo, tu madre dudó, pero luego la metió en el sobre, junto con la suya, y así te mandó las otras. Tal vez esperaba que, al leer las cartas de Socorro, leerías también las suyas. O no quería que la odiaras por no habértelas mandado. Eran cartas breves, de unas cuantas frases, que tu madre nunca quiso leer. Socorro siguió escribiéndote, aunque nunca pudo saber si sus cartas llegaban a tus manos, porque tu madre jamás le contestó. Por eso eran breves, y se hicieron más breves, hasta que dejó de escribirte. Y Braulio las leyó sin decirte nada. Recuerdo cómo miraba la foto, pero no entendí. ¿Cómo podía imaginar que te había ocultado esas cartas?

El corazón me daba saltos y tuve que sentarme. Cuando Braulio leía las cartas de mamá, procuraba no mirarlo, pero estaba pendiente del ruido del papel y del momento en que doblaba la hoja y volvía a guardarla en el sobre, y busqué ahora en la memoria alguna señal, un cambio en su respiración o una manera distinta de doblar la hoja, que me hiciera comprender que se había enamorado de Socorro. Pero Braulio era impenetrable cuando leía las cartas de mamá, y yo era el primero en agradecérselo.

—Y usted —dije— ¡le dio esa foto así, nomás!

—Le pregunté por qué la quería.

—¿Y él qué dijo?

—Que quería conservar una foto tuya, porque veía difícil que

volviera a verte, y yo le creí. Le dije que se la llevara. ¡Sólo vi una mitad de la foto, como tu madre!

Fabio Morábito, de padres italianos, nació en Alejandría en 1955 y vive actualmente en México. Autor de los poemarios *Lotes baldíos* (1985, Premio Carlos Pellicer) y *De lunes todo el año* (1992, Premio Aguascalientes), es también un excelente narrador, ensayista y traductor. Entre su polifacética obra destacan dos novelas infantiles, una de las cuales, *Cuando las panteras no eran negras*, fue distinguida por la Jungenbibliothek de Múnich en 1997 y se ha publicado en Italia. *Caja de herramientas* (1989), que participa tanto del ensayo como del poema en prosa, ha aparecido también en Alemania, Estados Unidos y Gran Bretaña. Obtuvo el unánime reconocimiento de la crítica y los lectores con el volumen de cuentos *La lenta furia* (Editorial Vuelta, 1989 y Tusquets Editores México, 2002), traducido al alemán ya en 1998. *La vida ordenada*, publicada primero en Tusquets Editores México, confirma su maestría en el género y su lugar como uno de los autores más originales surgidos en los últimos años.